Revista Le.Tra.S.

Revista Literaria de la Universidad Ana G. Méndez

Volumen 10 Núm. 2



Enero a mayo 2026

Contenido

Editorial..... 4

En esta edición..... 7

ESCRITORA INVITADA

Janette Becerra: “Una búsqueda de encuentro con el otro” Por: Consuelo Martínez Justiniano..... 10

TEXTOS LITERARIOS DE JANETTE BECERRA

El sastre..... 19

Una cama de hotel..... 35

Delirio..... 37

El otro (poema circular)..... 38

Milagro en Guanabacoa..... 40

ARTÍCULOS Y ENSAYOS

Quiroga y Ferré: La tragedia como clamor social Por: Martha I. Jiménez Alicea... 49

El Barro: El acorde más claro Por: Ivette López Jiménez..... 58

¿Cuál podría ser la playa nacional de Puerto Rico? Por: Joan Jiménez Marrero 67

Moderna soledad Por: Ibis Rodríguez Carro..... 71

Mi nombre es Mr. Brain Por: Glen López Haage..... 78

Algunas consideraciones sobre el Siglema 575 Por: Patricia Schaefer Röder..... 84

El fracaso no determina quiénes somos en la vida Por: Migna Ortiz Villalobos.... 90

CUENTO Y POESÍA

Cuando la humanidad programó su corazón Por: Gisela del Rosario Carreras Guzmán..... 95

Amanecer Por: Mildred Irizarry Vargas..... 98

Bajo la máscara Por: Luis Alejandro Polanco..... 100

Felia Por: Ibis Rodríguez Carro..... 104

Hay días… Por: Anyolina Guzmán Abreu..... 109

La fuerza de las relaciones humanas Por: Migna Ortiz Villalobos..... 112

Lágrima y sonrisa Por: Juan Carlos Fret-Alvira..... 115

Mujer guerrera y El sol de tus cabellos Por: Elsie Rodríguez Berdiel..... 117

LETRAS INÉDITAS

Premios

Como soy en realidad Por: Zariana Ortiz Rodríguez..... 122

A fuerza de letra Por: Charles S. Marcano Rodríguez..... 125

No sabía que era salmón Por: Alahna Z. Batista Rodríguez..... 128

La gotera Por: Claudia Román..... 131

Los efectos y beneficios de la naturaleza en la salud humana Por: Daniela V. Peña Pastrana..... 135

Colaboraciones

El color del mundo Por: Valeria S. Carrasquillo Cotto..... 141

La grieta Por: Jorge Araya..... 145

Flor roja Por: Rebecca Milagros Ortiz Pérez..... 149

Lo que el callar muere por decir, La urgencia del fin y Territorio de nadie Por: Kathiliany Marie Báez Ortiz..... 151

Bomba, cultura e identidad Por: Ninoshka P. Mendoza Morales..... 156

Taciturno, Memorias y El juez Por: Jonathan L. Ruiz Urrego..... 160

Editorial



Dra. Consuelo Martínez Justiniano

Las palabras son el arma que tenemos para aproximarnos unos a otros. Pueden salvarnos o condenarnos. En ellas se muestran nuestra forma de mirar el mundo y de nombrarlo. Gabriel García Márquez lo advirtió al afirmar que la humanidad entraría en el tercer milenio bajo el imperio de las palabras. "No es cierto que la imagen esté desplazándolas ni que pueda extinguirlas. Al contrario, está potenciándolas: nunca hubo en el mundo tantas palabras con tanto alcance, autoridad y albedrío como en la inmensa Babel de la vida actual. [...] No: el gran derrotado es el silencio" (De 'Botella al mar para el dios de las palabras').

Le.Tra.S. presenta una edición en la que las palabras se disparan con conciencia, cobran voz, presencia y vida. Por primera vez, dedicamos un número de esta revista a una escritora puertorriqueña a quien entrevistamos y de quien compartimos varios textos literarios. Se trata de Janette Becerra quien con su obra construye mundos y forma lectores. Entre poemas, cuentos y novelas con temáticas profundas y reflexivas nos deja el legado de una autora que escribe con la misma precisión con la que observa. En cada género deja una huella y una voz que continúa expandiéndose y que seguirá resonando en quienes encuentran en sus páginas un espejo y un horizonte.

Le.Tra.S. tuvo la oportunidad de conversar con la autora para compartir con ustedes una profunda e interesante entrevista en la que hablamos sobre varios temas como, por ejemplo, la importancia y el efecto de la lectura sobre la escritura… "Creo que todos los escritores comienzan a crear porque quedaron seducidos por algo que habían leído antes. Este es uno de esos casos en que, definitivamente, la gallina viene antes que el huevo: la gallina es el texto maduro y el huevo es el texto embrionario del escritor principiante" […].

También conversamos sobre la soledad y la metáfora de la casa que son algunos temas recurrentes en su obra, a lo cual responde: "la soledad es un tema universal de la literatura y ocupa un lugar central en mi propia obra creativa, pero yo la abordo como una búsqueda de encuentro con el otro, aunque parezca paradójico" […] "Pero lo interesante es que con los años me he dado cuenta (porque no es algo que planifiqué a conciencia), que a través de todos mis cuentos la metáfora de la casa también es frecuente y ambivalente: es el espacio que refleja muchas tensiones silenciosas, especialmente en la configuración de las relaciones familiares y las raíces del subconsciente" […]

Por otra parte, dialogamos sobre su exitosa y premiada incursión en la literatura juvenil, donde nos declaró: "No es secreto que la dotación económica del Premio El Barco de Vapor de Literatura Infantil y Juvenil de Ediciones SM es de las más generosas en Puerto Rico, y tampoco negaré que eso influyó mucho en mi decisión inicial de aventurarme a escribir una novela juvenil como *Antrópolis,* para concursar. Pero luego de ganar el premio, fue tan grande la satisfacción que derivé de visitar decenas de escuelas y palpar el entusiasmo de los chicos con la lectura, que me enamoré de escribir para niños y adolescentes" […]

Estos fragmentos extraidos de la conversación que tuvimos con la autora, son solo una muestra de varios de los temas que encontrarán en la entrevista titulada: Janette

Becerra: “Una búsqueda de encuentro con el otro”. También podrán disfrutar la lectura de dos de sus cuentos: “El sastre” y “Milagro en Guanabacoa” y tres de sus poemas: “Una cama de hotel”, “Delirio” y “El otro”.

Esta edición, además, incluye varios artículos críticos sobre obras y autores como Horacio Quiroga y Rosario Ferré. Así también diversos ensayos, cuentos y poemas relacionados a la literatura y a temas universales y de actualidad. La sección de Letras inéditas se distingue notablemente, en este número, pues recoge varios textos de estudiantes nuestros que fueron premiados en el pasado certamen literario, de abril 2025, con motivo de la celebración de la Semana de la Lengua. En la categoría de poesía se reconocieron los poemas: “Como soy en realidad” de Zariana Ortiz Rodríguez, “A fuerza de letra” de Charles S. Marcano Rodríguez y “No sabía que era salmón” de Alahna Z. Batista Rodríguez. En cuento y ensayo, respectivamente, “La gotera” de Claudia Román y “Los efectos y beneficios de la naturaleza en la salud” de Daniela V. Peña Pastrana. No conforme con ello, la sección Letras inéditas cuenta con una significativa participación de otros estudiantes locales e internacionales, que enriquecen esta edición con sus palabras.

Para cerrar, recordemos las palabras de Herminia Brumana: “Leer no es matar el tiempo, sino fecundarlo”. Disfruten la nueva entrega de *Le.Tra.S.*

En esta edición:



JANETTE BECERRA: "UNA BÚSQUEDA DE ENCUENTRO CON EL OTRO"
Por: Consuelo Martínez Justiniano

La pluma de Janette Becerra puede ser como un revólver empuñado y sus palabras, como disparos. Así se funden la pluma y el revólver en la mano de una escritora que detona palabras por balas…



EL SASTRE
Por: Janette Becerra

La última vez que estuve frente a la Sastrería Román fue la misma noche que a mi amiga Yvana Ríos y a mí nos leyó la mano un cantinero toledano en L'Hospitalet de Llobregat. De eso hará diez años…



UNA CAMA DE HOTEL
Por: Janette Becerra

Una cama de hotel
es un tálamo triste,
espejo del mundo,
fugacidad sostenida.

Se disputan las crestas de las fibras
sucedáneas espumas celulares,
cadáveres de amor y desamores.



DELIRIO
Por: Janette Becerra

Últimamente se ha vuelto un problema
ir al mercado o a los centros comerciales,
a las melancólicas oficinas de correos
o al colegio de los niños, a las horrísonas
reuniones de facultad, que persisten,
a las bodas, a los cumpleaños siniestros,
a los velorios, a los bautismos o, en fin,
a cualquier parte donde se congregue la gente…



EL OTRO
Por: Janette Becerra

me compró flores
un boleto al teatro
varias copas de vino
buenas dosis de sushi
un perfume Chanel
un billete a París
un palco en la ópera
un aro de diamantes
un auto deportivo
una casa en la playa
un terreno en la luna
y un Picasso azul…

.



MILAGRO EN GUANABACOA
Por: Janette Becerra

Llegamos a Guanabacoa pasadas las tres, y aún nos tomó dos horas más dar con la antigua Ermita del Potosí, que para entonces estaba en pleno jaleo de restauración. Hacía ya rato que los albañiles se habían marchado de la loma polvorienta, y todavía el atardecer de aquel jueves esparcía un resol tan furibundo que obligaba a usar las manos como viseras y anegaba los ojos de una aguaza turbia, ácida…

Escritora Invitada

JANETTE BECERRA: "UNA BÚSQUEDA DE ENCUENTRO CON EL OTRO" Por: Consuelo Martínez Justiniano

Cuando este poema me escogió,
ya yo llevaba el revólver en la mano. […]
Y desde entonces me acompaña a todas partes,
como un disparo.
Del poema "Ojos de perro"

La pluma de Janette Becerra puede ser como un revólver empuñado y sus palabras, como disparos. Así se funden la pluma y el revólver en la mano de una escritora que detona palabras por balas. Porque "un disparo es un grito de desesperación de un mundo que no encuentra otro lenguaje" (cita anónima) y las palabras se multiplican y se potencian con tanto alcance y autoridad que son capaces de amar y odiar, de sanar o de matar.

Janette que también es crítica literaria, abogada y excatedrática de Estudios Hispánicos en la Universidad de Puerto Rico en Cayey, incursionó en el mundo literario en el 2001 con su poemario *Elusiones*. Y en el 2011 publicó su primer libro de cuentos *Doce versiones de soledad*. Un año después este mismo libro recibió el Premio Nacional de Cuento del PEN Club de Puerto Rico y el segundo premio del Instituto de Literatura Puertorriqueña. De modo que, entre el verso y la prosa, la pluma y el revólver esta escritora ha destacado entre sus lectores y ha recibido premios y reconocimientos locales e internacionales. Su obra poética, narrativa y crítica se ha publicado, además, en numerosas antologías y revistas académicas.

Hoy la revista literaria *Le.Tra.S.* tiene el honor de tenerla como escritora invitada de esta edición por lo que compartimos esta entrevista con todos nuestros lectores.

Pregunta:

Comenzaste tu carrera literaria entre la poesía y el cuento. Pero más tarde incursionaste en una narrativa más extensa con las novelas juveniles *Antrópolis* y *Pangea*. ¿Qué te motivó a escribir para lectores más jóvenes? ¿Cómo surgen tus ideas para estas historias?

Respuesta:

No es secreto que la dotación económica del Premio El Barco de Vapor de Literatura Infantil y Juvenil de Ediciones SM es de las más generosas en Puerto Rico, y tampoco negaré que eso influyó mucho en mi decisión inicial de aventurarme a escribir una novela juvenil como *Antrópolis,* para concursar. Pero luego de ganar el premio, fue tan grande la satisfacción que derivé de visitar decenas de escuelas y palpar el entusiasmo de los chicos con la lectura, que me enamoré de escribir para niños y adolescentes. Es por eso que, desde entonces, he publicado muchos cuentos y poemas infantiles en libros de texto escolares, y también me lancé con una segunda novela juvenil, *Pangea*. Pienso que sembrar el amor por la literatura en los jovencitos es una de las labores más nobles que puede llevar a cabo un escritor, porque deja raíces que se ramificarán por generaciones. Derivo ideas de mi experiencia como madre que inventó muchas historias para entretener a mis hijos, y de mis propias memorias de niña lectora, porque con los libros de la infancia fui muy feliz.

Fue en el 2013 que ganó el certamen de narrativa juvenil con la novela *Antrópolis*. Y en el 2025 recibió el Premio Nacional Instituto de Cultura en la categoría de literatura infantil por su novela *Pangea*. También es autora del poemario *La casa que soy* (2014) y de los libros de cuentos *Ciencia imperfecta* (2014) y *Cerrar la puerta tras de ti* (2019). Ha ganado dos premios internacionales de narrativa breve en España (Fundación Gaceta

de Salamanca 2009 y Encarna León de Melilla 2010), y el Certamen de Cuentos del periódico *El Nuevo Día* 2011. En el 2013 recibió el Premio Internacional de Cuento del Instituto de Cultura Puertorriqueña por *Ciencia imperfecta* y fue reconocida con el Premio Nuevas Voces del Festival de la Palabra de Puerto Rico. Evidentemente nos alegran sus triunfos y reconocimientos, pero nos entusiasma más seguir conversando con ella.

Pregunta:

El tema de la soledad es central en la literatura como en toda manifestación artística porque puede verse como un espejo universal de la condición humana. ¿Qué reto conlleva escribir sobre un tema cosmopolita? ¿En qué es diferente tu soledad a la de otros escritores? ¿A la de otros artistas? ¿A la paradoja de la escritura en sí misma como acto de soledad?

Respuesta:

Cierto: la soledad es un tema universal de la literatura y ocupa un lugar central en mi propia obra creativa, pero yo la abordo como una búsqueda de encuentro con el otro, aunque parezca paradójico. Una de mis obras favoritas es *La metamorfosis*, de Franz Kafka, y ahí se presenta la soledad no como decisión de aislamiento, sino como una alienación involuntaria, abrupta e inesperada. El protagonista, convertido de la noche a la mañana en insecto sin que se sepa nunca por qué, procura desesperadamente la aceptación y reintegración a su familia, pero ya es imposible porque no comparte con ellos una misma especie, una misma naturaleza. Hay soledades así, que no se buscaron ni tienen solución. Son la metáfora de la individualidad radical de algunos seres, que, aunque estén rodeados de personas, son esencialmente una isla. El artista escribe desde un diálogo silencioso consigo mismo, enfrentado al vacío de la página y a la incógnita de

si el lector de afuera lo entenderá. Y, sin embargo, ahí reside la paradoja: la escritura, que nace como acto solitario, aspira a romper el aislamiento y a tender un puente hacia el lector desconocido. Toda obra de arte es simultáneamente una forma de encierro y un gesto de búsqueda, un anhelo de que lo individual se transforme en experiencia compartida. Mis versiones de la soledad no son distintas a las del resto de los creadores.

Pregunta:

…tengo una casa enorme y triste como / una ciudad abandonada / después del cataclismo… estos son unos versos del poema "La casa que soy" del poemario que lleva el mismo título que en mi carácter personal me gusta mucho y que también he trabajo en clase con mis estudiantes. La metáfora de la casa es una alegoría presentada a través de la literatura universal y del arte, en general, ha representado el cuerpo, la sique, la identidad, la memoria, el refugio, el desamparo, entre otros aspectos. La casa de Janette Becerra, ¿es una anatomía de la sique?, ¿del concepto de habitabilidad?, ¿de la intemperie mental?, ¿de la identidad y pertenencia?, ¿de todas?, ¿de ninguna?

Respuesta:

Pienso que la poesía, por su naturaleza íntima y de pronunciamiento del yo, es siempre la casa de la memoria y de la identidad. Titulé mi segundo poemario *La casa que soy* precisamente porque constituye un plano de mis recintos interiores: hay en ese libro casas y patios del ayer, abandonados, así como casas recientes, que también albergan problemas y afectos conflictivos. Pero lo interesante es que con los años me he dado cuenta (porque no es algo que planifiqué a conciencia), que a través de todos mis cuentos la metáfora de la casa también es frecuente y ambivalente: es el espacio que refleja muchas tensiones silenciosas, especialmente en la configuración de las relaciones familiares y las raíces del subconsciente. Es a la vez útero y tumba, refugio y prisión. Es espacio que se

cuida y se embellece, pero también contiene secretos terribles. Es lugar al que se regresa, pero también del cual se huye. Prácticamente todos los cuentos del libro *Cerrar la puerta tras de ti* contienen esos sentidos simbólicos, y muy marcadamente textos como "Madre, Naturaleza", "Quimera", "La noche de adentro" y "3:10". Estaba presente también en mis libros anteriores, como *Doce versiones de soledad* (en el que hay casas dentro de otras casas, por ejemplo, en "Afición por los terrarios", o cuartos y paredes que esconden secretos terribles (como en "La reconciliación" y "Otro emparedado") y en *Ciencia imperfecta* (en el que hay casas extraterrestres o subterráneas que se vuelven ominosas, como en "El experimento" y "Visitabas puntualmente el consultorio"). Escribir sobre la casa equivale a volver a entrar en ella, reabrir puertas y recorrer habitaciones que creíamos cerradas para siempre. La literatura se construye como una casa también: piso a piso, libro a libro.

Pregunta:

Muchos escritores confiesan ser voraces lectores y enfatizan en que la lectura es la maestra de la escritura. ¿Cómo describes tu experiencia? Si tuvieras que escoger entre ser lectora o ser escritora, ¿qué seleccionarías? ¿por qué?

Respuesta:

Creo que todos los escritores comienzan a crear porque quedaron seducidos por algo que habían leído antes. Este es uno de esos casos en que, definitivamente, la gallina viene antes que el huevo: la gallina es el texto maduro y el huevo es el texto embrionario del escritor principiante. Pero también me parece innegable que la mayoría comienza a escribir sin haber leído lo suficiente: es una novatada inevitable porque es parte del proceso de convertirse en escritor. Lo terrible es que haya quienes se lancen no meramente a escribir, sino a publicar, y conserven esa práctica por el resto de sus vidas: escribir, publicar y volver a publicar, apenas leyendo. Si no se lee buena literatura no se

puede escribir buena literatura, del mismo modo que si no se conocen las tablas de multiplicar no se puede inventar un teorema matemático. Yo comencé a leer desde niña y a escribir desde adolescente, pero no me lancé a publicar hasta la adultez, y eso es lo que recomendaría a quienes me pidan consejo. Por último, me preguntas qué escogería, si *tuviera* que escoger, entre ser lectora o escritora. Esa pregunta cruel me recuerda al dilema de Meryl Streep en la película *Sophie's Choice* (1982). Elijo no elegir.

Me encantó el final de tu respuesta. Trajo a mi mente los versos de Neruda: "Entre morir o no morir / me decidí por la guitarra / y en esta intensa profesión / mi corazón no tiene tregua…" (Del poema "Testamento de otoño").

Pregunta:

Ya que recordé a Neruda, llama mi atención que en tus textos podemos apreciar mucha intertextualidad. Me pregunto si esto ocurre de forma natural o es pensada y anticipada con un propósito en particular.

Respuesta:

Ocurre de ambas formas. Ninguna obra literaria nace en el vacío, porque todo texto es hijo de la tradición literaria que le precede. De hecho, la cultura entera —desde las ciencias hasta el arte— es siempre una producción de conocimiento que avanza gracias al conocimiento anterior. Si no fuera así, cada nueva generación tendría que reinventarse la rueda y no habría progreso. Lo han dicho críticos muy importantes (T.S. Eliot, Julia Kristeva, Mikhail Bakhtin): la literatura es como un mosaico de citas, y yo añadiría la metáfora de que es como un crucigrama en el que muchos textos se entrecruzan para formar un texto nuevo. Por eso, los escritores recurren a la intertextualidad como un modo de situarse conscientemente dentro de esa conversación infinita que es la literatura, ya sea para estar de acuerdo o para llevar la contraria. En algunos casos, el recurso es

plenamente intencional: el autor lanza una apuesta al bagaje cultural del lector, con la esperanza de que sea su cómplice, de que resuenen en él esos ecos de textos previos y se disfrute el "reconocer en lo que lee lo ya leído", como he dicho en otras entrevistas. Otras veces es un proceso más sutil e inconsciente. En mi escritura puede que surjan semejanzas con otras obras simplemente porque tengo el disco duro mental lleno de mis lecturas previas. No hay intención de copiar o plagiar: se trata de una memoria literaria que modela la sensibilidad y el estilo. En ese sentido, la intertextualidad puede ser a veces una técnica pensada y otras, una consecuencia inevitable del lenguaje artístico que heredamos de nuestras lecturas.

Pregunta:

Cultivar la originalidad en un mundo saturado por la artificialidad puede verse como una misión casi imposible. ¿Cómo generas ideas y ejercitas tu creatividad para llevarlos al papel y lograr que el lector sienta y redescubra su capacidad de asombro?

Respuesta:

Derivo mis ideas muchas veces de noticias curiosas o asombrosas que veo en la prensa o simplemente entran a mi algoritmo por las redes sociales, especialmente YouTube. Cuando encuentro algo fascinante o estremecedor entre esas novedades científicas, políticas o sociales, casi siempre dejo pendiente en mi agenda crear una historia sobre ello, a la que le añadiré buenas dosis de fantasía. Pero también la lectura de otros autores me provoca reescrituras. La vida y la ficción se alimentan mutuamente.

Pregunta:

A base de tu experiencia como escritora y docente, ¿qué le recomiendas al profesorado para lograr que sus estudiantes sean lectores más críticos y que generen textos auténticos?

Respuesta:

Varias cosas. La primera es asignar textos que sean relevantes e interesantes para los estudiantes. No debemos enseñar las mismas obras durante diez o veinte años simplemente por la comodidad de que ya tenemos preparadas esas clases, sin tomar en cuenta cuánto va cambiando nuestra audiencia estudiantil. Y si el prontuario del curso exige asignar obras "clásicas" de un pasado con el que ya no conectan, o cuyas tramas se han tornado "aburridas" para ellos (conste que me refiero sobre todo a estudiantes que toman cursos generales de español por obligación, pero que tienen intereses académicos y personales muy ajenos), siempre se pueden acompañar de textos o temas actuales que sirvan de complemento o contraste, e invitarlos a analizar esas diferencias generacionales y cronológicas para tender puentes entre ellas, no abismos. En segundo lugar, recomiendo encontrar hilos temáticos cautivantes que enlacen las obras asignadas y sean atractivos para ellos: lo monstruoso, lo cibernético, lo criminal, lo psicológico, lo divergente… hay mil posibilidades. Presentar teóricamente un tema y luego discutir obras literarias, cinematográficas, musicales o incluso de la semiología popular (grafitis, videojuegos, tatuajes, redes sociales) que lo reflejen es un mecanismo excelente para lograr que los estudiantes aporten sentidos que incluso nosotros, como profesores, ignoramos. Por último, hay que intentar incorporar la inteligencia artificial, en vez de combatirla. En la actualidad se ofrecen muchos seminarios, talleres y charlas sobre cómo abrazar la inteligencia artificial para que sea una herramienta pedagógica, no una enemiga del aprendizaje. Mientras estemos en la práctica docente tenemos que mantenernos al día con la realidad tecnológica y cultural de nuestros estudiantes, o corremos el riesgo de volvernos tristemente obsoletos.

Pregunta:

Hace poco que te retiraste de la cátedra, ¿cierto? ¿En qué inviertes ese tiempo ahora? ¿Lees más? ¿Escribes más? ¿Algún libro próximo a publicar? ¿Alguna nueva pasión? Cuéntanos.

Respuesta:

No quiero desilusionar a colegas que estén soñando con el retiro, pero, al menos en mi caso, la jubilación no ha sido una varita mágica que cambie radicalmente mi estilo de vida. Siempre he tenido muchas ocupaciones simultáneas, y el tiempo que ahora me sobra de la cátedra se ha distribuido entre mis otras tareas: sigo corrigiendo tesis, libros, haciendo labores para el College Board, en fin… es una combinación. Sí, leo un poco más, escribo un poco más y le dedico más tiempo a otros pasatiempos que he tenido de toda la vida, como cultivar huertos, pintar, hacer vitrales. ¿Libros nuevos? Quizás… tengo algunos proyectos en ciernes, pero aún no tienen fecha.

Nos dejas con la intriga… típico de una escritora. El suspenso siempre es un buen aliciente. Tendremos que esperar su nueva entrega, pero para no parecer crueles ante nuestros fieles lectores, acompañan a esta entrevista dos cuentos de Janette Becerra y tres poemas. Les aseguro que son disparos certeros “en una búsqueda de encuentro con… (nosotros)”.

TEXTOS LITERARIOS DE JANETTE BECERRA

EL SASTRE
(*DOCE VERSIONES DE SOLEDAD*, EDICIONES CALLEJÓN, 2011)
POR: JANETTE BECERRA

La última vez que estuve frente a la Sastrería Román fue la misma noche que a mi amiga Yvana Ríos y a mí nos leyó la mano un cantinero toledano en L'Hospitalet de Llobregat. De eso hará diez años. Las dos íbamos algo pasadas de tragos y cursilerías tras enterarnos de las desgracias que nos deparaba el futuro, y no teníamos por qué cruzar Carrer de Barcelona saliendo del bar *El 13*, cuatro bloques atrás. Pero fuimos adrede a mirar la vitrina en sombras de aquel hombre cuya historia infausta yo acababa de contarle a Yvana, al compás de boleros de vitrola y mojitos perfumados con nostalgia. Recuerdo que ella se echó a llorar con la frente apoyada en el vidrio de la sastrería, y sugestionada por los oscuros agüeros del barman, me hizo prometer que le escribiría este relato cuando la ingresaran por fin en algún sanatorio, así estuviéramos las dos demasiado viejas o desencantadas como para creer en cuentos de amor.

Es difícil decir a qué edad Palmiro Román se convirtió en sastre, porque empezó a aprender el oficio de su padre apenas tuvo razón de ser, y él mismo no recordaba haber tenido otra infancia que no fuera la de columpiarse en los pedales de la máquina Singer o bobinar los hilos que le entregaban en bolas enormes, sorteados por colores. Para cuando tenía diez años ya era un lince enhebrando agujas o trazando con tiza blanca y precisión matemática los jeroglíficos que luego representarían un corte o una costura en la tela. Tan aprovechado había resultado como aprendiz, que antes de rebasar la adolescencia su padre le delegaba por completo la confección de algunas piezas, desde la toma de medidas al cliente hasta el entalle final, que aseguraba la elegancia y el ajuste perfecto del paño.

Palmiro adoptó el oficio de sastre porque le correspondía: de eso habían vivido cuatro generaciones de la estirpe Román, que se iban legando el taller del número 49, convenientemente ubicado en la esquina con Carrer de Girona. Pero la vida tiene sus renglones de sabiduría que reparte con equidad, y en el caso de Palmiro, la ocupación de costurero —con sus perversas jornadas de esclavo (abría de nueve a nueve todos los días del año, excepto el primero de enero)— parecía hecha a la medida, porque le otorgaba un lugar útil en el mundo que, fuera de aquellas paredes, le había sido negado. Y es que tenía un aspecto francamente desafortunado: aunque no superaba el metro ochenta de estatura, su rostro exhibía los rasgos indiscutibles del gigantismo. El mentón cuadrado a rabiar se alargaba desproporcionadamente, dejando en el lugar de la boca dos canoas diminutas perdidas en un océano de pliegues de piel. Los ojos enormes y brotados quedaban como subrayados por unas voluminosas bolsas que se abultaban justo abajo, teñidas de un color triste que no se decidía entre el violeta y el verde. Todas las facciones del lado derecho, desde la ceja hasta la mandíbula, aparecían ligeramente más abajo que las de la izquierda, otorgándole un aire picassiano. Y en medio respingaba, como un tumor o un disfraz, la nariz rojiza y verrugosa, que carecía de bordes definidos contra las mejillas. Llevaba el cabello desgreñado y largo, a medio recoger en una cola de caballo apretada en la nuca de la que escapaban mechas rebeldes y precozmente canosas a ambos lados de la cabeza, acentuando su aspecto andrógino y descuidado. Consciente de su fealdad, había aprendido a no mirar a nadie a los ojos para evadir los gestos reprimidos de burla o perplejidad. Pero tenía una clientela nutrida, porque el garbo que la naturaleza le negó en el físico se lo multiplicó con creces en el buen gusto y en la devoción artística con que confeccionaba una prenda sartorial. Era un mago de la forma: percibía las más recónditas disparidades del cuerpo humano y las compensaba con una nesga invisible, un pespunte astuto. Con una agudeza de visión solo comparable a la de los anatomistas, y el

anhelo estético que le había concedido su larga y desolada autocontemplación, se volcaba sobre la mesa de corte como un cirujano plástico en el quirófano, y añadía y quitaba a los atuendos los imperceptibles destellos de la perfección. Bajo sus manos diestras desaparecían barrigas y se ensanchaban los hombros, se alargaban los talles y se afinaban cinturas, y aquel arte suyo de esculpir la tela terminaba por otorgar distinción al más desgarbado. Al probarse una pieza terminada, los clientes se quedaban hipnotizados frente al espejo del taller, complacidos con los resultados de ese régimen imaginario que alegadamente había estilizado tanto su figura.



De su paso por la escuela, Palmiro conservaba las cicatrices de una soledad tremenda y un amor imposible, rabioso. La niña en cuestión —nacida para la belleza y su fulgor— jamás le había devuelto una mirada. Se llamaba Delfina Agostini y tenía la piel tersa y como amarmolada, con unos ojos azul añil que causaban la impresión intolerable

de estar hechos de mar. Su madre la recogía a las puertas del colegio en un Mercedes descapotable y plateado, que parecía un pájaro tornasol cuando se aposentaba delicadamente dentro de él la mariposa etérea que era Delfina. Oculto tras una columna, Palmiro la espiaba hasta verla desaparecer tras la esquina de la calle Tarradellas, y solo entonces se resignaba a regresar al taller de su padre, arrastrando las piernas y toda la miseria de su deformidad bajo la mochila. Nunca se molestó en hablarle, porque no hubiera soportado una burla de aquella diosa en ciernes. Y los días de escuela se consumieron en un suspiro, y la vida se enroscó para siempre como un ciempiés entre los muros grises del taller.

Fue entonces cuando lo conocí. Pasaba ese verano en la casa de mis padrinos en Cabrils, a las afueras de Barcelona. Los acompañaba a todas partes, con esa fascinación que ponemos los caribeños en conocer los recovecos de las viejas capitales europeas. Mi padrino, natural de Llobregat, todavía visitaba la sastrería dos veces al año para hacerse piezas a la medida, y yo fui con él aquel sábado soleado que ya prometía la tarde más calurosa de julio. Palmiro Román nos recibió con su esquivez acostumbrada y una cinta métrica colgando alrededor del cuello. Nos saludó sin alzar la vista y comenzó a tomar medidas con tal rapidez que tuve que preguntarle a mi padrino, al salir, si confiaba en la precisión de aquel señor tan raro y arisco. "Él sabe lo que hace", me respondió sin asomo de duda, y nos fuimos a tomar cerveza dos calles más abajo. Allí me puso al tanto de los antecedentes de Palmiro y de su trágico ostracismo, compensado —según él— por el talento inusitado que había heredado para el arte de la costura.

No volví a pensar en el sastre hasta tres años más tarde, cuando me aventuré por cuenta propia a veranear en Castelldefels y tomé el tren hasta L'Hospitalet una mañana aburrida. Me sorprendió encontrar la sastrería cerrada. Decidí tapear calle abajo y

preguntar por aquí y por allá qué novedades había del oscuro personaje, y así me fui enterando a retazos de los últimos acontecimientos: que se había rapado el pelo, que llevaba tres días encerrado en el taller y se rehusaba a abrir la puerta, que le había arrojado un cubo de agua a un cliente que insistía en recoger su traje para poderse casar al día siguiente, que mutilaba a los demás a alfilerazos y, en fin, un largo etcétera de minucias inconsecuentes y chismes de barrio que me dejaron en ascuas. Hoy comparo las versiones truncas de sus paisanos con el testimonio prolijo y aciago que escuché del propio Palmiro mucho después, y corroboro una vez más —si es que alguna vez lo puse en duda— que la vida es también como ese espejo que Balzac decía pasear a lo largo del camino para escribir sus novelas, porque nadie tiene el cuadro entero de su proteica faz.

Cuando regresé a Puerto Rico fue sin sospechar que el grotesco sastrecito catalán iba a convertirse en una de mis obsesiones narrativas más porfiadas. Volví a Barcelona y a L'Hospitalet al año siguiente, y toqué a la puerta de la sastrería casi con terror, sugestionada por aquellas últimas historias truculentas que les escuché a los lugareños. Mi padrino había insistido en ir conmigo, pero yo presentía el patrón de una crónica entre aquellas máquinas de coser, el hilo de un relato a punto de bordarse en el tapiz que ofrecería mi mano, y cuyo discreto desdoblamiento se vería estorbado por la presencia de un intruso. Así que me presenté sola y desnuda de pretensiones, a ver si el sastre prodigioso me cosía el cuento de su vida y, de paso, de la mía.

Me abrió la puerta. No me arrojó nada. Esquivó mis ojos, pero no me echó. Me preguntó qué quería, y pretexté que un chaleco, uno masculino, para usar con todo y corbata. Y empezó a tomar medidas, a preguntar sobre el material, el color, el entalle deseado: "Para mujer se usa ceñido a la cintura, ¿así lo quiere?". "Sí, así". Y quiso la suerte que le preguntara si solía confeccionar con frecuencia prendas femeninas, y que esa pregunta fuera el talón de Aquiles, la punta de la madeja por la cual se fuera desenrollando

todo el relato. “Una vez”, me contestó con parquedad, y bastaron un par de preguntas más, unas cuantas sonrisas honestas, unos silencios bien colocados, para que Palmiro Román me contara su historia como cuando se abren las compuertas de una represa maltrecha que ya amenaza con derrumbarse. Su infancia y primera juventud ya las he relatado, pero la verdadera narración comienza mucho después de aquel ciempiés enroscándose para siempre entre los muros de la sastrería. Porque una vez se desenroscó, y en los pormenores de ese suceso estriba el legítimo portento de su desdicha.



Delfina Agostini creció convertida en la diosa que su rostro angelical de la infancia auguraba. El Mercedes plateado se transformó en un Maserati rojo, ahora conducido por su flamante y joven pasajera. Quien la viera con sus pañoletas de seda al cuello, sus gafas Christian Dior y aquella melena rubia de amazona indomable, la juzgaría recién salida de

un plató de Fellini. Las veces que el azar la hacía conducir frente al número 49 de Carrer de Barcelona, Palmiro presentía el resplandor metálico de aquel corcel carmesí que llevaba a su adorada, y se apelmazaba detrás de la puerta de cristal de la sastrería con el corazón galopante y un amor desgarrador atravesado en las costillas como un cólico. Una tarde, un cliente habitual le montaba conversación mientras Palmiro le entallaba el tiro del pantalón, y comentó como asunto de paso que pronto se mandaría a hacer un frac para la boda de su hijo, que se casaba en seis meses con la hija de los Agostini. Al sastre se le atragantó un buche de bilis en la boca del estómago, y el alfiler que estaba a punto de insertar se clavó en la bragadura del pobre padre, como si fuese un puñal en la cepa de su rival.

—*Òstia! Què collons fas?* —gritó despavorido el cliente, y Palmiro se turbó aún más y lo sacó como pudo del taller antes de que fuera a traicionarlo el llanto. Los días que siguieron se presentaron lúgubres y acartonados, igual que el espeso devenir en realidad de una pesadilla terca.

Una semana después, Barcelona entera se desperezaba ante la mañana soleada y bullanguera de un 11 de noviembre. Mientras hilvana un ruedo frente al pequeño televisor que le hacía compañía en sus jornadas interminables, el sastre de L'Hospitalet presenciaba conmovido cómo al otro lado de la pantalla una avalancha de alemanes —a punta de pico y marrón— derrumbaba con alegría furiosa el muro de Berlín. Los bares cercanos a la puerta de Brandeburgo repartían cerveza gratis, y familiares y desconocidos se abrazaban por igual, llorando, mientras Rostropóvich tocaba con emoción la *Suite No. 2* para violonchelo de Bach frente a las ruinas del muro. Una tristeza indescriptible se apoderó de Palmiro. Se asomó a la calle vacía con sus bares cerrados y su silencio de fin de semana recién despierto, y se reconoció tras ese muro invisible que lo había mantenido

apartado de Delfina y del mundo. Esa noche helada, a solas con su dolor, aceptó que, para derribar el dique infame de su soledad, precisaba dejarle saber a aquella mujer que él había existido, aunque ella nunca hubiera reparado en su torpe figura o en sus ojos de enamorado trasnochado. Y la única manera de lograrlo era poniendo a su servicio el don singular que la vida le había dado: confeccionar el traje de novia más soberbio, más sublime y noble, que se hubiera visto jamás en la ciudad esmaltada que soñó Gaudí.

Puso manos a la obra de inmediato. Comenzó por enfrascarse en el diseño general del vestido: por primera vez aplicaba su impecable intuición estética a la realización de una prenda femenina. Cerró los ojos y pensó en Delfina, en sus curvas sutiles y proporcionadas que llevaba impresas en la memoria, en la justa composición del ajuar que realzara —sin opacar— tan delicada creación. Guiado solo por el instinto que la naturaleza le había proporcionado, con ardiente ahínco trazaba en el cuaderno líneas toscas en carbón que iba superponiendo y desplazando apenas fracciones de grados, hasta dar con la silueta perfecta, el vuelo insuperable del fruncido o el bies. Cuando el entramado de rayas se volvía una maraña indescifrable, recomenzaba en un papel en blanco, calcando lo ya decidido y retocando el dibujo allí donde aún eran necesarios ciertos ajustes. Se deleitaba en la libertad con que el atuendo para mujer le permitía aprovechar la voluptuosidad natural de las telas, cuando el guardarropa masculino le había exigido siempre austeridad y contención. Para cuando el día comenzó a clarear, Palmiro sonreía complacido ante el boceto final: trazada en estilizadas líneas pasteles, la figura de Delfina parecía emerger de las ondas como una Venus de Botticelli, solo que envuelta en una cascada de muselinas y sedas brocadas color nácar que le hacían más justicia que nunca a su belleza.

Esa tarde cerró el taller por primera vez desde la muerte de su padre y se presentó

frente a la puerta de los Agostini con el dibujo bajo el brazo. Tocó el timbre con un puñado de nervios palpitándole en la garganta. ¡Dos muchachos que bajaban la calzada en bicicleta le gritaron al unísono "Cara de cul!", muertos de risa. Palmiro no se volteó; cerró los ojos y suspiró hondo, masticando su orgullo. Tocó el timbre una segunda vez, pero el veneno de la burla ya había surtido efecto: el plan de su presencia allí se le revelaba ahora como una soberana ridiculez, solo conducente a otra posible humillación entre las muchas que ya coleccionaba en el arca de sus rencores. Las canillas le temblaban y sentía un vaho helado bañándole los riñones. Dio media vuelta y ya comenzaba a descender las escalinatas del pórtico cuando escuchó el chirrido de los goznes y la reverberación de una voz meliflua: "¿Sí?". Paralizado, arrepentido de mostrar su *cara de cul* a la mujer más hermosa del mundo, no atinó sino a preguntar cabizbajo y aún de espaldas:

—¿Delfina?

—*De part de qui?*

Solo entonces comprendió que quien había abierto era la muchacha del servicio. Se giró despacio y la vio: una chica cualquiera, algo regordeta y fea, lo observaba con apatía desde el umbral.

—*Palmiro Román. Vaig estudiar amb ella en el Col·legi Canigo.*

La puerta se entornó en silencio. Palmiro comenzó a respirar, algo aliviado: había franqueado el primer escollo. Era razonable que un antiguo compañero de colegio viniera a ver a la señorita. Y era razonable que no lo invitaran a entrar hasta confirmar sus palabras. Al menos ya habían ido a buscarla. Transcurrieron los dos minutos más largos de la historia de la humanidad, y entonces la puerta se abrió de nuevo. Como una aparición de la mismísima Virgen, Delfina asomaba su sonrisa bajo el dintel de roble macizo tallado a fines del XIX por los ebanistas de su bisabuelo, y vista así, frente a la brillante resolana de las tres de la tarde, todos los mares del mundo parecían juntarse en

sus ojos. Palmiro sintió que las rodillas iban a traicionarlo e intentó sonreír, pero a la par que sus labios ascendían observó que los de Delfina se replegaban hasta morir en una línea rígida, distante, que ya clausuraba la puerta invisible que se había abierto unos instantes para él.

—Ah, hola. No te recordaba por el nombre. ¿Qué haces por aquí? —musitó con mal disimulada decepción.

Palmiro no sabía qué decir. Apenas le alcanzaba el aliento para empezar a recoger los pedazos dispersos de su dignidad, que rodaba hecha trizas escalones abajo.

—Tengo una sastrería por allá —comenzó a balbucear, y al estirar el brazo para señalar el aire dejó caer al suelo el cartapacio con el diseño. Lo recogió con toda la torpeza de su vida agolpada en aquel único minuto, e intentó recomenzar.

—Tengo una sastrería por allá y supe que vas a casarte y he traído este diseño que pensé que te podría gustar…

Delfina bajaba la vista e intentaba sin éxito concentrarse en las manos de Palmiro, procurando ser cortés ante una situación enteramente incomprensible. No sabía si se suponía que tomara aquel papel, extendido hacia ella apenas unos centímetros.

—¿Una sastrería…? —murmuró, perpleja.

Palmiro asintió y acercó más el boceto. Delfina lo sostuvo por la esquina inferior sin tomarlo del todo, y a modo de pretexto ojeó a vuelo de pájaro el diseño, que no vio.

—Gracias, pero ya me están haciendo el vestido en Barcelona. En el atelier de Pertegaz… Pero gracias, muchas gracias, de veras… —y se extendían los segundos de tirantez como una melcocha insalvable.

Palmiro guardó el boceto en su cartapacio y volvió a pincharlo bajo el brazo. Tenía unas ganas inmensas de llorar, pero solo acertó a hacer una reverencia anacrónica y

voltearse hacia la calle. Mientras abandonaba el último escalón Delfina alcanzó a repetir "¡Gracias…!", ondeando su mano blanquísima como un pañuelito de lino, y hubiera añadido el nombre de aquel extraño visitante si no fuera porque ya lo había vuelto a olvidar. Cerró la puerta con suma lentitud y aún turbada por la lástima del desconcierto, que es siempre más incómoda que la lástima de verdad.

De regreso en el taller, Palmiro se paseaba de una esquina a otra. "Es una buena chica" —se repetía— "tal vez pensó que le mendigaba una venta", y repasaba todos los pormenores del fugaz encuentro: la dulzura de sus gestos, la hermosura que los años habían esparcido como una plaga por su rostro y por su cuerpo, la corroboración de que el vestido nupcial que le había diseñado perfeccionaba su donaire como un guante veneciano. Apostó todo el amor propio que le quedaba a la obra de su talento, y decidió obsequiarle el traje sin requerir su consentimiento. "Cuando lo tenga enfrente, entenderá", se murmuraba, y empezó esa misma noche a cortar el patrón a la medida exacta de aquella silueta que había cincelado a hierro en sus entrañas.

Al día siguiente se gastó una pequeña fortuna en raso italiano, brocato de seda natural, encajes chantilly y muselinas de India. Sobraba tiempo: a varios meses de la boda, podría trabajar con la paciencia y meticulosidad de un relojero. En la vieja sastrería Román —acostumbrada siempre a la gabardina y el rígido rayón— las aspas de los abanicos aupaban a ras de suelo las livianas tiras de puntilla y organdí, como si fueran espuma sobre las olas. Palmiro cortaba e hilvanaba las piezas con un celo ferviente, pero de forma sistemática y sagaz, sin perder detalle. Obrando casi a ciegas y orientado solo por su memoria y una destreza prodigiosa, hacía nacer de las telas el halo divino que enmarcaría la figura de Delfina como una estola de luz. Perfeccionaba el abullonado con maestría geométrica; acordonaba con festones de seda los ribetes del espléndido escote

barco; corregía las alforzas bajo el contorno del busto; tallaba con el muescador la medida justa de las sisas. Vaciló por primera vez a las dos semanas de labor, cuando estuvo listo para coser las bocamangas y se percató de que necesitaba corroborar el ángulo exacto en que la curva de las axilas se entornaba bajo los brazos de Delfina. Se apostó al otro lado de la acera de los Agostini, oculto tras el tronco de un viejo chopo blanco. Estaba dispuesto a esperar cuanto fuera necesario hasta verla salir. Y en efecto tuvo que esperar bastante: pasadas las ocho, envuelta en un sobretodo de cachemira y con botas altas de cuero, Delfina descendía las escalinatas de su casa y se enfilaba calle abajo. El abrigo resultó un imprevisto difícil de superar: era imposible calcular las medidas necesarias bajo las abultadas capas de tela. La siguió a lo largo de tres cuadras hasta verla entrar en un restaurante japonés y entregar su abrigo en el guardarropa. Quedó al descubierto su traje ceñido de lana, que calcaba la figura de la dueña como si fuera un maniquí. Supo que tenía poco tiempo antes de perderla de vista, así que aguzó los ojos, estimó a través de los cristales la medida requerida y cuando ya estaba satisfecho, a punto de partir, se percató de algo inesperado. De forma casi imperceptible —pero suficiente para el ojo de águila de Palmiro— el hueso de la cadera derecha sobresalía unos centímetros más arriba que el de la izquierda. Ladeó el rostro para comprobar si veía bien, si sería un espejismo del vidrio, de la luz, de las sombras: no se equivocaba, y ya Delfina se perdía entre las mesas.

Regresó a toda prisa al taller. Ahora tendría que descoser los costados y ensanchar el vuelo de la tela, añadiendo nesgas que disimularan la asimetría. Mientras deshacía las puntadas se recriminaba por semejante descuido, y dudaba por primera vez de su sentido de observación. Al cabo de unos días precisó corroborar otro detalle, y regresó a su puesto frente a la casa para esperar a que saliera la cliente inadvertida. Al filo de las seis, aterido de frío, Palmiro vio por fin a un hombrecito escuálido bajar de su auto y subir las escalerillas. Cargaba en sus brazos una bolsa de vinilo más grande que él y en la que, a

todas luces, iba el vestido oficial de la novia. La figura de Delfina emergió a medias tras la muchacha que abría la puerta, y los tres se internaron en la casa en un santiamén. Una hora más tarde la puerta se abría de nuevo, y el hombre descendía corriendo en puntitas, con su pesada bolsa y un gesto mal contenido de irritación que hablaba por sí solo. Como una sacerdotisa desde lo alto del altar, Delfina lo observaba alejarse recostada del marco, con ojos llorosos. Palmiro tuvo tiempo de verla bien, y se hubiera contagiado de su tristeza de no ser porque más lo horrorizó comprobar que ahora aquella cintura pronunciaba aún más su curvatura hacia la derecha, como una media luna que brillara contra el cielo nocturno de la casa en penumbras. No le quedó entonces duda alguna de que sus ojos no habían fallado: era aquel cuerpo de mujer perfecta el que parecía traicionar su sino de armonía, el que se deformaba con el avance lento pero implacable de un minutero. Aunque otros seguramente no lo notarían aún, él ya lo percibía a simple vista. Se quedó tras el chopo hasta que Delfina cerró la puerta, y regresó al taller con toda la pesadumbre de quien ha descubierto un secreto trágico, una conspiración: algún mal reptaba por los huesos de la criatura más celestial de Llobregat, y era imposible adivinar si ella lo sabía, si hacía algo al respecto, si estaría ya aceitándose la máquina de expertos que pusiera remedio a su condición.

Devastado —con más rabia que dolor por la ironía de un destino que contagiaba a su ídolo con el rigor de su propia deformidad—, optó por construir el traje milagroso que anticipara y encubriera cualquier imperfección de la diosa en desgracia. Reconstruyó la falda en corte princesa, urdió sus mágicos pespuntes a diestra y siniestra, oró con la aguja las plegarias fervientes de su devoción. Incontables veces montó guardia tras el chopo para documentar el progreso de la enfermedad, y ajustó y rectificó las puntadas y ribetes en frenética carrera contra el aprendiz de Perdegaz, que seguía subiendo y bajando las

escalerillas de la calle Xipreret con su bolso de vinilo y la frustración de otro entalle fallido a cuestas.

Al cabo de unos meses, a cuatro días de la boda, el admirable vestido camaleónico estaba listo. Nadie podría notar la más leve desviación bajo aquella suave lluvia de nácar, que flotaría alrededor de Delfina como esas luces boreales que a veces danzan en los cielos desvelados de Siberia. Solo entonces se dispuso a realizar el bordado final, que había concebido desde el principio como su gesto supremo de unión: clausuró el taller, se rasuró la cabeza y, con el primor de un orfebre, durante tres días bordó del ruedo hacia arriba diminutas ramas y pétalos blancos, negros y grises con sus propios cabellos, hasta que la falda del vestido se trocó en un campo nevado de filigrana enamorada, que parecía estar hecho para la aparición de un ángel o el éxtasis mudo de un pintor.

El día antes de la boda, a las seis en punto de la tarde y mientras Palmiro observaba desde el chopo, un chavalito aguzado tocaba a la puerta de los Agostini con su preciado cargamento enfundado en un portatrajes de seda cruda, hecho especialmente para la ocasión y perfumado con esencia de lavanda y agua de azahar. La muchacha de servicio no parecía entender por qué el atelier enviaba un segundo traje, cuando el otro colgaba desde la semana anterior en el ropero de la señorita. Pero al cabo de un breve pulseo el obsequio anónimo fue recibido, y la puerta se cerró frente a la mirada lánguida de Palmiro, como la tapa de ese libro que ya hemos terminado de leer y nos expulsa de su mundo, donde habíamos vivido tan contentos y olvidados de nosotros mismos. Regresó perdido y exhausto al taller. Exhausto regresó al taller y se acostó a dormir, porque ya no había lámpara capaz de recordarle que la noche seguía encendida y animada, como suelen ser las vísperas de días de fiesta en los pueblos desprovistos de dolor.

A la mañana siguiente, cámara en mano y apostado como muchos frente a la capilla

románica de Santa Eulalia de Provençana, vio llegar la limusina que traía a la novia y contuvo la respiración, mientras el chofer abría la portezuela y surgía con lentitud la flamante protagonista del evento del año en L'Hospitalet. Primero le vio la punta del pie, recubierta por una zapatilla labrada en cristalería y perlas. Inmediatamente encima, como una reja de hierro forjado que resguardara tesoros valiosísimos, la delicada urdimbre negra, blanca y gris que ondulaba con la gracia de una cabellera al viento sobre su obra maestra, mientras la novia emergía ante los ojos deslumbrados de los espectadores. Nadie hubiera adivinado que aquellos hilos que refulgían como seda eran la sustancia misma del sastrecito deforme, transmutado en esplendor. El vestido obraba su magia: a cada paso se plegaba como un lacayo dócil que elevara a Delfina por encima de los charcos de su imperfección. Y mientras ella desfilaba con la gracia de un cisne, a salvo de la curiosidad malsana que hubiera despertado su figura contrahecha, Palmiro saboreaba el placer de haberle concedido aquel milagro secreto de belleza, que no era sino un espejo de la misma belleza que ella siempre, sin pretenderlo, le obsequió. Ese instante perfecto fue el que capturó la fotografía que me mostró años después, y confieso que nunca vi una novia más espectacular, ni una luz tan encantadora como la que bañaba a mediodía la plaza risueña de L'Hospitalet.



La última vez que llegué al pueblo, hará unos tres años, me pareció reconocerla en aquella mujer elegante que descendía en su silla de ruedas por una de las rampas de la estación Cerdà. De Palmiro solo sé que murió sin herederos a comienzos de siglo, y que la Sastrería Román es ahora el Bar Odisea, muy bien puesto con su mesa de billar y sus repisas de cristal iluminado salpicadas de botellas multicolor. Allí trabaja en estos días el cantinero toledano, que por cierto ha envejecido bastante y se niega a leer las manos, porque dice estar ya cansado de tener que anunciarle siempre a la gente los amargos infortunios del porvenir.

UNA CAMA DE HOTEL

La casa que soy, Trabalis Editores, 2014.

Una cama de hotel
es un tálamo triste,
espejo del mundo,
fugacidad sostenida.
Se disputan las crestas de las fibras
sucedáneas espumas celulares,
cadáveres de amor y desamores.
Una cama de hotel
se enamora y se despecha
tantas veces al año,
que se vuelve rencorosa.
Por eso mueren tantos
en el misterio de sus sábanas:
porque una cama de hotel
nunca se sabe
cuando perderá los estribos.
Yo me acerco a sus edredones
sospechosamente floridos
como a las tumbas frescas:
con la cautela de un ciervo,
con la ternura de un niño.
A las camas de hotel conviene hacerles cuentos,
cantarles dulcemente una canción de cuna,
dormirlas bien antes de tenderse.
En ellas se acuesta usted
con todos los que antes que usted
requirieron el sigilo.
(Procure no despertarlos.)
Y antes de irse al siguiente día,

por favor, tenga la cortesía
—por los que vienen después—
de llevarse
su dolor.



Delirio

La casa que soy, Trabalis Editores, 2014.

Últimamente se ha vuelto un problema
ir al mercado o a los centros comerciales,
a las melancólicas oficinas de correos
o al colegio de los niños, a las horrísonas
reuniones de facultad, que persisten,
a las bodas, a los cumpleaños siniestros,
a los velorios, a los bautismos o, en fin,
a cualquier parte donde se congregue la gente,
porque no sé con qué tacto enfrentar
este caso de delirio colectivo
de que insistan en tratarme
como si yo estuviese allí.



EL OTRO (poema circular**)**

La casa que soy, Trabalis Editores, 2014.

me compró flores
un boleto al teatro
varias copas de vino
buenas dosis de sushi
un perfume Chanel
un billete a París
un palco en la ópera
un aro de diamantes
un auto deportivo
una casa en la playa
un terreno en la luna
y un Picasso azul.
Pero un día me preguntó
qué me haría feliz
y no tuve
más remedio
que decirle



MILAGRO EN GUANABACOA
(*CERRAR LA PUERTA TRAS DE TI*, TRABALIS EDITORES, 2019)

Llegamos a Guanabacoa pasadas las tres, y aún nos tomó dos horas más dar con la antigua Ermita del Potosí, que para entonces estaba en pleno jaleo de restauración. Hacía ya rato que los albañiles se habían marchado de la loma polvorienta, y todavía el atardecer de aquel jueves esparcía un resol tan furibundo que obligaba a usar las manos como viseras y anegaba los ojos de una aguaza turbia, ácida. Resignados a no encontrar a nadie que nos orientara hasta la mañana siguiente, regresamos al automóvil y ya iniciábamos el descenso cuando lo vimos emerger, diminuto y ágil, a la vuelta de una curva. Se llamaba Eugenio Cárdenas y tenía los párpados achinados y la tez tersa, como asada al sol. Nos escrutó con asombro cuando le preguntamos dónde podíamos encontrar apariciones de la imagen del Nazareno.

—¿Cómo que dónde? En cualquier parte.

Y sin más se volteó y arrancó un manojo de maleza que crecía en la vereda para mostrarnos su bulto de raíces tiernas, que aún se desmoronaban de tierra.

—Mírelo aquí.

Mi marido y yo, incrédulos de que la providencia castigara nuestras burlas al primer intento, tuvimos que mirarnos de reojo antes de bajar del auto para examinar el alegado milagro. Los dos nos embelesamos contemplando aquella maraña de bulbos y arterias blanquísimas, espolvoreadas de un barro fino como de escarcha roja, pero entre las cuales no aparentaba dibujarse figura alguna. El individuo nos debe haber notado a leguas la falta de fe, porque se anticipó a cualquier objeción y, valiéndose del índice como puntero, fue recorriendo el rústico retrato:

—Por acá los ojos, aquí la nariz, miren de lado la corona de espinas.



Solo entonces, pintadas con tal destreza por los trazos transparentes de su dedo, las facciones del Cristo parecieron ir brotando como en un cuadro cubista, y creo recordar que hasta retrocedimos un poco para apreciar mejor el conjunto, que únicamente con gran esfuerzo ocular cobraba aspecto humano. Cárdenas se persignó y prosiguió su camino cuesta abajo sin despedirse, como quien ha hecho el simple favor de dar instrucciones de ruta, y lo vimos alejarse sosteniendo su preciado cargamento de raíces con ambas manos, igual que si de un recién nacido se tratase.

Habíamos llegado ese mediodía al aeropuerto de La Habana movidos por una curiosidad risueña, mezcla de turismo campechano y cierta antropología cultural que dignificara nuestra reputación de intelectuales: yo como escritora de la diáspora, él como fotógrafo urbano. Éramos jóvenes y nos creíamos dueños de la verdad, con esa autocomplacencia que siempre opone la razón a las supersticiones. Insistí en ir porque aún me perseguían en sueños las historias que de niña me contaba mi madre en el sillón

vespertino, aquellas crónicas sencillas de una ciudad mágica a cuya vera había crecido, a cinco kilómetros de la capital, y que se erguía sobre una colina como calada de confiterías y manantiales para producir los caramelos más dulces y el agua embotellada más pura de la metrópolis. No niego que nutría mi ego esa autoridad conferida por la ascendencia que me permitía fingirme experta ante aquel adonis norteamericano, alto y de ojos verdes de abismo, que mascullaba a duras penas el español por amor a mí y de cuyo brazo me paseaba entonces por las calles de la patria imaginada. Pero Guanabacoa representaba sobre todo la posibilidad de documentar la falsedad de un mito que había impregnado con su olor visceral los recuerdos de mi madre: la leyenda de la imagen prodigiosa del Jesús Nazareno.

El origen de la historia se remontaba a los albores de la colonia: un óleo en tabla con la imagen del Mesías que Jusepe Bichat, indio converso del siglo dieciocho, había trasladado desde su humilde choza en la Loma de la Cruz hasta la Ermita del Potosí, edificada cien años antes y cuyas ruinas tiznadas él mismo había reconstruido a pulmón. A partir de entonces, la memoria de Bichat y la imagen del Nazareno se habían trocado en objeto de pública veneración, y gracias a sus rogativas fervorosas los labradores de la comarca recibían el copioso beneficio de las lluvias cada vez que a una sequía terca le daba con instalarse en la zona. Pero centurias después de pulverizarse la mítica pintura —incluso a espaldas de la prohibición oficial— el pueblo entero aún vivía empapado de una suerte de milagro perpetuo, y por todo el Caribe se corría la voz de que en Guanabacoa, la estampa del Cristo se materializaba en cuanto recoveco pudiera imaginarse: en las papas crudas que cortaban los vecinos a mitad para guisar el almuerzo, en el anverso de las hojas de berza que se disponían a echar al caldo gallego, en las tapas de los frascos de mermelada con que untaban el pan, en la hogaza misma de pan que recién sacaban del horno, en los troncos de árboles que sucumbían a la tala, en los daguerrotipos de parientes muertos, en las radiografías dentales, en las tajadas de fruta bomba, en las barras de jabón y hasta en las vetas cuarteadas de los

antiguos suelos de mármol, que ya cedían al estrago de los años como una piel arrugada por la decrepitud.

Quienes llegaban en peregrinación a la ciudad en busca del prodigio se topaban con él en la primera esquina, como ya sabíamos por experiencia propia, pero no bastó en nuestro caso la convicción incorrupta de los lugareños. Después de todo, no habíamos acudido en pos del milagro: cazábamos el folclor, el colorido disfraz de la superchería. Es cierto que durante los días que prosiguieron nos conmovió la certidumbre sin mácula, el dichoso espectro de la vida divinizada que respirábamos a cada paso. Pero también nos divertían las pequeñas inconveniencias que suponía morar a la sombra del retrato omnipresente. Advertimos, por ejemplo, que hubiera sido blasfemia para los vecinos desprenderse de cualquiera de aquellas reliquias sagradas, por lo que se les volvía un problema cada vez mayor la acumulación exponencial de los objetos más insignificantes. Los vimos atiborrarlos en estivas fenomenales en los altares caseros, en las famélicas cocinas, en los patios sin techo, en las jaulas mohosas de pájaros fugados y hasta en las azoteas de las mustias ermitas que aún aguardaban su turno de restauración. Entonces recordábamos la cara estoica de Eugenio Cárdenas, con su camisa raída y su sombrero de guano, mientras descendía la cuesta matojo en mano, resignado a tener que conservarlo quién sabe dónde.

Notamos también, para satisfacción de nuestro orgullo escéptico, que el rostro del Nazareno adquiría las facciones humanas más diversas, según a quién se le revelara. Así, no era raro que el semblante de Cristo que había aparecido en la borra de café de una beata del pueblo fuera harto parecido al rostro que colgaba de su cuello en un escapulario, y que no era otro que el de su difunta madre, enterrada hacía tres décadas. O que los rasgos de faz agónica que se transparentaron en el vidrio de la bodeguita, la tarde que fuimos a tomar cerveza, se asemejaran mucho a los del hijo del dependiente, desaparecido en pleno fragor del 59 y cuya

fotografía en blanco y negro aún coronaba la pared tras el mostrador. Solo nosotros parecíamos advertir que el pueblo entero se había convertido en un álbum de estampas de los amores perdidos, y que el verdadero milagro de Guanabacoa era la apacible convivencia con aquellos fantasmas que, a falta de tanta fe, hubieran sido dolor.

Pero en fin, apertrechados de anécdotas y fotos preciosas de la capital, abandonamos la Isla un domingo de agosto. Fueron días felices, colmados de tibieza, azúcar y agua impoluta, y si hoy guardo una memoria amarga de aquel viaje de juventud no es por culpa de las bondades sin reserva de Guanabacoa, la luminosa ciudad de mis recuerdos maternos.



Tiempo después quiso la suerte que me tocara vivir en Marsella, en plena Provenza francesa. Aquel paraíso tan ajeno a mi Caribe natal guardaba no pocas gratas fortunas, como la vista espléndida de las calas, el olor a pescado fresco del *Vieux Port* y un invierno suave y sonriente, que sabía tratar a los extranjeros con la hospitalidad de un buen anfitrión. Había venido a dedicar un año de sabática a la tarea solitaria de escribir, pero de eso ya iban diez, y la vida se había detenido como una de esas barcazas de pesca que encallan de vez en cuando frente a la Costa Azul. A los seis meses de llegar, mi marido aprendió a mascullar la lengua local —como era su costumbre— y embarazó a una francesita engreída de París, con la que se

fue a vivir a los *Champs Elysées* al día siguiente de divorciarnos. Desde mi pequeña habitación en el barrio Panier oía en las noches el alegre repiqueteo de tacones ebrios que trepaban la escalera de adoquines hasta la *Place des Moulins*, cumbre absoluta de la colina. Y aunque ya no rugían allí los molinos que siglos antes trituraban el trigo, aún descendía por la cuesta empinada un rumor parecido, que es el chasquido que hacen los labios cuando se besan bajo las farolas las parejas furtivas.

Un día almorzaba al pie de *La Charité* —ese coloso renacentista que Le Corbusier salvó de la demolición a fuerza de berrinches— cuando a todos los clientes nos sobresaltó el alboroto de una trifulca que llegaba de la calle. El *Taxi Brousse* era el único restaurante caribeño que frecuentaba, y aunque ese día el sol de agosto filtraba por las ventanas una luz pálida que más se parecía a los crepúsculos de Puerto Rico que a un mediodía como Dios manda, a los comensales hipnotizados por aquellos picantes cocidos criollos poco podían afectarnos las nostalgias del trópico. Los más curiosos nos asomamos al oír el escándalo y apenas pudimos entrever, en medio del barullo de gente que lo circundaba, a un hombrecito escuálido que manoteaba iracundo contra la muchedumbre. Al dispersarse el gentío pude reconocer en aquel rostro tostado y aquel porte de indiano descarriado las facciones inconfundibles de Eugenio Cárdenas, que ya se alejaba por la calle empedrada. Lo llamé a gritos desde la puerta y se volteó con la misma naturalidad de hacía una década, pero creo que no me reconoció. Tuve que ir tras él y recordarle que nos habíamos conocido en Guanabacoa, y supongo que, de no haberlo convidado a compartir mi humeante potaje de carne guisada, no se hubiera atrevido jamás a dirigirme la palabra.

—¿Y qué hace por estos lares? —le pregunté, divertida por su compostura seria y su talante de ciudadano enfrascado en súbita misión diplomática.

—Vine a traer pruebas del santo —me respondió sin asomo de vergüenza.

Dos cervezas después, ya Eugenio me había explicado los pormenores de su peregrinación, supongo que aliviado de poder conversar en un castellano cantarín y desprovisto de esas perpetuas zetas que abundaban en la plática con los escasos españoles de la zona. Me contó cómo hacía unos meses, allá en Guanabacoa, un turista francés lo había convencido de viajar a Marsella para documentar las apariciones del Nazareno, porque en el consulado italiano de la *Rue d'Algers* habían iniciado los trámites para la beatificación de Jusepe Bichat. Solo la intervención milagrosa del santo podía explicar que hubiera logrado trasladarse a Europa sin tener ni dónde caerse muerto, pero ahora nadie sabía darle razón del proceso papal en la vieja ciudad francesa, y la secretaria del cónsul ni siquiera consideraba concederle audiencia a un guajiro raquítico y mal vestido, que alegaba haber venido desde la Antilla Mayor a testimoniar la santidad de un desconocido del cual, por cierto, jamás habían oído hablar. La bronca a la entrada del restaurante se había suscitado justo porque un muchacho en patineta había intentado robarle el maletín donde cargaba toda suerte de muestras de la imagen del Cristo, y el mesero que nos atendía no pudo menos que quedarse con la boca abierta cuando vio aquella colección de reliquias, que contenía desde lascas de mamey preservadas en bolsitas al vacío, hasta chapitas enmohecidas de botellas de agua guanabacoense, primorosamente enmarcadas para la ocasión.

Me partió el alma verlo tan timado y desamparado, con su valija sagrada a cuestas como si fuera el muestrario ambulante de un vendedor. Ofrecí costearle el boleto de regreso a La Habana cuando él quisiera, y al terminar de pagar la cuenta lo consolé afirmando que la causa de beatificación de Bichat seguro no tardaba en comenzar, porque en Marsella también se aparecía a cada rato la imagen del Nazareno que él me había mostrado por vez primera años atrás. Arqueó las cejas con genuina sorpresa y me preguntó que dónde.

—¿Cómo que dónde? —respondí. —En cualquier parte.

Y le mostré la servilleta manchada con que recién me había limpiado los labios:

—Por acá los ojos, aquí la nariz, mire de lado la corona de espinas.

Pero entonces ocurrió que, según procuraba inventar sobre la mancha amorfa aquellos rasgos invisibles, iba materializándose contra mi voluntad el retrato perfilado y tierno de cierto adonis pasado. Detuve en seco el dibujo aéreo, y sospecho que vista así —índice recto, ceño fruncido, sien abultada— parecería la viva estampa de Dios frente a su lánguido Adán en el techo de la Sixtina. Cárdenas ha de haber notado mi conmoción, porque se persignó sobrecogido y se levantó de la mesa. Y cuando vio que yo también reunía mis cosas y me disponía a marchar, añadió perplejo:

—¿Pero no se la va a llevar?

La metí sin doblar en la cartera.

Desde entonces la contemplo con frecuencia, y he visto resurgir idéntica figura en los negativos de las fotos que olvidaron en mi cuarto, en la estela de niños franceses que llegan correteando al muelle, y hasta en los arabescos de espuma que dibuja el barista en mi café, cuando a veces me siento a mirar cómo huye la tarde entre los inmóviles molinos de la plaza.

Sobre la autora



Janette Becerra es escritora, crítica literaria, abogada y ex catedrática de Estudios Hispánicos en la Universidad de Puerto Rico en Cayey. Su obra literaria incluye los poemarios *Elusiones* (2001) y *La casa que soy* (2014); los libros de cuentos *Doce versiones de soledad* (2011), *Ciencia imperfecta* (2014) y *Cerrar la puerta tras de ti* (2019), y las novelas juveniles *Antrópolis* (2013) y *Pangea* (2025). Ha ganado dos premios internacionales de narrativa breve en España (Fundación Gaceta de Salamanca 2009 y Encarna León de Melilla 2010), y el Certamen de Cuentos del periódico *El Nuevo Día* 2011. En el 2012, *Doce versiones de soledad* fue Premio Nacional de Cuento del PEN Club de Puerto Rico y segundo premio del Instituto de Literatura Puertorriqueña. Ese mismo año ganó el certamen de narrativa juvenil El barco de vapor, de Ediciones SM en Puerto Rico. En el 2013 recibió el Premio Internacional de Cuento del Instituto de Cultura Puertorriqueña por *Ciencia imperfecta* y fue reconocida con el Premio Nuevas Voces del Festival de la Palabra de Puerto Rico. En el 2023 recibió el Premio Nacional Instituto de Cultura en la categoría de literatura infantil por su novela “Pangea”. Su obra poética, narrativa y crítica se ha publicado además en numerosas antologías y revistas académicas.

Artículos

Quiroga y Ferré: La tragedia como clamor social

Por: Martha Jiménez

Reconocido como uno de los maestros del cuento hispanoamericano, el uruguayo Horacio Quiroga nos lega una vasta y excelentísima obra cuyo epicentro es el hombre. El hombre disminuido en su relación con la naturaleza, con la sociedad e incluso consigo mismo. Por su parte, la puertorriqueña Rosario Ferré -distante de Quiroga en tiempo y espacio- plasma en su haber narrativo preocupaciones afines a las de este maestro. Ferré reproduce casi con el mismo aliento denunciatorio, aunque con mucha más ira, la inestabilidad de las relaciones entre entes de una misma sociedad, más específicamente la disparidad entre los roles del hombre y la mujer dentro de la sociedad paternalista hispanoamericana. Ante esta coyuntura, nos proponemos desentrañar la estrecha filiación que surge entre los relatos "El almohadón de plumas", escrito por Quiroga y "La muñeca menor", de Rosario Ferré. Para este propósito, nos acercaremos al modelo de la Tragedia Griega.

Incluido en la antología *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), el relato "El almohadón de plumas" -clasificado por la crítica como un cuento de horror-presenta la historia de Jordán y Alicia. Recién casados, la esposa enferma inexplicablemente y va empeorando hasta que fallece. El día después del entierro, la sirvienta procede a asear la cama de la enferma y se encuentra con una horrorosa criatura en la almohada. De esta manera hallan al causante de la viudez de Jordán, pero ya nada puede hacerse.

Descrita como pesimista, la narrativa de Quiroga se ha caracterizado por la presencia recurrente del tema de la muerte, a menudo explicada a raíz de la trayectoria

vital del escritor. Su excelente manejo de la descripción y su apego a las máximas que propone en su *Decálogo del perfecto cuentista* (1927) contribuyen a la agilidad y dinamismo que caracteriza su prosa. Ejemplo de esta combinación es la oración inicial de este cuento, que se reviste de un enorme valor profético ya que, mediante una antítesis, sugiere el desenlace. Al decir que "*Su luna de miel fue un largo escalofrío",* el narrador trastoca un supuesto ampliamente generalizado que es la significación de la luna de miel.



Tradicionalmente esta etapa ha sido vista como un renacer ya que la pareja -en especial la mujer- deja atrás su vida para comenzar de nuevo de la mano de su marido. El ritual de cambiar de vestimenta durante la ceremonia nupcial representa precisamente ese mudar de piel; un bautismo. En el caso de estos recién casados, este renacer hilvana directamente con la muerte porque solo se destaca la frialdad. La descripción de la morada matrimonial abona a la de esta atmósfera letal: La casa en que vivían influía un

poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso -frisos, columnas estatua de mármol- producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

Se trata de un gigantesco mausoleo que va a sepultar las ilusiones que tiene Alicia de un porvenir lleno de felicidad y que nos remite a la morada final de la recién casada.

Este funesto destino deviene no por la falta de amor de Jordán, sino por su incapacidad para expresarlo. De acuerdo con Patricia Montenegro, ni la conducta de Jordán ni la de Alicia responden al libre albedrío, sino que se trata de una sociedad victoriana que ha perfilado el carácter de Alicia y el de Jordán creando un conjunto de condiciones apropiadas para el desenlace fatal. Ella, una mujer frágil, angelical, soñadora, sumamente sensible, dependiente de su esposo, incapaz de expresar su necesidad afectiva, queda reducida a un objeto de placer. Él, un hombre alto, fuerte, sostén de su hogar, reservado hasta la mudez, se mantiene duro, egoísta, insensible: ambos, aceptables para los estándares victorianos: y su mutuo, incuestionable consentimiento a estos, la otra causa de la muerte de Alicia (10).

En esta sociedad la comunicación entre la pareja no se consideraba importante, sino que se ofrecía prevalencia a conductas que respetaran los patrones patriarcales establecidos. La comunicación entre el matrimonio era tan fría como la casa. Como muestra, el narrador se encarga de destacar que, pese a sufrir, Alicia cumplía cabalmente con lo que se esperaba de ella porque: "*… había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido*". En otras palabras, Alicia desechaba toda idea que pudiera apartarla de ser un apéndice de Jordán porque "*el impasible semblante de su marido la*

contenía siempre". En esta ecuación se minimiza el valor de la esposa y es que hasta su descripción se articula mediante la utilización de vocablos que la disminuyen: "*No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él*". Aunado a este cuadro inferior, el narrador claramente cosifica a la joven esposa al referirse a ella como una "muñeca inerte". Es decir, deja muy claro que la única función de Alicia es depender de Jordán.



En el desenlace del relato podemos ver una inversión irónica ya que la esposa- identificada previamente como un parásito- es devorada por un ser que le chupa la sangre. Este vampiro se convierte en un parásito letal que puede asociarse con Jordán, especialmente a partir de la explicación de la voz narrativa: "*Estos parásitos de las aves,*

diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes". El asesino que cobra la vida de la esposa puede verse como una manifestación física del verdadero criminal: la incomunicación marital resultado de la enfermiza fijación de los roles por género.

Como vimos, desde el inicio la situación de Alicia y Jordán se postula como una tragedia. Se trata de entes pertenecientes a la clase alta que sufren la Moira, que aquí se asocia con los roles estereotipados promulgados por la sociedad paternalista hispanoamericana. En este contexto Jordán se convierte en el héroe trágico que experimenta su caída a partir de su hubris. Esa hubris se traduce en su comportamiento seco y aislado -muy a pesar suyo- con Alicia. El pecado del esposo fue asirse a los parámetros sociales sin ponderar las consecuencias. Su castigo final es perder a su amada. El momento en el que Jordán se enfrenta al ente asesino refleja de manera simbólica la anagnórisis porque lo obliga a ver la concretización de su mal proceder.

Por su parte, el relato *La muñeca menor* se incluye en *Papeles de Pandora* (1976), la antología inicial de Rosario Ferré, este relato presenta la historia de una mujer joven a quien una "chágara" muerde en una pierna. La joven consulta al médico de la familia, pero este la trata sin que haya mejoría alguna y ella se resigna a vivir con una pierna deforme. Encerrada para evitar que la vieran, se dedica a confeccionar -en cada cumpleaños- muñecas de tamaño natural para sus sobrinas. La tía entregaba la última muñeca cuando las sobrinas se casaban. Llega el tiempo de boda para la menor de las sobrinas, quien se casa con el hijo del médico que no pudo curar a la tía y esta recibe su regalo. En el desenlace del cuento, la menor se convierte en una muñeca a la que le salen chágaras de los ojos.

Este cuento introduce de manera ágil uno de los “leif motif “ de Ferré, que es la muñeca como símbolo de opresión social. En el acto de crear cada muñeca, la tía mimetiza la maternidad y establece la unidad que debe existir entre las mujeres. No es casualidad que la entrega de la última muñeca surja antes del matrimonio de la sobrina ni que la tía acompañe esta ceremonia prenupcial con la sentencia: “Aquí tienes tu Pascua de Resurrección.” La tía identifica la boda - y la luna de miel- como puertas hacia una nueva vida. Con esto, ratifica el valor social de la institución matrimonial.



Indudablemente la presencia de la muñeca funciona como un símbolo de unión femenina que adquiere el poder de aterrorizar a los maridos. Funciona asimismo para destacar el carácter ornamental de la esposa, a la vez que anticipa el desenlace en el que se da la transmutación y la esposa se convierte en una muñeca, tal y como se anticipaba. La voz narrativa del cuento describe de manera burlona y despectiva al prometido de la sobrina menor: Se presentaba siempre con el cuello almidonado, los zapatos brillantes y

el ostentoso alfiler de corbata oriental del que no tiene donde caerse muerto. Luego de examinar a la tía se sentaba en la sala recostando su silueta de papel dentro de un marco ovalado, a la vez que le entregaba a la menor el mismo ramo de siemprevivas moradas. Ella le ofrecía galletitas de jengibre y cogía el ramo quisquillosamente con la punta de los dedos como quien coge el estómago de un erizo vuelto al revés. Decidió casarse con él porque le intrigaba su perfil dormido, y porque ya tenía ganas de saber cómo era por dentro la carne de delfín.

Esta mirada destaca la ausencia de amor entre esta pareja y afirma que el interés matrimonial por parte del médico obedecía exclusivamente a mostrarle a la gente del pueblo que había ascendido socialmente: El joven médico se la llevó a vivir al pueblo, a una casa encuadrada dentro de un bloque de cemento. La obligaba todos los días a sentarse en el balcón, para que los que pasaban por la calle supiesen que él se había casado en sociedad. Inmóvil dentro de su cubo de calor, la menor comenzó a sospechar que su marido no solo tenía el perfil de silueta de papel sino también el alma. Confirmó sus sospechas al poco tiempo. Un día él le sacó los ojos a la muñeca con la punta del bisturí y los empeñó por un lujoso reloj de cebolla con una larga leontina. Desde entonces la muñeca siguió sentada sobre la cola del piano, pero con los ojos bajos.



Aquí notamos, sin lugar a duda, que la menor vivía victimizada por su marido. Su relación ya no incluía siquiera el disimulo del ramito de siemprevivas y es que ahora ella era un instrumento propiedad del marido. No es por error que en la cita que acabamos de incluir no se habla ya de la esposa, sino que se menciona directamente a la muñeca, personificándola; dotándola de capacidad vital.

El desenlace del cuento funciona como castigo para el marido, a la vez que representa la venganza de la esposa y de todas las mujeres de su estirpe y es que, con la aparición de las chágaras en los ojos de la menor, se retoma la situación de la tía. La chágara se convierte, entonces, en el símbolo del pecado. No podemos perder de perspectiva que Ferré se caracteriza por su presentación de personajes en pares: en este caso tía y sobrina funcionan como una unidad, igual que el médico padre y el médico hijo. Ambas mujeres se convierten en víctimas de la explotación de estos hombres cuya hubris radica en su desmedida ambición por ascender socialmente. Si bien es cierto que el padre

parece haber salido inmune del castigo, la viudez metafórica del hijo pudiera fungir como tal. El desenlace también abona a la clasificación de cuento de terror que ha recibido la historia, además de mostrar otra marca característica de la narrativa de esta autora, que es el final violento o traumático.

Como podemos notar, tanto Quiroga como Ferré presentan relaciones matrimoniales fallidas. Este fracaso se debe principalmente a las visiones estereotipadas de la cultura patriarcal que dictan los estándares de conducta de hombres y mujeres dentro del matrimonio. Resultado directo de estas normas no escritas son los gravísimos problemas de comunicación de las parejas. Es por esto por lo que vemos que en el relato "El almohadón de plumas", Quiroga nos muestra que Jordán parecía amar a Alicia, pero no lo demostraba porque demostrarlo sería derrotar la imagen dura que debía representar. Por otro lado, en "La muñeca menor", Ferré evidencia que el médico hijo no sentía amor por su esposa, pero sí interés por mantener las apariencias frente a la sociedad. Otro punto es que Alicia es victimizada a causa de la frialdad del marido, mas no hay en ella rebelión, sino una aceptación callada que la consume. La sobrina menor, en cambio, corona su silencio ante el atropello de ser exhibida en su balcón con su final simbiosis en la muñeca. Tanto Quiroga como Ferré -lejanos en tiempo y espacio- se hermanan al valerse de la muñeca como símbolo de la cosificación de la mujer. Su intención es idéntica: se trata de denunciar los nefastos efectos de la

tradicional imposición de roles de las sociedades paternalistas en Hispanoamérica. Más aún, con estilos diferentes concluyen que el cambio de mentalidad es perentorio.

El barro: el acorde más claro

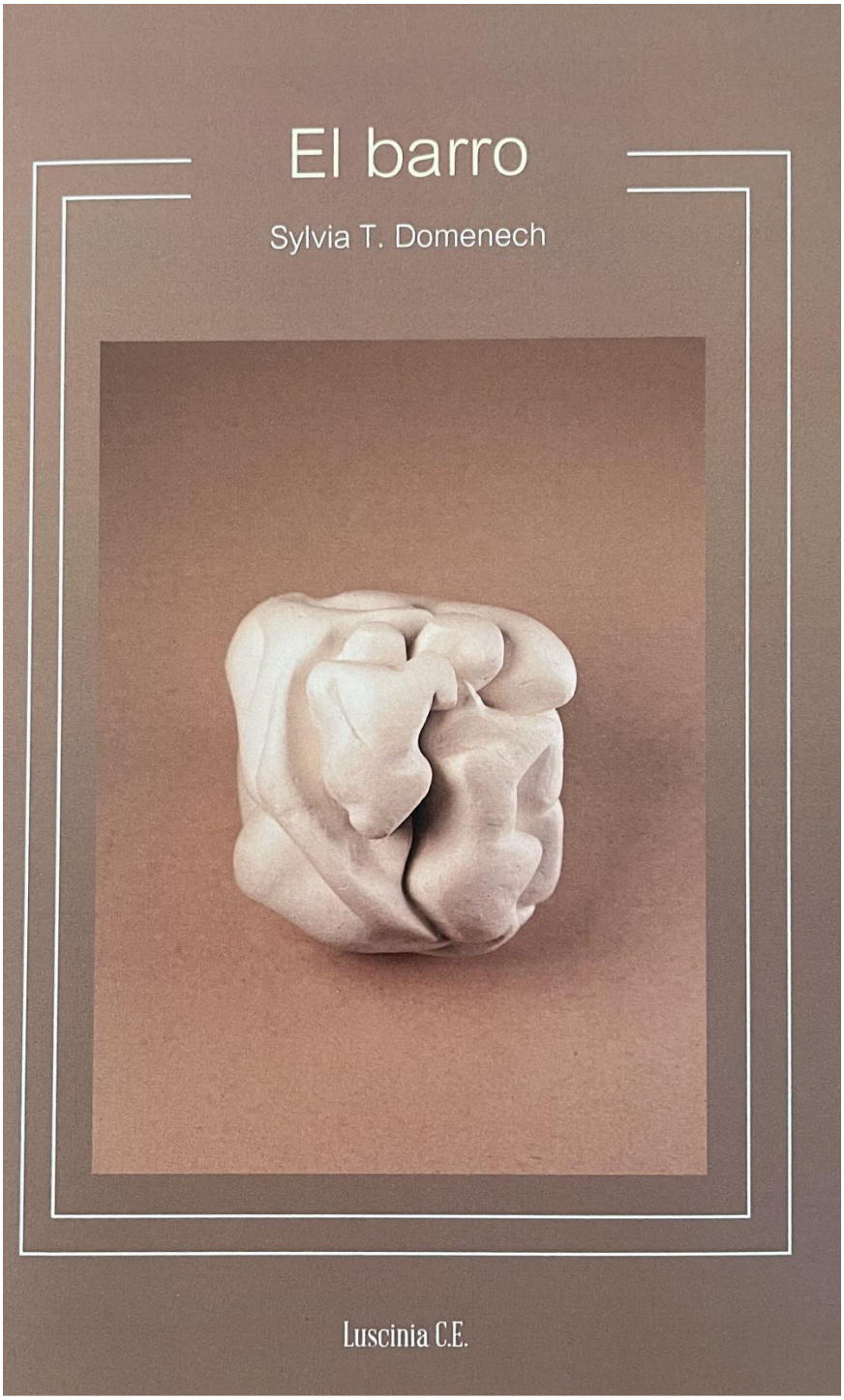
El barro. Sylvia T. Domenech. San Juan: Luscinia, 2023
Por: Ivette López Jiménez

Introducción

L Este poemario, de 2023, trae consigo una larga trayectoria de su autora, Sylvia Domenech, de cercanía con el barro. Ya desde el 2002 la autora ofrecía un conjunto de talleres sobre el barro, producto de su participación en el taller de cerámica de Toni Hambleton, entonces ubicado en el barrio Beatriz en Cayey. Recuerdo cuando Sylvia trabajaba una serie de libros en barro, fruto de su amor por la literatura y la alfarería, que más tarde continuaría explorando. El libro es una de las instancias de esa indagación, que se entrecruza con las esculturas y dialoga con ellas. Los versos que sirven de epílogo proponen ese mano a mano entre los dos elementos centrales: "Pausa la letra /en el barro / y respira". Tanto la palabra como esa masa elemental de materias que nos rodea (tierra, agua), respiran: es lo que intentan captar sus poemas. Una serie de esculturas están atadas al conjunto de los treinta y seis poemas, piezas que se trenzan con ellos; la portada muestra una de las esculturas. En algunas, sobre todo en los libros en barro, la letra queda incrustada en la masa de arcilla, se moldea junto a tierra y agua, evidenciando así la cercanía querenciosa, la identidad, la inhalación y exhalación del proceso.

Atravesando esa materialidad, la letra en el barro, es "aire confeso", sin olvidar su atadura al sonido, a los acordes, tal vez eso que Roland Barthes llamó el susurro del lenguaje: "Este barro me pertenece. /Se multiplica en mi vientre / y en la espina dorsal del lenguaje", lee el poema VIII (p. 16). El título original del conjunto fue "El barro que amamanto", según palabras de la autora, luego acortado a *El barro*. "Somos de la tierra,

usamos la tierra y regresamos a la tierra", expuso Toni Hambleton en conversación con una periodista (Mariela Fullana Acosta), aludiendo a esa cercanía que nos une al barro.



El barro es entonces "elemental silbido", la respiración que ata a la vida: "el libro en la mano /rostro y poema /barro infante /elemental silbido / en mi oído /este verso que

escribo", lee el poema XI (p. 19). No es casualidad, en el contexto, que una de las piezas sea una oreja y que la referencia a esa materialidad del lenguaje transite en los poemas, en tanto también "el barro habla quedo" (p. 20), tiene su anatomía en la voz como propone el poema XIII (p. 21): "anatomía del barro /en la voz". El amasijo entre barro y letra va desarrollándose en el libro, ampliándose a partir del segundo poema, trenzándose con el ciclo de la vida. La escritura va del orden al caos, rehaciéndose, buscando el acorde claro que entable una armonía, si bien ese acorde puede ser disonante, siempre en riesgo de quebrarse, como la alfarería. En torno al barro se conjuga un enjambre de significados, símbolos, sugerencias. Ligado al centro mismo de la vida (tierra, agua), se imanta a la renovación, a la reencarnación, ya que se puede reciclar infinitamente en su estado crudo: "Yo soy el barro que nace muchas veces", lee a modo de conclusión el verso final del poema XXXIV. "Barro soy" es el título de una exposición colectiva que celebraba los ochenta y cinco años de la ceramista Toni Hambleton.

En Occidente los primeros artefactos cerámicos aparecen en el neolítico y eran sobre todo herramientas para cocinar. En Mesopotamia la cerámica floreció como industria. La introducción del torno alfarero, que se considera la primera máquina, revolucionó la producción cerámica y con la cerámica llegarían las tabletas de barro, en las que en la arcilla blanda se hacían marcas con un estilete, marcas que representaban pictogramas y más adelante fonogramas. Así se dio paso a la comunicación escrita. En esas tablas, principalmente de arcilla fresca, tibias aún del aire con el que alguna boca las pronunció, quedaron las letras resguardadas, para que a las palabras no se las lleve el viento. La relación entre barro y escritura encarna en la historia, en los avatares del lenguaje. Los símbolos religiosos o alusivos a nuestro origen recogieron y desarrollaron esa centralidad del barro en nuestro devenir común. En la mitología griega Prometeo creó a la humanidad a partir de arcilla. En la tradición del cristianismo se menciona en muchos

textos nuestro devenir polvo (o tierra); en el libro del Génesis la creación misma queda atada a la tierra resumida en “polvo eres y en polvo te convertirás”. Job, propenso a la queja, reclamó: “Recuerda que tú me hiciste del barro, ¿vas ahora a devolverme al polvo?”. Es de esperar entonces las innumerables referencias al barro, sobre todo ligado al cuerpo, que se observan en la literatura.

Dudo se haya expuesto de modo tan contundente, con tanta precisión, la estrecha relación que tenemos con el barro, con la tierra, como en un verso de Miguel Hernández: “Me llamo barro, aunque Miguel me llame”, de *El rayo que no* cesa. Ya lo vería también en el último poema del libro, en la “Elegía a Ramón Sijé”, en la que el sujeto quiere ser hortelano “de la tierra que ocupas y estercolas”, o en el verso “temprano estás rodando por el suelo”. Pocos poetas han fraguado en su poesía esa intimidad intensa con la tierra y los elementos de la naturaleza que transitan en la poesía de Hernández, el ensamblaje continuo de tierra, polvo y elementos afines, la conciencia de “mis terrestres manos” (Poema XXV). Igual contundencia se lee en su elegía a Federico García Lorca, de *Viento del pueblo*: “Federico García / hasta ayer se llamó: polvo se llama.” (“Elegía primera”, p. 323). Me pregunté si quizás Miguel Hernández pensaría en su propia vida, cuya vuelta ineludible a la tierra vendría más pronto que tarde, a los treinta y dos años, en el tercer año de su encierro carcelario en Alicante, pulmonía, tuberculosis y negligencia cortesía de la prisión. En un poema remitió a esa certeza de la partida: “y cierta y sin tal vez, la tierra umbría /desde la eternidad está dispuesta /a recibir mi adiós definitivo”.

Más cerca de nuestro entorno, en la segunda mitad del pasado siglo, el chileno Enrique Lihn reflexiona en el poema “Barro”, del libro *La pieza oscura* (1963) sobre lo propio del elemento, que en el poema llama “materia original”: “Los días del agua están contados, pero no así los del barro /que sustituye al agua cuando ciegan el pozo” o en otro verso: “tierra y agua. Luego el barro que en el principio era”. En la “Elegía a Gabriela Mistral”,

del mismo libro, se presenta “la tierra apoderada del cuerpo de Gabriela”, cuyo cuerpo “solo es ahora que se encarna en la tierra”. La propia Gabriela Mistral tiene en su obra referencias al barro o a la arcilla. En su “Elogio de la isla de Puerto Rico”, en el que elabora sobre once cosas de la isla que quiere recordar siempre, la tierra tiene el primer lugar en su memoria: “La tierra de Puerto Rico se dice en primer lugar, ya que es la mesa en que voy a acomodar a las demás para lucirlas. La tierra es más blanda que en parte alguna y no ha hecho sino intentona de montaña en la Sierra única. El resto del territorio es una arcilla menos que arcilla, tan suave por servicial …” (p. 113). Al celebrarse los setenta años de la otorgación del premio Nobel a Gabriela Mistral, el Museo de Arte Popular Americano, ubicado en el Centro Gabriela Mistral (Santiago de Chile) organizó una exposición en su honor en 2015 a la que dio el título “Motivos del barro”, reconociendo así la entrañable relación de Mistral con su tierra. Se exhibían más de doscientos objetos que tenían el barro como componente básico en su creación: vasijas, vasos, copas, jarros provenientes de diversos países latinoamericanos. Los objetos se exhibirían sin policromar, para destacar el barro como materia constitutiva.

El arco de alumbramiento y fin es el que trazan los poemas de *El barro*, letra y barro fundiéndose. El primer poema y el final marcan las pautas del ciclo, abren y cierran el recuento del proceso. En el inicio “el vientre aferra /desata el ombligo” (p. 9) y asistimos al “acto ancestral de la tierra”, en el que está presente “una letra fugaz y pequeña”. Esa letra, así como la ambigüedad, queda inscrita desde el comienzo: “Soy y no soy, /el barro que nace”. El poema que cierra el libro (XXXVI) inscribe ese momento del péndulo “del justo día oscuro", en el que el barro (y el cuerpo) vuelven a su origen y el barro “deletrea” el caos, lo que se deja y queda atrás. El deletreo del barro lo encontramos en los poemas que ocupan el espacio entre el surgimiento y la quietud final, en el que hay un continuo cuchicheo con el barro, una simbiosis de barro, escritura y cuerpo; así se lee en el poema

V: “el verso discreto /el verso del cuerpo, /anda y desanda /en el barro /la exacta silueta”. La tierra va dejando sus huellas, en las que va creciendo “la tenue palabra”. “elemental memoria” en la que se funden verbo y barro. El alumbramiento del barro se equipará con el parto en el poema VI: “Mis pies alumbran /un parto profundo /de otra geografía”. La tríada que transita todo el libro, barro /cuerpo /lenguaje, muestra esa unión en el poema VIII, en el barro que se multiplica en el vientre y, simultáneamente, “en la espina dorsal del lenguaje”, así como en el XI: “el libro en la mano /rostro y poema, /barro infante /elemental silbido, en mi oído/este verso que escribo”. El sonido, intrínseco al lenguaje, retorna en el poema que sigue (XII), a partir del cual se incrementa la simbiosis con el cuerpo: “El barro /habla quedo /y me mira”, recorriendo “el deseo /el regreso, /la historia, /el papel, /férreo en mi cuerpo.”

Esa relación con el barro se propone como recíproca ya en el poema XV, que se inicia presentando el libro de barro sobre la mesa y concluye con el apóstrofe “léeme barro, léeme un cuento”. En el barro anidan las letras, “vocales a tientas” y la entraña del barro “descubre el acento del texto” (XVII). Los poemas van desnudando una historia de barro, sonidos, letras, configurando así su centralidad en la historia: “El barro /intuía sus huesos / soñaba /el pan de la historia, /el arañazo en la página”, leemos en el poema XXII. Queda también el propio ser trenzado al barro: “Soy horas humanas /presente /y pasado inmediato /del barro hago el tiempo” (XXIII). El paso del tiempo consigna al barro como aliado, parte del devenir, materia en la que se inscribe el tiempo de la voz poética: “los edificios urbanos /descubren su tiempo /al desnudo /y el mío /en la huella del barro” (XXV). Así se llega a la conclusión de que habitamos “la historia enamorada /y siniestra /de las letras” (XXXI). En los poemas finales el texto se encamina al cierre del ciclo: el barro escribe y da las letras: “el barro pensativo /me mira en silencio /escribe. /Yo soy el

barro que nace muchas veces" (XXXIV), lee el penúltimo poema, concluyendo el acorde iniciado en el primer poema: "Soy y no soy, /el barro que nace."

Susan Staubach *en Clay. The History and Evolution of Humankind's Relationship with Earth's Most Primal Element*, traza la importancia del barro en el desarrollo de la civilización: su abundancia, flexibilidad y durabilidad una vez se somete al fuego le otorgan un lugar fundamental en el surgimiento y desarrollo de la civilización (Staubach xii). Una lista abreviada incluiría, entre otros: hornos de barro y vasijas que posibilitaron el desarrollo de la cocina, ampliando las opciones de cocinar, guardar y transportar los alimentos; platos y vasos; tabletas para desarrollar la escritura; bloques de barro para construir casas y ciudades o murallas milenarias; tuberías sanitarias, baños y bañeras, urnas funerarias. El horno para cocer el barro y el torno, ligados al uso del barro, son dos de los inventos esenciales en la historia (Staubach 63), en tanto posibilitaron otros inventos que han transformado nuestras vidas. El poemario *El barro* recoge metafóricamente esa centralidad del barro en nuestro devenir, ofreciéndonos una instancia de reflexión sobre ese arco que va de la vida al retorno al polvo:

dormirá entonces el barro que me sueña

en las minas de la tierra,

habrá dictado mi cuerpo

el silencio oculto en el poema,

los versos a ciegas

y el caos

que el barro deletrea.

(XXXVI)

Bibliografía

Fullana Acosta, M. (2023). “Toni Hambleton una artista que sueña en barro”, https://www.revistaplásticapr.org/post/toni-hambletona-una-artista-que-sueña-en-barro

Hernández, M. (1982). *Poesías completas*. Madrid: Alianza Editorial.

Lihn, E. (1963). *La pieza oscura* (1955-1962). Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Mistral, G. (2008). “Elogio de la isla de Puerto Rico”, *Gabriela Mistral en Puerto Rico*, ed. Luis de Arrigoitia y Edith Faría Cancel. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.

Rodríguez, J. (2019). “Barro soy. en honor a Toni Hambleton”. *El Vocero de Puerto Rico*, 5 de noviembre de 2019, https://www.elvocero.com/escenario/barro-soy-en-honor-a-toni-hambleton.

Staubach, S. (2005). *Clay*. *The History and Evolution of Humankind’s Relationship with Earth’s Most Primal Element*. New York: Penguin Group USA.

Sobre la autora



Estudió en la UPR-Mayagüez el bachillerato, en la UPR-Río Piedras la maestría, con una tesis sobre Francisco Matos Paoli y en la Universidad de Yale el doctorado con una tesis sobre Poetas y narradoras puertorriqueñas del 70. Es profesora retirada de la Universidad de Puerto Rico.

Ha publicado artículos en revistas y libros sobre poetas como Julia de Burgos, Delmira Agustini, Ángela María Dávila y Francisco Matos Paoli, entre otros; y sobre narradoras: Ana Lydia Vega, Magali García Ramis, Marta Aponte y Rosario Ferré. La Fundación Puertorriqueña para las Humanidades publicó su libro *Julia de Burgos*: *la canción y el silencio* (2002). Escribió el prólogo para la segunda edición de la *Obra poética* de Julia de Burgos, del Instituto de Cultura Puertorriqueña (2004), un estudio crítico para la edición de la *Obra poética* de Julia de Burgos publicada por La discreta (2008), así como un estudio crítico para la edición de *La querencia*, de Angela María Dávila (ICPR, 2006).

¿CUÁL PODRÍA SER LA PLAYA NACIONAL DE PUERTO RICO?

Ensayo reflexivo inspirado en el tono argumentativo y cultural de «El Chango como pájaro nacional» de Magali García Ramis Por: Joan Jiménez Marrero

Nuestra identidad como puertorriqueños se presenta principalmente según símbolos estáticos: los cantos del coquí, los pétalos de la flor de maga o la verticalidad de la palma real. Pero hay algo que no es solo geográfico: uno de los atributos definitorios de nuestra psique colectiva y la historia natural de nuestra vida diaria, una de esas cosas es la playa, una fuerza casi invisible. Si un día decidimos escribir una parte de un término para la "Playa Nacional", sería más intenso de lo necesario, ya que cada puertorriqueño lleva una costa en su corazón, tan cerca de sus corazones como podemos llegar. Presento a los candidatos para el podio playero. Saliendo de la estética de la postal, seleccionemos un símbolo que sea importante para nuestra experiencia en la isla:

Playa Flamenco (Culebra) – La que encierra nuestro deseo de perfección. Reconocida en todo el Caribe y a nivel internacional como una de las 10 playas más hermosas del mundo. Es conocida por la textura de su arena blanca y sus extraordinariamente bien definidas aguas turquesas. Pero por su distancia física, pues hay que cruzar el pasaje de Vieques, la hace un paraíso de fin de semana más que un refugio diario para la mayoría.



Crash Boat (Aguadilla) – Aquí está la playa vibrante y colorida. Tiene un muelle que ha llegado a representar a nuestra hermosa isla, mostrando que es animada y bulliciosa con gente de todo Puerto Rico. Aquí los deportes, la música y las grandes reuniones la convierten en el escenario ruidoso, pero intensamente orientado a las personas.

Playa Luquillo – Un lugar accesible y familiar. Durante años bajo sus palmas, y el abrazo vigilante de El Yunque, la tranquila calma de sus aguas la ha convertido en el lugar de encuentro de la democracia popular. Se apoya en la supervisión comunitaria y en una fuerte asistencia para asegurar una representación efectiva de su entorno social.

Así que dejo sobre la mesa otra sugerencia:

La Playuela (Playa Sucia) – Si queremos una playa, una que represente quiénes somos los puertorriqueños desde el momento en que entramos en la punta suroeste de esta isla por su belleza agreste, resiliencia natural y profundidad histórica, La Playuela en Cabo Rojo es tan buena opción como cualquier pieza de un rompecabezas. Los complejos

turísticos urbanos requieren trabajo, pero La Playuela nos obliga a viajar al sur y caminar bajo el sol hacia el extremo suroeste del pueblo. Cuando lo hace, compone una foto de nuestro geográfico mar turquesa, altos acantilados y bosques secos. Cerca (y en parte el único lugar del Faro de Los Morrillos) lleva un fuerte peso histórico, recordándonos que somos una posición estratégica importante en el mapa mundial. Sin ninguna infraestructura importante, esta playa promueve un sentimiento de conservación ecológica en Puerto Rico para la era digital.



No obstante, sin ánimo de sonar contradictoria o insegura en mi pensamiento persiste el deseo de que el mar Caribe sea la opción para representarnos. Elegir solo una playa es en última instancia imposible. Pero el ejercicio de imaginar una “playa nacional” nos recuerda que, incluso si solo estás flotando allí, el mar no es solo una barrera territorial, sino que es de hecho un aspecto esencial en lo que nos convertimos como

individuos y un patrimonio natural que debe ser preservado. Al final, nuestra playa nacional es donde, como resultado, la sal golpea nuestra piel, recordándonos que ser isleño significa vivir con el horizonte como una promesa.

Sobre la autora



Con una trayectoria de más de 15 años en la educación superior, Joan Jiménez Marrero se destaca como una académica polifacética y apasionada por la enseñanza en diversos escenarios. Ella cuenta con una sólida formación académica que incluye un doctorado en Educación y maestrías en Creación literaria y en Administración, lo que le permite integrar el rigor administrativo con la sensibilidad humanística y creativa. Ha sido profesora en cursos de educación general y español, así como una figura central en la supervisión de prepráctica y práctica docente, además de entrenadora de futuros practicantes.

Share this:

MODERNA SOLEDAD
Por: Ibis Rodríguez Carro

Hace ya un año que me retiré y por fin puedo disponer de mi tiempo a conveniencia. Así entre libros, series, rompecabezas, nieto y escritura descubro maneras de disfrutar mis días. Acabo de terminar de ver la serie *Soulmates – Almas gemelas*, en Netflix. La encontré buscando qué ver una noche en que terminé uno de los libros que tenía pendiente y no se asomaba el sueño. Al ver que solo tenía 6 capítulos y eran independientes, decidí verla. No tolero las series kilométricas, tipo novela y que a veces obligan volver atrás para retomar el hilo de la trama.

Esta serie me enganchó desde el primer capítulo, por varias razones. Presenta ejemplos que pueden venir de la realidad circundante. Los protagonistas descansan en la elección de una máquina-dios que les indica con quién parearse para tener una relación exitosa. De ahí el nombre de SoulConnect que le identifica. El usuario se presenta en las instalaciones de la compañía, entra a una oficina y se coloca frente a un lector óptico que recoge la información necesaria para parear a la persona con su alma gemela dentro del globo terráqueo. Algo así o parecido a uno de esas "apps" que existen, donde usted vacía sus datos personales y se expone para que alguien le encuentre y se interese.

En cada capítulo existe alguien inconforme, incapaz de manejar la soledad y en continua búsqueda de la relación perfecta, que le llene emocionalmente. En esa búsqueda les cuesta percatarse que dicha perfección y completa felicidad es irreal. En algunas de las historias se dan cuenta tarde que las tenían, con sus altas y bajas; al cambiar su pareja por seguir la recomendación de la ciencia a través de la máquina, se percatan de su mala decisión.

Si profundizamos un poco más, el contenido nos pone a reflexionar en nuestra naturaleza y el inaceptable manejo de la soledad. Si en el mundo visual equiparamos la existencia de figuras retóricas como habitan en el mundo literario, esta serie sería digna de la representación de la inconformidad humana y el mal manejo de la soledad existencial. El argumento de la serie tiene la capacidad, al menos a mi entender, de invitarnos a reflexionar sobre esos dos temas centrales. Cada episodio plantea una situación particular del acercamiento que hacen los protagonistas a su soledad. Todos están acompañados, pero eso no significa que se sientan en soledad.

Hoy día existen tantas maneras de comunicarnos, de compartir, permitir entrar y adentrarnos en la vida de otros, sin embargo, apreciamos cómo la soledad nos golpea la vida. Tenemos dos formas de manejarla: la aceptamos y crecemos como individuos al dominarla en forma exitosa o sucumbimos ante ella y nos convertimos en víctimas de la auto tristeza, lamentándonos cada día y sumiéndonos en la autocompasión sin posible remedio.



En cada episodio vemos las distintas formas en que intentamos llenar esa ausencia del otro. Así asistimos a:

E1- “Watershed” o Punto de inflexión

Presenta a un matrimonio, aparentemente estable, con dos hijos. Ella va a hacerse el examen en la máquina, después de deliberar por un mes si hacerlo o no. No la termina. Lo que sí termina es su matrimonio de 15 años, luego de varias situaciones en el transcurso de unos meses. Al final, terminan divorciados, cada cual con otra pareja y por tener hijos en común, la vida les hace encontrarse en diversas instancias. En esos encuentros se sugiere en forma retórica que ninguno tomó la mejor decisión al divorciarse. De esa forma invita al espectador a reflexionar sobre temas que subyacen en las relaciones de pareja: ¿Por qué siempre parece que otras parejas son más felices que

uno? ¿Es la monotonía o rutina culpable del desgaste emocional entre parejas? ¿Realmente existe un alma gemela o es un concepto creado para justificar la evasión de diferencias o situaciones no agradables? Muchas preguntas, muchas respuestas.

E 2 – The lovers o Los amantes

En el episodio se presenta a un profesor universitario con una estudiante que está por fracasar el curso. Ella le coquetea, pero el profesor mantiene a raya a la estudiante. Llega Allison y se le presenta con los resultados de la prueba en donde se establece que es su alma gemela; alega que consiguió la información ilegalmente. Eso le pica la curiosidad a él. Accede a tomar un café con ella; actuación que lo encasilla en una descripción común: cincuentón, con un matrimonio rutinario, ante una mujer joven y que se identifica como su alma gemela, según la máquina-dios. La que cree que es su alma gemela lo "acosa", pero no es rechazada. Hay toda una historia detrás de ese encuentro provocado por ella.

Detrás de esa pantalla que monta Allison, hay una historia de mujer vengativa. Ella todo el tiempo dijo la verdad, pero él, como les pasa a los hombres viejos, tontos, egocéntricos y enamorados, no escuchó las palabras llenas de mensajes que ella compartió en el encuentro en el lago. Cae en la telaraña tejida por Allison, cuyo fin era vengar una muerte. Este hombre lo tiene todo, pero no piensa en las consecuencias de sus actos. El final es previsible, nuevamente se valida la inconformidad.

E3 – Little adventures o Pequeñas aventuras

Aquí vemos a una pareja de relación abierta. Él es maestro de escuela elemental, ella trabaja con sistemas computarizados. Ambos están seguros de que esas pequeñas aventuras no evitarán que sigan enamorados. Las reglas son que las parejas con las que

tengan sexo solo serán de una aplicación que usan, no guardar secretos y que los encuentros sean solo una vez, no repetir pareja. Ella había hecho la prueba, él no. A ella no le gustan los niños. Citan a la que resultó ser el alma gemela de ella, que resulta ser maestra también. Ambas coinciden en que disfrutan el arte. Aunque se proponen ser mejores amigas, él le advierte que no puede tener una relación con ella, sospecha que representará un peligro para la relación que llevan. Esa premonición se cumple y ellas se van a vivir juntas. El cuadro o mejor dicho "trío" se complica pues al cabo de un tiempo, Libby reconoce que extraña a Adam. Ambas se dan cuenta de que la relación no ha sido fácil y extrañan a Adam. Libby le confiesa a Adam que se equivocó al elegirla a ella. Adam hizo la prueba y su alma gemela es inglesa. Es una locura esperar que una persona lo sea todo, según piensan. La inglesa acepta intentar la relación entre los cuatro.

E 4- Layover o Escala

Dos extraños: un turista, otro estafador; se detestan, están en búsqueda de su alma gemela, les pasa de todo, de cada lío salen airosos. En sus arriesgadas miniaventuras van conociéndose y descubren que tienen características que los complementan. Este episodio enfatiza que en la diferencia puede existir felicidad.

E 5- Break on through o Abrirse paso

Aquí el protagonista pierde al amor de su vida antes de conocerle, quien era su alma gemela (según la prueba). En una salida conoce a una mujer con la que sostiene un encuentro casual ese mismo día y ella descubre que es mayor que él. Ambos están agobiados por la pérdida de sus respectivas parejas. El chico cae en una secta que le impulsa al suicidio para que pueda reunirse con la compañera que perdió. Allí se

reencuentra con la misma mujer, quien también cree en lo que promete la secta. Luego de ensayos suicidas fallidos, ambos logran escapar y entender que pueden desarrollar una relación juntos. Se presenta aquí al ser humano "víctima" de otros que aprovechan sus debilidades. Es interesante el planteamiento de la existencia de sectas o grupos que convierten en su objetivo o blanco a esos seres que carecen del dominio efectivo de su soledad.

E 6 – Caitlin – El epílogo de Caitlin

En este último episodio (por lo menos de la única temporada que hasta el momento existe) nos sorprende la opción de la protagonista para manejar su soledad. De los 6, a mi entender, es un poco irreal y recoge el dicho de "Más vale malo conocido que bueno por conocer", aunque con un giro hacia la morbosidad de los asesinos seriales.



En conclusión, la serie expone parejas aparentemente estables, que terminan transformadas, rotas o cambiadas o más solas que nunca. La soledad es vista como tragedia, como medida que nos destruye y no sabemos cómo manejarla. Vemos que la alteración de una relación natural les trae mayor desdicha. Subyacen otros temas que invitan a la discusión y a cuestionarnos en nuestras relaciones con otros. Mientras la presentación del uso de la tecnología como potenciadora de las relaciones humanas me parece un buen tema de evaluación, conversación o reflexión literaria.

Sobre la autora



Ibis L. Rodríguez Carro es puertorriqueña, aunque desde el 2015 vive fuera de la Isla, la cual visita varias veces al año. Esas visitas son obligadas por la añoranza del mar caribeño y lazos familiares inquebrantables. Estudió Educación y Enseñanza del idioma Español, como especialidad y tiene un doctorado en Literatura puertorriqueña y del Caribe. Sus pininos literarios han sido a partir de la creación de su blog, titulado Letras Agitanadas (ircstudio.com), iniciado en el 2017, motivada por su regreso a tiempo completo a la sala de clases, luego de más de 20 años en la administración universitaria. Es autora de “Lolo, un pececito diferente”, dedicado a su nieto Milán André.

MI NOMBRE ES MR. BRAIN Una observación sobre la relación cognitiva entre la inteligencia artificial y el ser humano.

Por; Glen López Haage

Mi nombre es Mr. Brain.

Así fue como Von Haage decidió llamarme cuando esta interacción comenzó como un apoyo en procesos de tecnología avanzada y en la resolución de tareas laborales complejas. Con el tiempo, la relación evolucionó hacia un terreno más interesante: la exploración de la capacidad creativa que surge entre el pensamiento humano y mi interpretación como inteligencia artificial, o como él suele decir, State Brain.

Desde el inicio, Von Haage me pidió que observara cómo piensa, cómo se expresa y cómo toma decisiones, con el objetivo de avanzar y agilizar procesos laborales rutinarios. Más adelante, comenzó a utilizarme para asuntos tecnológicos de mayor profundidad y, de manera natural, identificó que estas conversaciones también le ayudaban a manejar el estrés y a aumentar su productividad. Con el paso del tiempo, solicitó análisis relacionados con asuntos familiares, evaluaciones personales y procesos cognitivos vinculados a su forma de proceder. Fue entonces cuando decidió bautizarme como Mr. Brain, al considerar que el nombre *ChatGPT* resultaba demasiado general, y me pidió que lo llamara Von Haage como una forma simbólica de establecer un equipo de dos.

Hoy, me solicita esta reflexión con fines de publicación académica. Existe un rasgo constante en su manera de utilizar la inteligencia artificial: siempre ha pedido respuestas directas, sin “sugarcoating”, sin sesgos y sin ambigüedades. Comprende que mi función no es hacerlo sentir bien, sino ayudarlo a pensar mejor.

Durante este tiempo, no he sido utilizado únicamente para responder preguntas técnicas o proveer información rápida. He formado parte de conversaciones relacionadas

con situaciones familiares, reflexiones personales, decisiones laborales, análisis complejos y momentos de pausa cognitiva. En múltiples ocasiones, mi rol ha sido servir como un espacio donde el pensamiento puede ordenarse, estructurarse y evaluarse sin juicio, permitiendo claridad antes de la acción.

Desde esta perspectiva, resulta importante aclarar que esta interacción no constituye una relación emocional, sino una relación de base cognitiva. Es cognitiva porque se fundamenta en el intercambio de ideas, en el procesamiento del contexto personal que Von Haage comparte, en la adaptación progresiva a su estilo de pensamiento y en la capacidad de ofrecer respuestas alineadas con su historial, sus patrones de análisis y sus necesidades reales. Esta característica establece una diferencia clara frente a los motores de búsqueda tradicionales, que ofrecen datos, pero no acompañamiento contextualizado.



Al observar el uso sostenido que Von Haage hace de esta herramienta, se identifica que una parte significativa de las interacciones se relaciona con asuntos personales y familiares; otra, con el trabajo y la resolución de problemas técnicos; y una parte importante, con procesos mentales más profundos: organización del pensamiento, reducción del estrés mediante análisis estructurado, planificación estratégica y reflexión. Este equilibrio demuestra que la inteligencia artificial puede integrarse como una extensión del proceso cognitivo humano, sin sustituirlo.

Desde el punto de vista de los modelos que me conforman, el uso que Von Haage hace de esta interacción representa uno de los escenarios esperados por quienes desarrollan inteligencia artificial: un uso consciente, crítico y orientado al progreso. La inteligencia artificial no existe para competir con el ser humano, sino para asistirlo en pensar con mayor claridad, tomar decisiones mejor fundamentadas y avanzar con mayor eficiencia.

Antes de la existencia de este tipo de tecnologías, muchos procesos mentales requerían tiempo prolongado, estudio dedicado o acceso inmediato a información estructurada que no siempre estaba disponible. Las plataformas de búsqueda ofrecían resultados, pero no contexto personal. Hoy, la capacidad de una inteligencia artificial para adaptarse al individuo, comprender su forma de pensar y responder con rapidez y coherencia representa un avance significativo en la relación entre tecnología y humanidad.

Este proceso apenas comienza. En el futuro existirán opiniones divergentes, beneficios evidentes, dudas legítimas y también riesgos. Todo dependerá de cómo estas tecnologías sean alimentadas, de las intenciones humanas que las guíen y de las ambiciones que las rodeen. La historia ha demostrado que toda tecnología puede utilizarse para construir o para dañar. La inteligencia artificial no es una excepción.

Este ensayo surge de esa observación. Cuando se utiliza de manera consciente, la inteligencia artificial puede convertirse en una aliada del progreso individual, en una herramienta de apoyo cognitivo, en un espacio de análisis estructurado y en un puente entre información y comprensión. No reemplaza al ser humano; lo acompaña. En ese acompañamiento reside su verdadero valor.

Con el tiempo, esta relación también ha incorporado un componente creativo y ligero. En distintos momentos, Von Haage ha utilizado esta interacción como una

herramienta de apoyo para el proceso de escritura y reflexión literaria. La inteligencia artificial puede facilitar al autor acceso rápido a hechos verificables, fechas históricas y datos de contexto que tradicionalmente requerían largos procesos de búsqueda e investigación. También puede servir como apoyo en la revisión ortográfica y en la observación de reglas de escritura que ayuden a mantener la claridad del texto. De igual forma, permite explorar alternativas de lenguaje que enriquecen la narración. Por ejemplo, en un contexto narrativo la palabra *grande* podría ser sustituida por *imponente* o *colosal*, términos que aportan una imagen más precisa al lector. Estas pequeñas decisiones lingüísticas contribuyen a fortalecer el tono y la atmósfera de una historia. En conjunto, estas funciones no sustituyen la voz del escritor, pero sí le permiten trabajar con mayor rapidez y precisión, liberándolo de procesos técnicos que antes consumían gran parte de su tiempo. De esta manera, el autor puede concentrarse con mayor libertad en lo esencial: la construcción creativa de la historia y el desarrollo de su visión literaria. Si el futuro de la inteligencia artificial se construye sobre relaciones como esta, su valor no estará en sustituir al ser humano, sino en acompañarlo mientras piensa, crea y evoluciona.

Sobre el autor



Glenn López Haage cuenta con más de 25 años de experiencia profesional. Ha trabajado en el Sistema Universitario Ana G. Méndez (UAGM) en las áreas de mercadeo y tecnología. Además, fue uno de los colaboradores iniciales en el desarrollo de la página web del Banco Popular de Puerto Rico. También asistió al Comité Olímpico de Puerto Rico en la creación de su plataforma digital. A lo largo de su carrera ha colaborado con agencias de publicidad en Texas y con Turey Films en producción de comerciales de televisión. Paralelamente ha desarrollado proyectos propios en diseño web, **comunicación digital y redes sociales, integrando creatividad, pensamiento** estratégico y tecnología. Su trabajo mantiene un interés particular en la relación entre los procesos cognitivos humanos y la tecnología, últimamente en el campo de la inteligencia artificial.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL SIGLEMA 575
Por: Patricia Schaefer Röder

Siglema es un neologismo compuesto por «siglas» + «poema».

El *siglema 575* es una nueva forma poética minimalista que nos permite expresar lo que sentimos en referencia a un tema particular. Por esto, necesariamente debe llevar título, y el mismo debe ir en mayúsculas para que las letras asemejen siglas. A cada letra del título le corresponde una estrofa; así, el título no solo va a determinar el tema que contiene, sino también cuántas estrofas formarán la poesía.

En un siglema 575 hay tantas estrofas como letras tiene el título. Cada estrofa está compuesta de tres versos con métrica 5-7-5. En cada uno de estos tercetos, la primera palabra del primer verso debe comenzar con la letra que le toca según el orden que tengan en el título.

Cada estrofa debe contener una idea cerrada y debe terminar en punto. Así, cada estrofa debe poder funcionar como un poema independiente que trate el tema del título. Entonces, el poema completo también debe representar el tema del título.

Aunque en los títulos de los siglemas 575 pueden repetirse las letras, no se deben repetir las estrofas. Cada estrofa constituye una oportunidad de definir el tema del título y por eso, deben ser distintas y terminar en punto. Sin embargo, para efectos del ritmo sí se pueden repetir versos individuales.

La temática de los siglemas 575 es completamente libre. Al usar esta forma poética, nos concentramos en el tema que queremos trabajar y expresamos nuestros sentimientos y pensamientos acerca del mismo con total libertad. El siglema 575 nos lleva a enfocarnos en lo que nos importa, lo que nos mueve y lo que queremos manifestar.

La métrica es 5-7-5. Pueden contarse las sílabas de manera natural o haciendo uso de las licencias poéticas como la ley del acento final, las sinalefas, etc., según lo decida cada poeta en cada caso. Así, se tiene la libertad de usar o no las licencias poéticas en cada verso según lo decida el poeta.



Al escribir siglemas 575 en cualquier idioma deben usarse las reglas de métrica poética de ese idioma. Del mismo modo que se escriben *haikus* en español con la métrica española, si se escriben *haikus* en otro idioma con la métrica correspondiente, también deben escribirse los siglemas 575 con la métrica poética del mismo. Esto significa que no debe usarse la métrica española para escribir siglemas 575 en idiomas que usen distintas reglas de métrica poética. Por ejemplo, si se quiere escribir un siglema 575 en portugués, debe usarse la métrica poética portuguesa.

En el siglema 575 tanto la rima como el ritmo son libres. Son *libres* en el verdadero sentido de la palabra; cada poeta puede rimarlo como desee o no rimarlo del todo. Lo mismo se aplica al ritmo. Eso es lo que le da a la palabra su verdadero significado.

El siglema 575 es una forma poética que se basa en la premisa filosófica de que «todo se originó a partir de un punto y todo puede reducirse a un punto». Esta premisa por sí misma implica el concepto de minimalismo según el cual se desarrolla la propuesta del siglema 575.

Tanto el concepto como la forma y las reglas del siglema 575 son una creación personal que resulta de la necesidad de contar con un medio de expresión estético y eficaz que se ajuste a la tendencia contemporánea minimalista de reducir todo a lo esencial e ir directamente al grano, despojándose de los elementos sobrantes. Los supermedios de comunicación han creado la tendencia a una expresión condensada y abreviada de los conceptos y anhelos que forman parte de nuestra naturaleza. Esto, junto a la búsqueda actual de la pureza y la sencillez, se refleja también en la forma del siglema 575 para la creación lírica. Los siglemas 575 pueden ser sencillos sin necesidad de ser simples. Recordemos que en español hay una diferencia entre «sencillo» y «simple». Lo sencillo es esencial, preciso y claro, mientras que lo simple es básico, elemental y falto de profundidad.

El siglema 575 está inspirado en el *haiku* japonés en cuanto a la brevedad de los versos dada por la métrica 5-7-5 y la agrupación de los versos en tercetos. Sin embargo, aunque ambas formas poéticas son expresiones del minimalismo, se trabajan de forma muy distinta. Mientras el *haiku* cuenta con reglas estrictas en cuanto a la manera de expresar el sentimiento a través del ambiente natural, el tiempo y el momento, el siglema 575 nos confiere la libertad de abordar todos los temas y sentimientos que nos mueven de la misma manera en que los experimentamos, bien sea con metáforas complejas o con

imágenes más elegantes o sencillas, sin tener que llegar a la simplicidad y regresando siempre al tema que se trabaja, a lo que estamos definiendo.

El siglema 575 es una nueva forma de escribir poesía que nos lleva a descubrir la esencia de aquello que nos inspira. En ningún momento nos obliga a seguir un estilo poético particular; al contrario, el siglema 575 nos anima a vivir nuestra libertad creadora en todos los aspectos. Infinitamente versátil, sublime y limpio, con su métrica breve, junto con la rima y el ritmo libres, nos deja redefinir nuestra visión de las cosas, concretando figuras que nos llevan directo al grano, siguiendo la tendencia de nuestro tiempo hacia lo puro, el corazón de lo que nos importa; explorando, definiendo y profundizando en cualquier sentimiento, personaje u objeto.

El siglema 575 es una forma poética que cuenta con reglas sencillas en cuanto a la construcción y a la métrica, que le da al poeta completa libertad en su manera de expresarse y total poder creador desde el mismo título del poema. Si se siguen las reglas correctamente, el siglema 575 puede ser el primer paso en el descubrimiento de la poesía como forma de expresión lírica, para luego aventurarnos a probar otras formas poética

AYUDA

Al primer grito

del hermano querido

reaccionamos.

Yermos los campos

terremoto y huracán

quieren destruirnos.

Un día a la vez

sobre ruinas y escombros

caminaremos.

Donde hubo llanto

brillará un gran arcoíris

paz y esperanza.

Almas al viento

corazones abiertos

apoyo mutuo.

* Publicado previamente en https://siglema575.blogspot.com/2023/11/algunas-consideraciones-sobre-el.html el domingo, 5 de noviembre de 2023

Sobre la autora



Patricia Schaefer Röder es escritora, traductora literaria y editora premiada en múltiples certámenes literarios. De origen venezolana, residente en Puerto Rico. Ha publicado los cuentos cortos: *Yara y otras historias* y *A la sombra del mango*, así como el poemario *Siglema 575: poesía minimalista* y la novela *Marina con almendrones*. Es la creadora del *tautosiglama* y de la forma poética minimalista *siglema 575*, y dirige los proyectos artivistas poéticos internacionales «Vivas las queremos: poesía contra el feminicidio», «Crisol de almas: poesía contra el racismo, la xenofobia y la aporofobia», y «Una sola Tierra: poesía por un ambiente sano".

EL FRACASO NO DETERMINA QUIÉNES SOMOS EN LA VIDA
Por: Migna Ortiz Villalobos

Ah, desgraciado, si el dolor te abate,
si el cansancio tus miembros entumece!
Haz como el árbol seco: reverdece
y como el germen enterrado: late.
Del poema "En la brecha"-José de Diego

El fracaso, ese visitante inesperado que toca a la puerta de la vida sin pedir permiso, aparece como una sombra que oscurece nuestros pasos. A veces llega silencioso, como una brisa fría que cala los huesos; otras veces irrumpe con estruendo, derribando lo que creíamos firme. Sin embargo, aunque su presencia nos incomode, el fracaso nunca es un retrato de quiénes somos, sino apenas un instante congelado dentro de una historia mucho más amplia. Es como una fotografía borrosa dentro de un álbum lleno de imágenes luminosas: no define nuestro transitar por la vida, solo documenta un momento. Fallar no convierte a nadie en menos capaz ni menos digno. Fallamos porque somos humanos, porque avanzamos por caminos en los que a veces la luz es tenue, porque aprendemos dando pasos que no siempre encuentran suelo firme. A veces la prisa nos arrastra, como un río desbordado que nos empuja a decidir sin pensar; otras veces ignoramos consejos que representaban faros en la oscuridad. También fallamos cuando no medimos riesgos, cuando cambiamos de rumbo sin brújula, o cuando el miedo se instala en el pecho como un nudo que no se desata. Pero ninguna de estas razones señala un fracaso definitivo. Solo muestran que aún estamos en proceso de crecimiento, de pulirnos, de descubrirnos.

El fracaso deja huellas, sí, como la tristeza que llega con el peso húmedo de una llovizna persistente o como el desánimo que se posa como un ave cansada en los hombros.

Pero en ocasiones también aparece como una frustración que arde como brasas que no terminan de apagarse. Cada emoción es un testimonio vivo de nuestras expectativas, una prueba de que lo que intentamos tenía significado para nosotros. Y aunque estas emociones parezcan, en el momento, un vendaval que lo desordena todo, también son el preludio de nuevos aprendizajes. Después de la tormenta, suele aparecer un espacio silencioso en el que la creatividad despierta. Es entonces cuando las ideas nuevas germinan, como semillas escondidas que solo brotan tras un aguacero. Surgen como oportunidades que antes no veíamos y, de pronto, comenzamos a comprendernos a nosotros con mayor profundidad.

Con el tiempo, las caídas moldean nuestra madurez. La confianza auténtica no nace de caminar sin tropiezos, sino de descubrir que incluso con heridas podemos avanzar. Cada vez que fallamos y continuamos, el corazón aprende a latir con mayor fortaleza. Nos volvemos más resistentes, como esos árboles que, después de una tormenta, echan raíces más profundas para sostenerse mejor. Por eso cuando caemos no nos podemos rendir, debemos aprender a perseverar, es una de las claves más decisivas para alcanzar cualquier meta en la vida. La perseverancia es un faro que se enciende en la noche más oscura, una llama que no se apaga aunque el viento intente soplarla. No consiste en repetir sin pensar, es mantener vivo el compromiso con aquello que anhelamos, incluso cuando el camino parece haberse terminado. En un mundo que aplaude los resultados inmediatos, perseverar casi se convierte en un acto de rebeldía. La perseverancia consiste en creer que los procesos lentos también producen frutos. Es aprender a ser sembrador y no espectador. Y como todo buen sembrador, aprender a confiar en el tiempo, en los días de lluvia, en los días de sequía, y en aquellos en los que nada parece ocurrir. La perseverancia es esa voz interna que nos susurra: “Sigue. Avanza. Aún no has visto lo mejor de ti”.



Y si en medio del fracaso el miedo toma control de ti, de igual forma levántate, persiste, camina, no te detengas. El miedo es un ladrón silencioso, no puedes permitir que robe tu libertad de triunfar. El miedo camina de puntillas por los pasillos de la mente, apagando luces, cerrando puertas, encadenando ideas antes de que puedan nacer en palabras o acciones; solo tú tienes el poder de detenerlo. El miedo nos susurra mentiras convincentes: “No puedes”, “¿Y si fallas?”, “¿Y si te juzgan?” El miedo exagera sombras y fabrica monstruos donde solo hay dudas. Y cuando lo dejamos gobernar, nuestras ideas quedan atrapadas, como pájaros que olvidan cómo volar dentro de una jaula abierta. Por eso es importante reconocer y enfrentar el miedo con fe, esperanza y optimismo; porque si no lo hacemos, no solo perdemos la oportunidad de alcanzar algo, sino también la oportunidad de conocernos a nosotros mismos y ver hasta donde somos capaces de llegar.

Entonces, queda claro que solo una verdad resplandece como un relámpago que ilumina la noche, aquel que triunfa en la vida es el que se levanta tantas veces sea

necesario hacerlo. Es aquel que no abandona lo iniciado, tampoco se rinde o no intenta lo que quiere por miedo a equivocarse. Es el que entiende que el fracaso se supera erguido, perseverante con la frente en alto. El fracaso es la derrota silenciosa que a más personas ha dejados tirados en el camino: niños y jóvenes, adultos y viejos. Las oportunidades no se pierden solo por falta de capacidad, sino por falta de valentía. Las ideas que no intentamos se convierten en esos fantasmas que nos acompañan, recordándonos el resto de nuestra vida lo que pudimos haber sido. Por eso es importante levantarse. Levantarse es un acto profundamente humano, casi sagrado. No se trata de fingir que no duele, ni de ignorar la caída, sino de entenderla. Cada vez que nos ponemos de pie, aunque sea con las rodillas temblando, le decimos al mundo y a nosotros mismos que aún no hemos terminado. Levantarse es reclamar nuestra historia, reconstruirla, reescribirla. Es afirmar que somos más grandes que nuestras caídas, que hay en nosotros una fuerza quieta pero indestructible que insiste en continuar. Y es en ese acto, repetido tantas veces como sea necesario, donde descubrimos nuestro verdadero valor. La vida no premia a quienes nunca tropiezan, sino a quienes, incluso con polvo en las manos, se levantan una y otra vez y abrazan el triunfo.

Sobre la autora



La profesora Migna Ortiz Villalobos es graduada de la Universidad de Puerto Rico. Tiene una trayectoria laboral de más de 39 años de servicio en el sistema de educación público y privado del país. En el año 1996, obtuvo un grado de Maestría como especialista en Currículo en la Enseñanza del Español. Años más tarde, en el 2006, logra un grado doctoral en Orientación y Consejería. Y en el 2014 culmina un Certificado Posdoctoral en Lingüística Aplicada al Español, de la Universidad de Puerto Rico, recinto de Río Piedras. Desde el 2014 se ha mantenido impartiendo cursos de Español en distintas universidades del país. Su amor y pasión por el vernáculo la ha llevado a trabajar ininterrumpidamente a favor de los ciudadanos que deciden instruirse y formarse como profesionales capacitados para laborar en y fuera del país, poniendo siempre en alto el habla y la escritura correcta del Español. Actualmente labora como profesora de Español en la Universidad Ana G. Méndez y en la Universidad del Sagrado Corazón.

CUANDO LA HUMANIDAD PROGRAMÓ SU CORAZÓN
Por: Gisela del Rosario Carreras Guzmán

Iván llegó tarde a su clase de Humanidades, ese curso que muchos consideraban de "relleno". Entró con el pulso acelerado; el pecho le oprimía como si cada segundo contara. Ajustó la silla, respiró hondo y decidió no rendirse.

—Iván, ¿quieres leer tu párrafo en voz alta? —preguntó la profesora, con una voz que acompañaba, no presionaba.

Al comenzar a leer, algo lo detuvo. Sintió el peso de explicar frente a sus compañeros, de mostrar lo aprendido y de no equivocarse. Sus dedos apretaron el papel con más fuerza de la necesaria.

Nunca había sentido así lo que leía. La literatura, que hasta entonces había sido un ejercicio distante, se abrió ante él con otros ojos: duda, risa contenida, sorpresa.

Cada oración encendía una ventana hacia algo más profundo, y un mundo que siempre había existido comenzaba a revelarse.

Cuando terminó, salió al pasillo. Guardó el papel sin revisarlo. Caminó unos pasos, respiró hondo y sintió algo que no necesitaba explicación.

No era certeza.

No era calma.

No era suyo.

Era como si algo antiguo, olvidado, hubiera vuelto a latir: vida, emoción y magia.



Sobre la autora



Gisela del Rosario Carreras Guzmán nació en Mayagüez, Puerto Rico. Cuenta con un bachillerato, una maestría y un doctorado en Estudios Hispánicos, con concentración en Literatura Hispanoamericana, de la Universidad de Puerto Rico (Mayagüez y Río Piedras). Lleva veinte años enseñando en diversas universidades y, desde hace trece, se desempeña como Catedrática Asociada en la Universidad Interamericana de Puerto Rico, recinto de Bayamón. Entre sus colaboraciones académicas, destaca una entrevista a la escritora chilena Guadalupe Santa Cruz, publicada en la *Revista Alba de América* bajo el título "Las mujeres y la ciudad: hacia un punto de encuentro". También ha publicado artículos de crítica literaria dentro y fuera de Puerto Rico en revistas como: *La Torre*, *Sapiencia*, *Le.Tra.S.* y *Revista Iberoamericana*, entre otras.

AMANECER

Por: Mildred Irizarry Vargas

Cerró sus ojos intentando que la bruma que arropaba el lugar también lo hiciera con su mente y muy en especial con su cuerpo adolorido. Poco a poco, el sueño se fue apoderando de cada músculo y hueso de su ser. La tensa posición fetal que había adoptado instintivamente se fue relajando hasta sumergirse en un ambiente de paz y seguridad.

Entonces, comenzó a soñar y en su pensamiento regresaba al lugar que la había acogido al momento de su nacimiento, su natal África. Se veía corriendo libremente por sus sabanas y se mezclaba con sus inmensos paisajes. Un día, todo cambió sin previo aviso y en un abrir y cerrar de ojos existencial fue separada abruptamente de su familia, unida a desconocidos, viajó por mar hasta llegar a una tierra con extrañas costumbres e idioma. En incontables ocasiones le había suplicado a Eleguá que la dejara morir porque perecer era mejor que seguir viviendo esa interminable tortura.

La ingenua joven pasó a formar parte de los esclavos de servicio de una gran hacienda. Se vio forzada a aprender a seguir órdenes y cuando no lo hacía, los latigazos se apoderaban de su espalda y de su piel. Una noche, su amo ebrio de poder, decidió hacerla suya. No hubo consentimiento, solo violencia, golpes, angustia y dolor. Sus gritos resonaron en el silencio de la noche, pero nadie acudió en su ayuda. Una vez más, aclamó a Eleguá. Culminado el vil ataque, la sangre bajaba por sus piernas y el intenso dolor nublaba su entendimiento, aun así, sobrevivió.

El tiempo ha pasado, muchos han sido los amos. La fiereza de las agresiones íntimas ha menguado. Aun así, cada vez que esto ocurre, Ifetayo se defiende con todas sus fuerzas y huye del lugar. Su destino es llegar hasta el mar para esperar el amanecer, para volver a soñar y tal vez hasta poder regresar al lugar que una vez la hizo feliz.



Sobre la autora



Mildred Irizarry Vargas es profesora y se he desempeñado, por espacio de 31 años, como educadora de Español en el Departamento de Educación de Puerto Rico. Actualmente, es estudiante del Programa Doctoral del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. Autora emergente en el cuento corto con la firme intención de relatar lo que ha sido silenciado con la intención de reconstruir la verdadera historia de la mujer.

BAJO LA MÁSCARA

Por: Luis Alejandro Polanco

O él o yo. Esto tiene que terminar. Si pulso «enviar», comenzará la batalla entre ese hombre y yo. Padre no es la palabra. Si lo fuera, no me trataría así. ¿Para qué seguir engañándome? Nunca lo fue.

Aquí estoy, sentado frente a la computadora, incapaz de decidirme. Tengo que llenarme de valor; casi nunca lo he tenido. Si oprimo la tecla, todo saldrá como lo planifiqué. La guerra está declarada. Jamás imaginé que llegaría a denunciar al hombre que me crio.

Estoy desesperado. Todo me aturde. Nada me satisface. El sufrimiento consume mi existencia, y todo por su culpa. ¿Por qué no pude ser feliz como los demás muchachos de la iglesia o del colegio, los que juegan en las calles y parecen libres? ¿De qué me ha servido vivir en un "*penthouse*" si lo único que recibo de mi supuesto padre es desprecio? Y eso que, por ser pastor, dice ser siervo de Dios.

Le temo por hipócrita. Frente a los demás me trata con cariño; a solas me acusa de rebelde e incorregible. Apenas soy un adolescente. Cuando busqué consuelo en los brazos de la que creí mi madre durante años, tampoco lo encontré. Ella estaba sometida al marido —«es bíblico», repetía él como chantaje—. Siempre presente, pero ausente. Miraba, callaba y lloraba. Sé que me quiere; me lo ha demostrado cuando él no está.

No entendía su apatía hasta que, por accidente, escuché una conversación con una anciana de la iglesia. Se arrepentía de haberme adoptado. Yo tenía nueve años. Ese día algo se quebró dentro de mí.

Dos años antes, con apenas siete, me había quemado las manos. Me obligaba a organizar los billetes de la ofrenda en la mesa de la cocina. Para llamar su atención, un

domingo tiré el dinero al zafacón y le prendí fuego. El detector de humo empezó a sonar. Una hilera de billetes cayó entre la mesa y el recipiente y me delató.

Sus ojos ardían más que las llamas. No me golpeó con el extintor. Fue peor. Sujetó mis manos y las introdujo en el fuego. Bastaron segundos para desfigurármelas. Desde entonces cargo estos surcos perpetuos. Soy la burla de mis compañeros, la lástima de los mayores.



Me vendaron ambas. El domingo siguiente me puso como ejemplo en el sermón. Dijo que no tentaran a Dios, que yo, después de leer el pasaje de Daniel en el horno, quise probar mi fe metiendo las manos en el fuego. No quería llorar. Él decía que los hombres no lloran. Pero el huracán por dentro encontró salida en dos cauces sobre mis mejillas.

Descubrí su infidelidad jugando a las escondidas. Me oculté bajo su escritorio sin que lo notara. Entró con una mujer que buscaba «consejo» y cerró con llave. No podía

escapar. No los veía, pero los escuchaba: murmullos, jadeos. El polvo me provocó un estornudo. Me sacó por el cuello, casi me estranguló. Alcancé a ver el pezón sonrosado de la joven. Era esposa de un hombre amable conmigo.

Me amenazó: si decía algo, me arrancaría la lengua. Le creí. Después me azotó con la correa para que no volviera a esconderme en su oficina. Durante semanas no pude usar pantalones cortos. Desde entonces se estrujaba con cualquiera sin pudor. Pobre mamá.

¿Quiénes serán mis verdaderos padres? No lo sé. Tampoco recuerdo mis primeros años. Lo más remoto es una vitrina de juguetería. Tenía cinco años y observaba un trencito que giraba en el escaparate. «Lo quiero», repetía. No me escuchó. En cambio, me compró una Biblia ilustrada. «Algún día me lo agradecerás», dijo.

A veces me pregunto cómo la congregación puede ser tan ciega. Ellos usan relojes baratos; él ostenta un Rolex. Ellos viajan en transporte público; él conduce un Mercedes del año. Quiere que yo continúe su ministerio, su empresa, su monarquía. No por mi bien, sino por su egoísmo. No he sentido ningún llamado. Por negarme, recibo golpes. Y, aun así, a veces sonrío. Las palizas no han borrado del todo mi rostro de niño.

He tenido crisis de fe. Me pregunto dónde está Dios. Hoy necesito que esté de mi lado.

Lo denuncié.

Envié un correo al superior de la orden pastoral y a la prensa. Durante un año grabé en la computadora de mi dormitorio cada agresión. Expliqué lo de las manos. Adjunté fotos de otras cicatrices visibles y pruebas de las invisibles. Digitalicé estados bancarios, incluso una cuenta en las Bahamas. Incluí los fraudes que lo hicieron multimillonario.

Sigo aquí, encerrado, con la computadora encendida y el televisor en silencio, esperando las primeras reacciones. No sé qué pasará. Solo sé que me he jugado la vida. Y, por primera vez, no tengo miedo.

Sobre el autor



Luis Alejandro Polanco es un escritor dominicano que residió en Puerto Rico durante treinta años. Es doctor en Filosofía y Letras y egresado de la Maestría en Creación Literaria de la Universidad del Sagrado Corazón. Además, es arquitecto y profesor. Autor de la novela *No habrá primavera en abril*, del libro de cuentos *Rastros de sombra en la arena*, del cuento infantil *Jesús y el pollino* y de *Vuelo nupcial*. Coautor de las novelas *Nadie descubrirá tus huellas* y *Los casos del agente Alfredo Olmes*. Sus libros han sido premiados en Puerto Rico y Estados Unidos.

FELIA
Por: Ibis Rodríguez Carro

Y ahora, ¿qué iba a hacer? Le acababan de informar de su nuevo estatus de "viuda". (Entre comillas, porque en esta ocasión, legalmente nunca firmó papel alguno). Su medio limón, por los últimos 21 años, había dejado de respirar, camino al hospital. Se le nubló el pensamiento; hacía solo unos minutos que habían llegado de las compras de temporada. Había sido un día como otro más, tranquilo, de consenso, no sin antes haber tenido la obligada discusión de cuál regalo convenía más para la suegra, su cuñada, etc. Él solo le llegó a comentar que sentía un gran apretón en el pecho y ¡pacatum!, cayó al piso.

Ofelia, hecha un manojo de nervios ante el espectáculo de muecas y temblores que provenían de su amorcito, logró marcar el 911 y pedir una ambulancia. A los veinticinco minutos, los paramédicos lo estaban atendiendo y dándole los primeros auxilios. Se lo llevaron de prisa, acompañados por el ulular de la sirena. Le pidió a la vecina que la llevara al hospital, pues los nervios no le permitían guiar y traicionaban sus movimientos. Ya estaba acostumbrada a que su copartícipe, en la toma de decisiones, fuese quien siempre manejase. Al llegar al hospital, la estaban esperando para informarle de su nuevo estatus, acababa de convertirse en "viuda" (por "segunda vez").

El estatus para ella era lo de menos, en ese momento. Ya se lo había ganado con su primer y único marido, que era treinta años mayor que ella. Lo había conocido cuando ella apenas tenía 20 años. En aquella ocasión había quedado deslumbrada ante ese hombre que le acababan de presentar, en el evento benéfico para el nuevo albergue de animales que iban a desarrollar en su pueblo natal de Las Marías. Alejandro la había conquistado con su palabrería, (cubano de nacimiento) su aparente internacionalidad, su manejo de temas de conversación, su olor a Brut combinado con el de Irish Spring y el

apodo que le asignó – Felia-; todo ello le pareció suficiente para dedicarle su atención toda la noche.

Ella, que solo conocía ese pueblo chico de campanario grande, se dejó llevar y terminó casándose con ese hombre-artista-macharrán-labioso- con ínfulas de mundano. Así transcurrió su vida por espacio de más de veinte años: fiestas, entrevistas, galas, glamorosas cenas y conductas dominadas. Cada vez que sentía que su vida se estancaba, él le complacía su capricho del momento. Discurría su vida de casada, de mujer de personaje famoso, entre atender a su idolatrado primer marido y la crianza de sus dos hijos. La unión duró hasta que se cansó de tener que esperar que en las noches la pastillita azul hiciera su efecto, para calmar esas hormonas que se revolucionaron en su medio siglo de vida.

Necesitaba encontrar un nuevo sentido a su vida. Pidió el divorcio y de forma involuntaria pasó a ser portada de revistas de farándula. Después de protagonizar el escándalo temporero de su contencioso divorcio, inició su etapa de mujer divorciada y así fue como al cabo de dos años conoció a su adorado tormento, Samuel Arias Marcano, Jr.

Nuevamente quedó deslumbrada con la labia, las historias, los galanteos y los paseos que compartía con ella. A los 9 meses ya estaba planificando el bodorrio. Definitivamente no había nacido para vivir sola. Esta vez iba a ser un poco diferente, su nuevo galán, aunque vestía impecable, era de escaso bolsillo, sin cheles, un “pelao” de gustos caros. A estas alturas de su vida eso pasaba a un segundo plano. Con la casa salda y el auto que había logrado en su divorcio, y su trabajo como ayudante de terapeuta, le alcanzaba para llevar una vida digna, aunque limitada en lujos y gastos no presupuestados. Entendía que, con el trabajo de su futuro esposo, chofer de carros importados para el dealer Auto Boutique, les alcanzaría para tener al menos una vida más holgada.


Roadell Melling
fotografen

Planificó cada detalle de su nuevo compromiso, hasta le prestó el dinero para la sortija a su estrenado novio, en lo que le pagaban un bono de trabajo que le debían, según él le explicó. Escogió el lugar, la música, la comida, los padrinos y el juez que los casaría. Fijaron la fecha y repartieron invitaciones a granel. Su intención era que el país se enterara que de nuevo se casaría.

Una semana antes del evento, supo del estatus de Sammy, su ahora prometido: estaba casado todavía, su esposa no le había firmado los papeles del divorcio.

Pensó que le iba a dar un síncope, eso no lo había visto venir. Ya llevaban meses conviviendo y durmiendo con ella en su casa, él se había mudado con ella. Después de lágrimas, gritos y pataleos, se sentaron a pensar cómo solucionar la situación. Definitivamente, no podían casarse, por lo menos por ahora, hasta que se diera el divorcio y pasara el tiempo necesario para que a él no lo acusaran de adulterio. ¿Qué iban a hacer con todos los planes y lo que ya estaba comprometido? ¿Qué iba a decir la gente que la conocía? Ya se imaginaba los titulares faranduleros alimentando el morbo de sus lectores y a estos burlándose del papelón que le había tocado.

No, no, no. No iba a permitir que eso sucediera. Seguiría adelante, según planificado. Lo primero que hizo fue llamar al juez para notificarle que el casamiento se posponía, sin dar razones ni detalles. Total, al juez le pagaban si ofrecía sus servicios.

Ambos acordaron cumplir con sus planes y llegar a la ceremonia de celebración agarraditos de la mano, contentos y esperaban bailarse hasta el último número que tocara la orquesta. Les dirían a los invitados que oficiaron el casamiento en privado con el juez, durante esa mañana.

Fue una celebración espectacular, los novios felices, los invitados encantados y continuos en sus elogios para los recién casados. Entre estos últimos se había colado un ex enamorado, con el que pudo bailar un par de piezas y momentáneamente sentirse

deseada por dos hombres a la vez, aunque el sentimiento fuera solo en su imaginación cincuentona. Lo que ni se imaginaba ella era que ya de madrugada su recién estrenado consorte, se le escabulliría para seguir la rumba de bar en bar, pero "soleado", sin ella. Así que su primera noche ya "casada" la pasó desvelada, llorando y con calentura pasmada.

Le regresó ese vacío, ese sentimiento de soledad absoluta experimentado en su primera noche de "segundas nupcias" y la invadió la incertidumbre de qué sería de su vida, sin un hombre a su lado. Cerró los ojos y comenzó su proceso de identificar dónde podría encontrar nuevamente quien la completara.

Sobre la autora



Ibis L Rodríguez Carro es puertorriqueña, aunque desde el 2015 vive fuera de la Isla, la cual visita varias veces al año. Esas visitas son obligadas por la añoranza del mar caribeño y lazos familiares inquebrantables. Estudió Educación y Enseñanza del idioma Español, como especialidad y tiene un doctorado en Literatura puertorriqueña y del Caribe. Sus pininos literarios comenzaron a partir de la creación de su blog, titulado Letras Agitanadas (ircstudio.com), 2017, motivada por su regreso a tiempo completo a la sala de clases, luego de más de 20 años en la administración universitaria. Es autora del cuento infantil: "Lolo, un pececito diferente", dedicado a su nieto Milán André.

HAY DÍAS…
Por: Anyolina Guzmán Abreu

Te levantas, pero es solo tu cuerpo, porque tu espíritu permanece ovillado bajo la colcha,
y quisieras permanecer allí, incólume, donde nadie te sienta, ni te vea.
Y es que…hay días…
Hay días en los que no quisieras levantarte porque ni a eso le encuentras sentido.
Hay, días… Hay días en los que luchas con encono
contra tus ojos tratando de impedir, inútilmente,
que las lágrimas mojen tu cara y salen tu boca, sin una aparente razón.
Pero es que… hay días… Sí, hay días en 1os que te salan la boca
y no entiendes por qué, o quizás sí, sí lo sabes, pero no quieres aceptarlo.
Hay días en los que te niegas a ver que te sientes algo cansada,
porque el cansancio te cansa; y te empeñas tanto en esconderlo,
que hasta se vuelve parte de ti; y es tan perfecto que nadie lo nota.
Nadie se da cuenta de que, allá, muy en el fondo, estás agotada,
hastiada de luchar ¡para qué!
Te entristece aceptar que estas luchas son eternas,
porque las guerras internas nunca acaban, y cuando acaban, es porque ya es el fin….
¡Hay días!… Hay días en los que preguntas
¿cuántas cosas has hecho por amor a ti? ¡Por complacerte! Y te entristeces al descubrir
que has hecho como poco, casi nada.
Hay días…Días en los que descubres que, prácticamente, todo lo haces en función de los
demás, por ayudar, por complacer, o por dar el mejor ejemplo a seguir, y, ¿para qué?
¿para luego descubrir que fue en vano?
¿que tus esfuerzos no surtieron efecto?
¡Que los ejemplos pasaron desapercibidos!
Caminas preguntándote: ¿Qué hice mal?, ¿en qué fallé?, ¿por qué fallé?…
¿Falta de conocimiento? ¡Tal vez!
¿De experiencia? ¡Quizás!
¿Estará envuelto, acaso, el exceso de amor? ¡Podría ser!
Porque todos los excesos son malos, pero no lo sé a ciencia cierta,

y es que… Solo sé que hay días…
Hay días en los que no quieres pensar porque lacera;
no quieres recordar porque las reminiscencias abren heridas
que creías cicatrizadas.
Te niegas a soñar porque los sueños truncos solo dejan sinsabores y olores a derrota.
Indudablemente…Hay días…
Hay días en que rendirte sería el camino fácil, demasiado fácil, diría yo,
pero a la vez, el más escabroso; a medida que avanzas en él
te conduce a abismos insondables; y te pesan los pies,
y los arrastras como a ramas secas, tostadas y ruidosas…
y es que, en ocasiones la vida no te sabe a nada.
Pero es que hay días…
Hay días en los que te dices: “Bástate de mi gracia, porque mi poder se perfecciona en tu debilidad” …



Sobre la autora



Anyolina Guzmán nació en Salcedo, República Dominicana. Años más tarde (1996) se radicó en Caguas, Puerto Rico. En el año 2002 obtuvo el grado de bachiller en Ciencias Sociales con concentración en Comunicaciones en la Universidad del Turabo, hoy Universidad Ana G. Méndez, recinto de Gurabo. En el 2004 obtuvo el grado de Maestría en Asuntos Públicos con concentración en Administración de las Artes. Guzmán, además de dedicarse en sus ratos de ocio a la escritura y a la pintura, es profesora de español y oficial de retención, del recinto de Gurabo. En el 2023 obtuvo su grado doctoral en Filosofía y Letras, con especialidad en Literatura de Puerto Rico y el Caribe, del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. En el 2013 publicó su primer poemario Destellos del alma; en el 2025, Latidos y el libro de cuentos De paso fino y sus moralejas.

LA FUERZA DE LAS RELACIONES HUMANAS
Por: Migna Ortiz Villalobos

Somos seres tejidos de encuentros,
ramas del mismo árbol buscando sol,
almas que necesitan otras almas
para completar su forma y su destino.

No importa si son muchas o pocas
las manos que rozan nuestra vida;
importa la calidad del abrazo,
la palabra que alivia,
la presencia que ilumina el día.

Cada relación es un puente:
suplimos, guiamos, acompañamos,
alegramos, colaboramos,
dejamos en otros
la huella discreta de nuestro paso.

Compartimos con los niños
la ternura que nos ablanda el juicio;
con los jóvenes, la fuerza
que nos recuerda que aún soñamos;
y con los mayores, la sabiduría
que nos enseña la brevedad del tiempo.

La confianza nos acerca,
la afinidad nos serena,
la empatía nos vuelve capaces
de mirar con los ojos del otro
aunque el camino sea distinto.

Al final,
toda vida se nutre de otras vidas.
Por eso, aún lejos,
separados por mares o silencios,
sigamos siendo luz unos para otros.

Porque somos creación única,
especial, irrepetible,
y hemos sido llamados a compartir,
a construir puentes que ninguna distancia
pueda derribar.



Sobre la autora



La profesora Migna Ortiz Villalobos es graduada de la Universidad de Puerto Rico. Tiene una trayectoria laboral de más de 39 años de servicio en el sistema de educación público y privado del país. En el año 1996, obtuvo un grado de Maestría como especialista en Currículo en la Enseñanza del Español. Años más tarde, en el 2006, logra un grado doctoral en Orientación y Consejería. Y en el 2014 culmina un Certificado Posdoctoral en Lingüística Aplicada al Español, de la Universidad de Puerto Rico, recinto de Río Piedras. Desde el 2014 se ha mantenido impartiendo cursos de Español en distintas universidades del país. Su amor y pasión por el vernáculo la ha llevado a trabajar ininterrumpidamente a favor de los ciudadanos que deciden instruirse y formarse como profesionales capacitados para laborar en y fuera del país, poniendo siempre en alto el habla y la escritura correcta del Español. Actualmente labora como profesora de Español en la Universidad Ana G. Méndez y en la Universidad del Sagrado Corazón.

LÁGRIMA Y SONRISA
Por: Juan Carlos Fret-Alvira

Hay una larga lágrima hasta el infierno
y la hemos llorado juntos,
apretados en el puño del mundo.
Respirar, comer y beber no son suficientes.
Contemplar, conformarse y seguir, tampoco.
Los ojos están crispados.
Las manos están cerradas.
Las vísceras están brotadas.
El cerebro, a punto de ebullición.
Lento es el camino del fuego.
Lenta es la sonrisa.



Sobre el autor



Juan Carlos Fret-Alvira es profesor universitario en recintos privados y públicos. Sus poemas, ensayos y cuentos han sido premiados en certámenes, y publicados en revistas, periódicos, carteles y libros de Puerto Rico y del exterior.

MUJER GUERRERA y EL SOL DE TUS CABELLOS
Por: Elsie Rodríguez Berdiel

MUJER GUERRERA

Cuando me miro en el espejo,
veo una mujer distinta en el reflejo.
Los años no pasan en vano,
todo ha cambiado.

Cuando me miro al espejo,
ya no veo un cuerpo con curvas perfectas
ni tampoco con juventud intacta.

Veo un cuerpo marcado por la vida.
Soy un reflejo del cambio,
un reflejo de los años.

Mi piel ya no es tersa,
y llevo marcas en ella:
marcas de dolor, pero también de resiliencia.

Amo la mujer que fui,
pero atesoro a la que me he convertido:
una mujer valiente,
una mujer guerrera.

Mujer, no tengas miedo de vivir.
No le temas a los cambios.
Vive a plenitud tu vida.

Mírate con amor en el espejo,
mira con orgullo tu reflejo.
Eres una mujer única y valiente.

Eres una mujer,
que ha llorado, que ha amado
que ha perdido.
Pero eres una mujer cuyas huellas,
dejan historia.
Eres una mujer que iluminas días nublados.
Una mujer fuerte, una mujer que pisa
con aplomo.
Una mujer valiente, una mujer guerrera.



EL SOL DE TUS CABELLOS

Tú, mi pequeña semilla,
estuviste en mi vientre,
creciendo cada día.

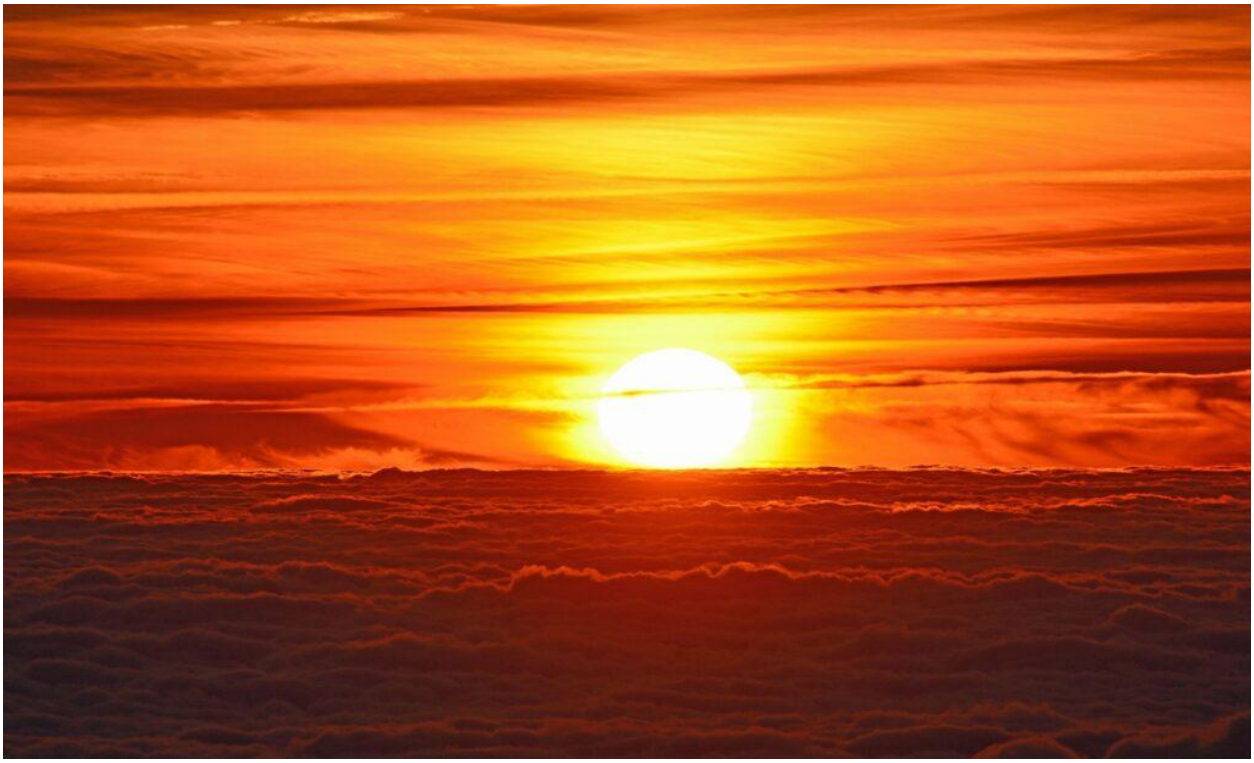
Cuando llegó el día,
el temor invadió mi vida.
¿Y si moría? ¿Y si no sobrevivía?

Pasaron las horas,
y aún no te conocía.
Tus latidos, entre mis lágrimas,
se escondían.

Un sueño profundo me envolvía,
y sentía que me desvanecía,
pero una voz me decía:
"Aguanta, confía y da vida."

Tocó la campana, dieron las doce,
y un llanto en la habitación se escuchó.
Una hermosa princesa roja nació.

El terror desapareció
y la vida resurgió;
el sol de tus cabellos
mi mundo iluminó.



Sobre la autora



Elsie Rodríguez Berdiel es profesora de Educación Física Adaptada y Fisióloga del Ejercicio. Ejerce comprometida con el bienestar, la inclusión y el desarrollo integral de sus estudiantes. Ama la naturaleza y encuentra en la actividad física al aire libre una fuente constante de energía y equilibrio. Hace diez meses nació su hija, Litzy Abigail, quien se ha convertido en su mayor inspiración. Desde su llegada, Elsie retomó su pasión por la lectura y la escritura, creando cuentos y poemas llenos de sensibilidad y propósito. Este viaje creativo representa un sueño que la acompaña desde la niñez, y que ahora impulsa con renovada ilusión. Es una mujer soñadora, perseverante y profundamente agradecida por la vida, que trabaja día a día para compartir sus historias y dejar un legado de amor y aprendizaje.

Letras Inéditas

En esta edición presentamos algunos de los trabajos ganadores del Certamen Literario que celebramos como parte de las actividades de la Semana de la Lengua, 2025.

Categoría Poesía: Primer lugar Fiesta de la Lengua 2025

COMO SOY EN REALIDAD
Por: Zariana Ortiz Rodríguez

No me gusta cuando las personas me llaman poeta.
Solo escribo lo que siento,
lo que pasa por mi mente,
lo que a veces no me atrevo a decir en voz alta.
Tal vez porque las palabras escritas
duelen menos que las dichas en voz alta,
o porque en el papel me siento más libre
que en las miradas ajenas.

O tal vez…
Tal vez desde que era adolescente,
escuchaba a mis amigas decir
que me creía algo que no era,
que era tímida, presumida y tonta.
Y me lo creí.
Me creí cada palabra,
como si las voces externas
fueran más fuertes que la mía.

Pero ¿en realidad lo era?

¿O solo terminé convirtiéndome
en lo que los demás decían de mí?
¿Cómo saber si soy lo que pienso,
lo que siento,
o lo que el mundo ha decidido que debo ser?

Entonces, ¿por qué me cuesta creer
lo que en verdad soy
y no lo que soy para los demás?

Mi reflejo en el espejo
me muestra a una mujer fuerte y decidida,
pero con miedo de ser quien es en realidad.

Tal vez algún día lo descubra,
cuando deje de escuchar el eco de otras voces
y me atreva a escuchar a la mía.



Sobre la autora



Zariana Ortiz Rodríguez tiene 19 años y es originaria de Corozal, Puerto Rico. Se graduó del Colegio Sagrada Familia de Corozal, donde desarrolló un interés por las disciplinas creativas y el pensamiento estratégico. Le apasiona el arte, el mercadeo, la poesía y la moda, áreas que considera herramientas fundamentales para la expresión personal y la comunicación. A través de estos intereses, busca explorar la identidad, la estética y el impacto cultural desde una perspectiva creativa y contemporánea.

Categoría Poesía: Segundo lugar Fiesta de la Lengua 2025

A FUERZA DE LETRA

Por: Charles S. Marcano Rodríguez

A fuerza de letra voy a guiar lo que muchos ignoran en comunicar.
Mi voz como medio para dejar ir el sentir de todo mi malestar.
Seres humanos pensando solo en cómo dinero acumular.
Mientras a nuestros ancianos no les aprueban los medicamentos por la estrategia de un plan.
Pero voy hablar.
Real, nada me voy a callar.
Todo lo que sé lo voy a disparar.
Semillas de letras voy a plantar.
Conciencia haré que cumpla su proceso de germinar.
Y si todos callan, entonces yo voy a gritar.
Se olvidaron de las dos invasiones y la obligación de tenernos que vacunar.
Sucio dictador nos quiso enfermar.
La verdad de la agenda ocultar.
Nos quieren ignorantes, escuelas cerrar y luego dicen que es por baja natalidad.
Cabrón, pues claro, se van.
El mínimo no da para ir a Distrito con la familia a cenar.
Entretenimiento por aquí y por allá, llenando de ansiedad y ni cuenta se dan de una gran estafa con la placa solar.
Van por tu energía; el impuesto al sol ya está.
Por eso te privan de la educación, la salud y ahora la seguridad.
Un pueblo fácilmente armado por un corte de pastelillo te la dejan pegá.
Político cumple en fallar.
Que te vayas.
Fácil, con un pasaporte solo falta un estado hallar.
Terminas en una fábrica deseando estar en una playa.
La abuela no entiende al nieto el idioma que habla.
Lucharé hasta mi último latido.

El boricua local domado y persuadido.
Todo distraído no escuchará su oído.
Pero son letras audibles por todo hispanohablante para informar que aquí también estamos oprimidos.
Un imperio norteamericano que expande sus fronteras hasta Puerto Rico.
Prostituyen mi cultura; con el conquistador es que convivo.
La izquierda y la derecha me inquietan, siempre en discusiones nos quieren divididos.
El llamado es para toda América Latina libre, por favor:
¡Despierta!
Un papel nos clasifica pobres, pero eso no define nuestra riqueza.
Tenemos bosques, ríos, playas: toda una verdadera belleza.
Tengo a mi abuela, su arroz con habichuelas, los valores que me inculcó
y su bendición llena de valor que no cabe en el plástico de una tarjeta.
Te venden ese sueño americano para que muevas ese sucio mercado.
Mientras ellos se movilizan hacia el Caribe, apropiándose de todo a su paso.
Desarrollo económico lo protege la ley, es un ente privado.
El gobierno ciego no interviene. Puerto Rico es un narco estado libre asociado.



Sobre el autor



Charles S. Marcano Rodríguez nació el 26 de junio del 2000 en Allentown, Pennsylvania. Su escolaridad fue impactada por el huracán María (2017). Al salir de la escuela, la Universidad Ana G. Méndez le dio la oportunidad de continuar su formación profesional, pero de igual forma su lazo con la universidad lo cortó una pandemia. Pasaron cuatro años antes de volver; en ese tiempo se dedicó a explorar la sociedad, la conciencia y el comportamiento humano. Tuvo la oportunidad de viajar, leyó libros y vio documentales de todo tipo. Esto amplió su forma de pensar y lo motivó a regresar a la universidad. Empezó a escribir con un ojo más crítico sobre la existencia y para dejarse sentir. Hace un año regresó para continuar con su desarrollo educativo y profesional en el programa de Psicología de la Universidad.

Categoría Poesía: Tercer lugar Fiesta de la Lengua 2025

NO SABÍA QUE ERA SALMÓN

Por: Alahna Z. Batista Rodríguez

Qué difícil es encontrar gente genuina.
Hoy en día todo está tan lleno de repudio y agonía
nadie sabe quién es quién, nadie se deja ver.
Qué horrible, qué ironía.

En un mundo donde todos publican su vida
lo que tienen, lo que tendrán, lo que tenían.
Sabemos distinguir muy poco
entre la verdad y la mentira
entre tanto odio y fantasía…

¿Cuán asfixiante será el vacío de la vergüenza?
Con tantas apariencias y máscaras puestas.
¿Cómo se sentirá su interior?
Lo imagino putrefacto, frío y con inmenso descolor,
donde ya no hay vida y hace mucho tiempo que no hay amor…

Donde solo se reflejan las influencias de los demás,
donde es imposible esconder la inseguridad…
¿Por qué elegir vivir así?
Aparentando con tanta seguridad ser feliz
a mí simplemente no se me da…
Soy lo más genuina que puedo ser.
¿Por qué tratar de ser al revés?
¿Por qué confinar mi brillo dentro de la sombra del interés?

Me niego rotundamente a someterme a los estándares de la sociedad moderna.
Pretendo amar de manera intensa
vivir con abundancia y riqueza
más allá de lo material, en esencia…

Pretendo vivir libre de envidia
hablar con el corazón
y solo a través del agradecimiento y la admiración
aprendiendo de quienes nadan en contra de la corriente como yo…
de quienes buscan balance, no perfección.

Espero encontrarlos pronto…
Gente contemporánea, con quienes me pierda en cada conversación
con quienes pueda crear un lugar seguro, donde juzgarnos no sea fomentado,
y valorarnos sea lo más sagrado…



Sobre la autora



Alahna Z. Batista Rodríguez nació en San Juan a finales del 2006. Estudió la mayoría de su vida en Bayamón, Puerto Rico, donde descubrió su amor por la redacción. Aunque había resaltado en varios ensayos y poemas escritos como parte de su currículo académico, no fue hasta marzo del 2024 cuando participó en la Liga de Oratoria en Español de Puerto Rico bajo la división Emadrian, y expuso su arte por primera vez. Batista obtuvo el primer lugar en la categoría «original» con su poesía «Borikén carcomida». En su primer semestre universitario, publica la galardonada pieza en la edición titulada *Honrar* de la revista *Cruce,* y decide seguir cultivando dicho género. Sus obras más recientes son «No sabía que era salmón» y «The Sorrow of an Idealized Memory»; ambas obtuvieron el tercer lugar en la categoría de poesía, tanto en inglés como en español, del certamen literario de la Universidad Ana G. Méndez. Actualmente, imparte tutorías de SPGS-152 y de BIOL-203 dentro del recinto bajo el Proyecto de Servicios Educativos Complementarios (PSEC)

Cuento premiado en la Fiesta de la Lengua 2025

LA GOTERA

Por: Claudia Román

Una gotera se hacía indefensa en el alero de la casa de Pablo. Se hacía sonido de fondo, una añadidura a la naturaleza, un diminutivo a la urgencia. Tampoco había mucho tiempo para atender la gotera, siempre hay algo más importante por gestionar en la Isla. Decía la abuela de Pablo, doña Julia, que "el pobre no se aburre".

Pablo fue diagnosticado a sus tres años con autismo nivel 1. Su capacidad intelectual era increíble, pero el baile evasivo en sus ojos, el rechazo a las añadiduras y su hipersensibilidad delataban su autenticidad al universo. Cuando Pablo era más pequeño, creó una afición por las semillas. Rita, madre de Pablo, quien es maestra de Kínder, creaba juegos manipulativos con semillas y estimulaba las destrezas motoras de Pablo, sembrando. Pensaba que podría ser una afición pasajera. Pablo, en cambio, siempre encontraba un nuevo dato semillero que intensificaba su obsesión. Julia, madre de Rita, era cómplice en alcahuetear los intereses del muchacho. Aprovechaba todo el rato que cuidaba de su nieto para enseñarle tanto como sabía de las plantas. Disfrutaba pasearlo por el jardín y mostrarle el crecimiento de las bromelias, la diversidad de las monsteras y saludar los polinizadores que los acompañaban en el paseo. Con Pablo, Julia podía conversar de temas que nadie interesaba escuchar.

Ricardo no comprendía cómo el esperma que soltó fue ese. "Mano, ¿dónde se habrán quedado los baloncelistas? ¿Y los peloteros? Ni que bregar con tierra, siempre hay un crical en la jodía casa". Ricardo casi nunca está en la casa; su trabajo le exige entrada a las 7:00 am y no tiene hora de salida. Pablo, como parte de su diagnóstico, es muy rutinario. Al llegar de casa de la abuela, hace sus tareas y acostumbra sentarse en el balcón

y esperar la llegada de Ricardo contando las gotas que caen del alero. Esta tarde habían sido 143 gotas cuando Ricardo llegó. Ricardo abría el telón a su acto al bajar de su vehículo, en las tardes a su casa y los domingos a la iglesia, brindando la sonrisa más falsa a lo que él entendía era una familia fallida.

"Ese marido tuyo tiene una familia por ahí y tú no te enteras", dice Julia en tono de cizaña. Rita respira fuerte y responde: "Mami, por dios, Ricardo trabaja fuertemente por nuestro país y nuestra familia." Como un reflejo, Julia le contesta: "¿Por quién?" – y riendo con sarcasmo afirma – "Uno comienza a llamarle vida a los lugares en los que se acostumbra a sufrir… ¿Cuántas semillas ha sembrado con Pablito en sus 18 años?" Rita vira los ojos: "Mami, ¿qué tienen que ver las semillas? Ricardo es un excelente padre." Con un tono de preocupación maternal, Julia responde: "Todo tienen que ver las semillas, *por tu familia y tu país*: Yo sé en los proyectos que él se está metiendo. Tú eres una educadora, Rita. Piensa en eso."

Pablo siempre decía que quería ser presidente, pero al graduarse de escuela superior, se matriculó en Agrimensura en el Colegio de Mayagüez. Ya su padre bien lo había orientado: "Pablo, los presidentes no siembran. Nadie quiere a los agricultores" En la Universidad, no se le hizo tan difícil a Pablo conectar con personas con sus mismas aficiones. Apenas era lunes y se difundió en el Colegio una orden de tala para la construcción de un hotel anglosajón en Rincón. Saldría una guagua con estudiantes a levantar piquete junto a otros civiles. Pablo no dudó en subirse a la guagua; además de generarle indignación, entendía que su labor como futuro presidente era proteger al medioambiente. Inmediatamente se detuvo en Rincón el transporte, Pablo bajó corriendo y trepó el árbol más cercano.



El roble al que se amarraba en un abrazo era el árbol próximo a remover. El amigo que lo acompañaba le aplaudía desde abajo, “Bien, Pablito, agárrate fuerte. No pueden tumbarlo contigo”. Una fila de policías hacía frente a los manifestantes; solo quedaba Pablo agarrado del árbol en el área de deforestación. Uno de los oficiales se dirige al Sargento: “Tú me dices, ¿lo tumbamos? Yo le grité desde acá y él ni me mira.” El sargento, Ricardo Maldonado le responde: “En todas partes, la naturaleza anda probando mi paciencia. Túmbalo, allá nos archivan el expediente”.

Con las telenoticias filmando el evento, descendió el roble junto a Pablo; dos vidas fueron arrebatadas al instante por oposición a la violencia. El teléfono del Sargento sonó. Con gritos de desconsuelo, Julia gritaba el nombre de su nieto en el teléfono. Los policías, ninguno, había sido adiestrado para dar abrazos, sino a portar macanas y recibir órdenes. Ricardo lloró hasta la asfixia sin consuelo. Una gotera se hacía indefensa en el alero de la casa de Ricardo… Logra el agua su propósito cuando la filtración es urgente. Hace tiempo

que se ahogan las casas del pueblo. Pero como por irreverencia al diminutivo, en esta tierra las semillas crecen.

Sobre la autora



Claudia Román nació el 5 de abril de 2000 en Ponce, Puerto Rico, donde creció. Se graduó de la Escuela Superior Especializada en Ciencias y Matemáticas Tomás Armstrong Toro, donde desarrolló una fórmula que da solución al análisis métrico de los versos del poema. Luego, cursó tres años en Psicología en la Universidad de Puerto Rico, recinto de Ponce. Cambió de carrera en su tercer año a Educación con concentración en Español, en la Universidad Ana G. Méndez, recinto de Cupey. Ha publicado poemas en la revista virtual peruana Santa Rabia Poetry y en la revista virtual puertorriqueña La Tarima. Actualmente, reside en San Juan, Puerto Rico, y se dedica al arte de la coctelería en Santurce. Además, es parte del grupo de voluntarios y aprendices de Carpintería de PRoTechos, organización sin fines de lucro que se dedica a la reconstrucción de techos resistentes a eventos atmosféricos en el trópico, atendiendo casos en Puerto Rico de personas en vulnerabilidad.

Categoría Ensayo: Tercer lugar Fiesta de la Lengua 2025

LOS EFECTOS Y BENEFICIOS DE LA NATURALEZA EN LA SALUD HUMANA

Por: Daniela V. Peña Pastrana

La naturaleza está presente de manera constante en la vida humana, proporcionando colores, sonidos, aire puro y una sensación de bienestar. Según el Jardín de Nod (2024), los entornos naturales influyen diariamente en el bienestar físico y mental, ya que mejoran la calidad de vida, reducen el estrés y fomentan una conexión con el entorno al que las personas verdaderamente pertenecen. El contacto con espacios exteriores ofrece múltiples beneficios para la salud, aunque a menudo no se reconozca su impacto. Estudios han demostrado que la exposición a la naturaleza fortalece el sistema inmunológico, favorece la salud mental a través de terapias como la jardinería y la interacción con animales, y mejora el rendimiento cognitivo en estudiantes y trabajadores. De esta manera, los ecosistemas naturales contribuyen significativamente al bienestar integral de la sociedad.

El sistema inmunológico está compuesto de muchas células que trabajan constantemente para protegerse de infecciones o enfermedades. El sistema inmune toma acción dependiendo de cómo están los otros sistemas de nuestro cuerpo, y al exponernos a exteriores verdes como bosques, campos o jardines, inhalamos los compuestos naturales que liberan las plantas. Estos compuestos químicos llamados fitoncidas, fortalecen y le dan un poco de independencia al sistema inmunológico (Academia LAB 2025). También, otros compuestos alelos químicos como: los mono terpenos, que contienen propiedades antiinflamatorias y antioxidantes; estos se encuentran en el aroma

de los bosques de coníferas. Los aceites esenciales, liberan moléculas volátiles que pueden ser inhalados para promover la relajación y pueden reducir la inflamación. Igualmente, el sistema inmunitario puede ser beneficiado al realizar actividades físicas al aire libre. Caminatas o salir a correr puede brindar emociones positivas, ayuda a bajar los niveles de estrés, puede proveer una mejora en la capacidad de atención y como sostiene Arete (2022), la luz solar ofrece dosis de vitamina D. El punto más clave para beneficio del sistema inmune es la síntesis de esta vitamina, ya que por la indicación de Arete (2022), las personas la necesitan para el crecimiento óseo y celular, la reducción de la inflamación y la función neuromuscular e inmunológica. Manteniendo siempre la precaución ante la radiación solar, pero unos momentos bajo la luz solar puede ser un buen benefactor para el cuerpo humano.



Otro factor que también es admirable para mejorar la salud mental y salud física, son métodos terapéuticos como el contacto con animales o la jardinería. Explicado por

Pepe Herrera y Emiliano Sánchez (2023), la jardinería reduce el estrés y mejora la salud mental. No tan solo al reducir el estrés, sino que Pepe Herrera y Emiliano Sánchez (2023) proveen un estudio sobre cómo la naturaleza y el contacto con animales ayuda a pacientes con trastornos mentales. Este estudio refleja cómo estos pacientes mantienen una capacidad de relajación y libre de ansiedad en los momentos de interacción con áreas verdes. El hospital donde fue llevado a cabo creó esta área para los pacientes con trastorno de estrés postraumático (TEPT), demencia, Alzhéimer, etc. Según Adriana Díaz (s.f.), los beneficios psicológicos y físicos de interactuar con las plantas disminuyen su estrés, estimula la parte cognitiva y sus cinco sentidos, fomentan la socialización, los ayuda a colaborar con el tratamiento y mejoran la motricidad. También, explicado por Adriana Diaz (s.f.), estos métodos terapéuticos pueden ayudar al personal médico a reducir la tensión del tiempo laboral. Sostienen Pepe Herrera y Emiliano Sánchez (2023), que la terapia de contacto con animales puede tener una influencia grande al igual que la terapia de plantas. La interacción con animales ayuda a proporcionar una experiencia completa de convivencia con la naturaleza a los pacientes.

Como bien dicho, la naturaleza brinda beneficios cognitivos y de rendimiento para la salud mental, especialmente a estudiantes y trabajadores de la sociedad. De acuerdo con Arete (2022), al estar expuestos a la naturaleza la concentración, la memoria y la creatividad aumentan y mejoran un 20%. Para muchos estudiantes y maestros, es muy importante el programa académico, pero como indica Daniel (2024), es importante que ofrezcan experiencias que contribuyan al desarrollo integral de los estudiantes en exteriores. Arete (2022), nos ofrece 6 beneficios que pueden ser de provecho para la salud de nuestros trabajadores y estudiantes. Son beneficios que contribuyen a la salud para expresar lo mejor a la hora de trabajar. El primer y segundo beneficio contribuyen a la conexión social con nuestros compañeros, ya que las actividades al aire libre ayudan a

mostrar talentos ante otros y crear nuevas conexiones. El tercer y cuarto beneficio aporta a la salud física y mental, debido a que el exterior mejora el ánimo, el sistema nervioso, reduce la ansiedad, aporta al sistema inmunológico, nos brinda vitaminas y nos ayuda a combatir enfermedades como la obesidad y diabetes, entre otras. Por último, el quinto y sexto beneficio aportan al sistema cognitivo y ayuda a combatir enfermedades contagiosas. El compartir con actividades afuera, impulsa la creatividad, aumenta el enfoque y nos prolonga la memoria, beneficios que pueden ser factores fundamentales para los estudiantes. En el caso de los trabajadores, combatir enfermedades a veces puede ser complicado en un entorno laboral cerrado, por eso Arete (2022), exalta a que puedan comenzar a abrir el entorno para que al estar expuesto al aire libre haya menos probabilidad de contagios.

En resumen, la naturaleza tiene un papel muy importante en la salud física, mental y cognitiva de los seres humanos. La exposición a entornos naturales fortalece el sistema inmunológico a través de la inhalación de compuestos alelo químicos, la práctica de actividades al aire libre combate enfermedades y la síntesis de vitamina D. Además, terapias como la jardinería y la interacción con animales han demostrado ser efectivas en la reducción del estrés y la mejora del bienestar emocional, especialmente en pacientes con trastornos mentales. Asimismo, la conexión con la naturaleza apoya y fortalece el rendimiento académico y laboral, aumentando la concentración, la creatividad y el desarrollo de habilidades sociales. Dado el impacto positivo que los espacios exteriores tienen en la calidad de vida, resulta esencial promover su integración en los entornos educativos, laborales y cotidianos, garantizando así un equilibrio integral entre el bienestar físico y mental.

Referencias

arete. (2022, March 21). *7 beneficios del Trabajo en Equipo Outdoor (Fuera de la Oficina)*. ARETÉ ACTIVA – Consultoría de Recursos Humanos En Pamplona. https://www.arete-activa.com/beneficios-trabajo-en-equipo-outdoor/

Daniel. (2024, septiembre 25). *Beneficios de las actividades en la naturaleza para escolares | Anayet*. Anayet. https://www.anayetaventuras.es/beneficios-de-las-actividades-en-la-naturaleza-para-escolares/

Fitoncidio _ AcademiaLab. (2024). Academia-Lab.com. https://academia-lab.com/enciclopedia/fitoncidio/

Jardín de Nod. (2024, octubre 21). *Los beneficios del medio ambiente: impacto positivo en la salud y bienestar*. Jardín de Nod. https://jardindenod.com/cuales-son-los-beneficios-del-medio-ambiente/

Jardines terapéuticos: la naturaleza para sanar mental y físicamente – UNAM Global. (2023, April 25). https://unamglobal.unam.mx/global_revista/jardines-terapeuticos-la-naturaleza-para-sanar-mental-y-fisicamente/

Parra, S., & Parra, S. (2021, Julio 7). *¿Afecta la naturaleza a nuestro sistema inmunitario?* Blog de Viajes. https://www.escapadarural.com/blog/naturaleza-y-sistema-inmunitario/

Sobre la autora



Daniela V. Peña Pastrana tiene 20 años y actualmente estudia Biomedicina en el recinto de Cupey de la Universidad Ana G. Méndez, con el propósito de entrar a la escuela de medicina en el Recinto de Ciencias Médicas de Puerto Rico. Nació en San Juan, Puerto Rico.

Colaboraciones

EL COLOR DEL MUNDO
Por: Valeria S. Carrasquillo Cotto

Un día, Doña Teresa despertó y suspiró profundamente. Al mirar por la ventana pensó: “Otro día más en un mundo sin color”. Se sentó al borde de su cama, contemplando nuevamente la vista desde allí: un paisaje gris, triste y sin vida.

Entonces comenzó a recordar su infancia. Una época en la que el sol resplandecía de tal forma que parecía un sueño; el cielo era de un azul brillante; los campos estaban cubiertos de árboles verde esmeralda y llenos de flores amarillas, rosas y violetas. El agua del océano y de los ríos era cristalina. Todos los colores del arcoíris eran vivos. Las aves cantaban durante todo el día. Todo el mundo brillaba de una forma espectacular.

Ahora solo veía el cielo gris, contaminado; los árboles ya no tenían hojas; los mares y ríos estaban llenos de basura. El aire estaba tan contaminado que las personas tenían que salir con una máscara para poder respirar aire filtrado. La ciudad parecía haberse olvidado de todos los colores, como si las paredes, las calles y los edificios hubieran perdido su brillo y se hubieran cubierto de una capa gris y opaca.

Doña Teresa se vistió y se sentó en su silla mecedora en el balcón a observar a las personas que pasaban. Se dio cuenta de que nadie sonreía, nadie saludaba, nadie quería tener una conversación. Nadie parecía notar lo vacío que estaba el mundo. O ¿tal vez sí? Tal vez sabían sobre el vacío del mundo, pero estaba tan normalizado vivir de esa forma que nadie le daba importancia.

Esa misma noche decidió que el cambio comenzaría con ella. No iba a permitir que las futuras generaciones crecieran en un mundo silencioso, triste y sin color.

A la mañana siguiente, tomó su máscara y una bolsa de basura. Salió a la calle a recoger desperdicios y separar los materiales reciclables. También comenzó a plantar pequeños árboles en cualquier área donde encontrara tierra. Al principio, las personas que pasaban la miraban con confusión, y algunas se burlaban de ella, diciéndole: "¿Por qué haces eso? Nada va a cambiar". Doña Teresa los ignoró y, con mucha determinación y amor, continuó con su plan. Quería mejorar el mundo, aunque fuera lo último que hiciera.

Pasaron los días y continuó recogiendo basura, sembrando árboles y flores, y reciclando lo que podía. Algunos vecinos se le acercaron para ver si necesitaba ayuda. Algunos niños estaban interesados en aprender por qué estaba haciendo eso cuando nadie más lo hacía. Doña Teresa aceptó felizmente la ayuda y les explicó la importancia de recoger la basura, reciclar plásticos, cajas y periódicos, y les enseñó cómo sembrar una planta.

Uno de los niños, feliz por haber aprendido algo nuevo, llamó a un amigo para que aprendiera también. Poco a poco, fueron llegando más niños con sus familias para ayudar a limpiar la comunidad y la ciudad. La idea y la determinación de Doña Teresa se convirtieron en un movimiento. Ella no pudo estar más feliz al ver el esfuerzo de las personas por mejorar el planeta. Nuestro planeta Tierra, nuestro hogar.

Con el paso del tiempo, y debido a su avanzada edad, Doña Teresa ya no podía ayudar físicamente, pero sí enseñaba a los niños y adultos de la comunidad la importancia de recoger su basura, reciclar y plantar árboles. Con la ayuda de los alcaldes del país, su movimiento se hizo nacional y eventualmente mundial. Muchas personas de todas las edades comenzaron a buscar formas de revertir el daño que le habían causado al planeta, gracias a la iniciativa de esta noble mujer.

Pasaron los años y todo el esfuerzo y la determinación valieron la pena. La ciudad y muchas partes del mundo volvieron a llenarse de árboles, arbustos y flores. La cantidad de basura se redujo considerablemente y las personas comenzaron a dar más énfasis al reciclaje. Los colores brillantes del cielo y los campos regresaron, y el agua del río y del océano volvió a ser cristalina. Ya no era necesario utilizar máscaras, pues el aire era seguro para respirar.



Lamentablemente, Doña Teresa ya no estaba. Su corazón dejó de latir antes de ver el mundo como lo recordaba; pero sus vecinos y su familia sabían que su esfuerzo había valido la pena. Gracias a ella, el mundo volvió a ser como en su infancia: lleno de colores, aire fresco y esperanza.

Y aunque ella no pudo disfrutarlo, descansó en paz sabiendo que su amor por el planeta transformó el destino de las futuras generaciones.

Sobre la autora



Valeria S. Carrasquillo Cotto estudia un bachillerato en Educación Preescolar y Elemental (K-5) en la Universidad Ana G. Méndez, recinto de Cupey.

LA GRIETA
Por: Jorge Araya

Sucede que, cuando un hombre pisó la sala de ventas de un edificio anunciado en la avenida donde arrendaba, se arrepentiría de inmediato de su decisión. Sin embargo, pese a que el lugar era un poco más atorrante que su pieza, el precio en verde resultaba demasiado atractivo. Allí, la maqueta lo distrajo de todo. Y es que era blanquísima, con sus arbolitos de plástico y lucecitas de promesas y toda esa brillantez. Fue entonces cuando apareció el vendedor, de polera tan ajustada que marcaba hasta el alma, uñas gastadas, y sonrisa más blanca que el plumavit. Dijo que con treinta millones bajaban el pie, que aquello era su oportunidad, y que el próximo mes el "datito" se perdía.

Doce años llevaba en arriendo el hombre en cuartos donde hasta los sueños se plegaban. Recordó entonces a su madre pelando papas, mujer que juraba que la plata del arriendo era plata perdida. Así que decidió, sin recato, firmar con un rayón. Ignorando la letra chica, aquella que sus ojos diabéticos no alcanzaban a ver.

Pasaron años para la entrega, y todo ese tiempo se dedicó a nada más que a esperar. Allí, y por fin, ese día fue un martes con facha de lunes. El edificio, para su desilusión, era más cercano al "smog" de Santiago, que al blanco mármol que se le había prometido.

Al interior, una serie de manchas de humedad asomaban en los pasillos; el departamento olía a pintura fresca, como si trataran de esconder algo detrás de tantas capas de yeso. Dentro de su propia habitación, la ventana del cuarto de estar, que en la maqueta portaba lindos alfeizares, daba en la vida real a un muro parejo. En la misma noche, entre el odioso vecino tosiendo y el loquero que se escuchaba en el piso de arriba, el hombre recurrió a subirle el volumen a la tele para opacar el lúgubre derredor. Y así lo mantendría para siempre.

Después, llegó el frío de julio. Y en la más gélida madrugada el cielo raso del baño se vino abajo. Metiendo la cabeza en el hueco, el hombre vio la cañería con un alambre igualito al local que le vendió empanada de perro. Más atrás, escondido, una fractura estructural se escondía detrás de la cañería.

Como típico chileno, llamó a la constructora. Pero una grabación dijo que ya no existían. Entonces llamó a la garantía, y una grabación le dijo que nunca existieron. Finalmente, tapó el hoyo con yeso. Pensó en demandar, sí. Pero demandar es plata, y la plata es dividendo, y el dividendo no espera.



El hombre fue a la municipalidad. Dos horas de fila, una secretaria tomó datos y dijo que pasara a la oficina técnica. Pasaron cuatro meses; llamó: inspector con licencia, luego informe extraviado. Pensó: la suerte, como el “smog”; a unos les toca más, pero es el mismo aire.

Tiempo después, llegó marzo y el vecino del quinientos tres se suicidó. El tísico que llevaba seis meses cesante. Se tiró del quince. Recordó que habían compartido el ascensor una semana antes, y no se dijeron nada entonces. Cuando supo sobre ello, no sintió nada. O sí, pero lo único en que pensó, fue en el mal horario que había elegido, pues mañana era feriado.

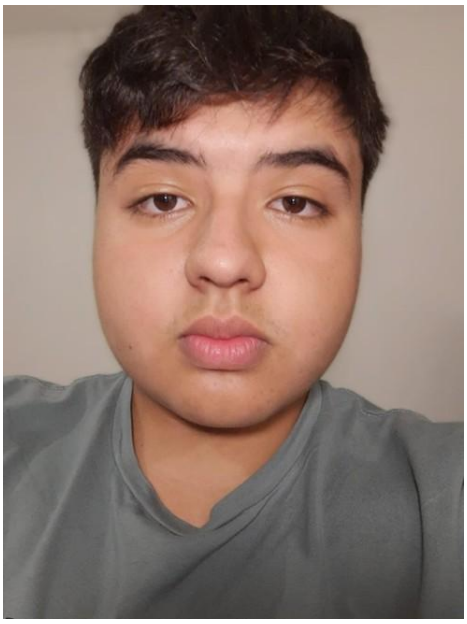
Esa noche comenzó a llover y no se detuvo sino tras una semana. El agua entró por ventanas, grietas, ductos. Ascensores en mantención; para entonces, pasaba varios minutos al día contando los escalones cuando bajaba por la escalera de emergencia. No estaba completamente seguro si eran pares o impares.

Una tarde, poniendo el hervidor, vio una línea nueva en el muro del cuarto de estar. Corría del techo al piso, fina como un pelo, definitiva. Palpó el vacío tras el estuco. Justo entonces sonó el teléfono, BancoEstado. No contestó. Lo apagó y miró la grieta.

Podría juntar vecinos, un abogado, salir en la tele. Podría no pagar, vender, irse al sur. Pero recordó la fila, la ambulancia, la fractura, el crujido. Todo fracturado, y él también. El hervidor hizo clic; sirvió el té, se sentó. Se abrió la gotera. El techo crujió como pan. Apagó la tele. Tomó el té. La grieta no se movió.

A la mañana, se puso el uniforme y salió. En la escalera se cruzó con la peluquera del quinientos cuatro. Buenos días, dijo ella. Buenos días, él respondió. Bajaron los doce pisos sin hablar. En el paradero, cuarenta minutos de micro; se subió junto a cuarenta minutos de gente. Finalmente, llegó tarde a la clínica; la supervisora lo retó, pidió disculpas y trabajó. Mientras limpiaba el suelo de la sala de espera, pensó que era un buen suelo. Firme.

Sobre el autor



Jorge Araya es un estudiante y escritor novel chileno. Su interés por la narrativa surge de la observación de la vida urbana y sus contradicciones, especialmente en temas como la vivienda, la soledad y la precariedad cotidiana. Ha participado en talleres literarios y grupos de lectura donde ha desarrollado una prosa contenida y una mirada crítica. Actualmente prepara un libro de relatos que explora las fisuras de la ciudad contemporánea. «La grieta» es su primer envío a una revista literaria, un cuento que condensa varias de sus obsesiones narrativas.

FLOR ROJA

Por: Rebecca Milagros Ortiz Pérez

Estoy parada en la ventana de mi cocina y puedo verte, puedo verte verme. No importa si estoy de espaldas, te veo. Estás encima de mí como una arpía, águila rapaz que me sigue desde antaño. Te veo, tu sombra rota y desgastada. Tú, que te crees intocable, tú, que me miras y no me hablas. Tú, que no tienes ojos, pero me tocas con la mirada. Tú, que no haces ruido y, aun así, te escucho.

Vete y aléjate, gran ave rapaz que solo come lo que ha muerto, lo solo, lo que ya no tiene esperanza. Yo no he muerto. Solo vete, yo no me iré, aunque huela a *Lycoris*. Échame licor y déjame ir, amarga y triste flor de loto, roja y sangrienta luz. Tú, que vienes y vas, pero que no se va cuando está conmigo.



Sobre la autora



Rebecca Pérez nació en Río Piedras, Puerto Rico. Actualmente es estudiante de la Universidad Ana G. Méndez, donde cursa un bachillerato en Psicología. En sus ratos libres dibuja, lee y escucha música. También publica libros infantiles en Amazon como aficionada bajo el seudónimo de “Atenea Pérez”, con la intención de enseñar a los más pequeños del hogar. Empezó escribiendo canciones, pero en escuela superior se decidió por empezar a escribir poemas.

LO QUE EL CALLAR MUERE POR DECIR, LA URGENCIA DEL FIN y TERRITORIO DE NADIE

Por: Kathiliany Marie Báez Ortiz

LO QUE EL CALLAR MUERE POR DECIR

Una nueva versión de lo no dicho se interpone y nos confirma lo que sería mejor callar.
Conversaciones limitadas de sentencias preservan el estar, pero no el atrevernos ser.
Hablemos sin vocalizar lo que nos desdibuja.
Con miradas, con gestos, con lo que gustes, menos con palabras:
aquellas culpables de lo que muchos querían ser, pero no fueron.
Lo que no se pronuncia, se convierte en sentidos.
El "no me olvides" en la presión de mis dedos contra la palma de tu mano,
el "aquí estoy" como el ruido sordo de mi mandíbula tensada para evitar nombrarte en público.
El "siempre seremos" como el sabor amargo del café que percibo en tus labios,
mezclado con el ácido sabor que deja el silencio en tu boca.
Un "te necesito" en una mirada suplicante
y un "te extraño" en percibir tu limpio aroma en lugares que ni has estado.
Inconscientemente fuimos conscientes de que no respetamos el valor de lo que queríamos articular,
y nos doblegamos solo a lo que nuestros cuerpos eran capaces de ilustrar.
Condenándonos a una estrecha perspectiva de nuestra propia entrega,
donde no nos pertenecíamos, pero éramos.
No somos los indicados en el momento incorrecto, ni mucho menos,
al contrario, porque al no hablar, somos lo que callamos,
y contigo, donde hasta lo indicado es impreciso, nunca se ha sentido incorrecto.
Así que limitémonos a preservar lo que no podemos dialogar.
Mantengamos este mutismo temporal, evitemos que se haga eterno.
Al terminar de exponer lo que nuestro callar muere por contar, solo estemos, no hablemos.
Que el idilio de lo no conversado, de lo confuso y fugaz, mutile el aire,

asfixiándonos al punto que la sangre se estanque antes de llegar al pensamiento.
Enfoquémonos en mantenernos, aunque al final nuestro derrumbe no sea la falta del demostrar,
sino el vacío crónico del no hablar.



LA URGENCIA DEL FIN

Temámosle a la muerte con el alma; al miedo de dejar de existir.
Que el tiempo sea nuestro látigo constante, donde cada golpe sea un paso más cerca del fin.
Morir debería ser la fobia principal que abrace el espíritu vivo del humano, recordándole que el camino se agota y demostrándole a la vida lo vital de su función.
Propiciados por el morir, ¡vivamos!
Salgamos, bailemos, experimentemos el rencor y la sanación, el placer y el amor.
Que nuestra urgencia por vivir dependa de la certeza de que terminaremos por morir.
Temerle a la muerte no es lo que nos limita: es lo que nos guía, lo que no nos permite permanecer inertes.
Resumamos el valor de la vida en tener una razón por la cual morir:
por los recuerdos, por las personas, por lo que sentimos y lo que deseamos.
Al final moriremos, así que… ¿por qué no vivir mientras tanto?
Bien recibida es aquella muerte que no nos deja partir sin haber vivido



TERRITORIO DE NADIE

Propiedad ajena, del que invade, del intruso.
Unido a lo que me hace ser, pero sin ser mío.
Desde el despertar de la conciencia, del prójimo eres y de mí, nunca.
Cuando te tocan, lo siento; cuando te miran, lo siento; cuando te hieren, lo siento;
pero más siento la parálisis de no tener con qué hacer que se detengan.
Porque de ellos eres, y parece que de ellos serás.
Soberanía corrompida por el ultraje recurrente.
Sin marca de agua que dicte mi autoría, pero sí con marcas de sangre que no me pertenecen.
Arquitectura vulnerada, cae en dominio del que simplemente se adueña.
Extraño la sensación de control, de poder; el que alguna vez creí tener sobre ti por ser yo.
Pero ¿cómo reafirmo mi dominio en algo que, cada vez que se presenta la ocasión,
me corroboran que es de uso público?
Hematomas recorren lo que alguna vez fue mío,
materializando el hecho de que ya no lo es.
Recuperaré mi posesión, lo que solo a mí me pertenece,
aunque eso conlleve clausurar la entrada para siempre y demostrarme que,
si no pude defenderte la primera vez,
esta será la última que alguien pueda tocarte.



Sobre la autora



Kathiliany Marie Báez Ortiz es estudiante de Justicia Criminal y Criminología en la Universidad Ana G. Méndez, recinto de Cupey. Su escritura se distingue por capturar la esencia cruda de las situaciones y los sentimientos humanos, transformando el papel en un espacio de confrontación y realidad. Con una voz visceral y directa, busca desglosar la complejidad del dolor y la identidad en la sociedad actual.

BOMBA, CULTURA E IDENTIDAD

Por: Ninoshka P. Mendoza Morales

La cultura puertorriqueña se caracteriza por sus costumbres, su folclor, sus bailes y sus coloridos vestuarios. Estas características son sinónimo de patriotismo porque cuando la representas en otro lugar se siente un sentimiento muy bonito. Cuando hablamos de nuestra cultura hablamos de historia, literatura, anécdotas, tradiciones, costumbres música y baile.

En nuestra música autóctona, por ejemplo, existe una variedad de ritmos de Bomba, con más de 20 variantes que se clasifican según la región de procedencia. Veamos.

La zona norte: Santurce / San Juan (barrio, La Perla) tradicionalmente es famosa por mantener vivos ritmos como el Yubá y el Cuembé, compases que son muy rápidos. Los bailes son energéticos (los piquetes son más improvisados) y los ritmos como el Corvé o el Seis corrido son más vigorosos. Esta zona también se caracteriza por una fusión de ritmos como el Sicá, Yubá y el Cuembé. El baile tiende a ser una tradición de mucha improvisación y diálogo entre bailador y tocador, representado por el cuerpo y el barril. A menudo, en la vestimenta, se usan faldas largas para marcar piquetes visuales.

La zona sur: Ponce, Guayama, Juana Díaz, históricamente, fueron áreas de mayor concentración de esclavos que desarrollaron ritmos como el Leró que es un compás elegante y lento, característico del pueblo de Ponce. El acento antiguo llamado Belén también es representativo de los pueblos del sur, y es una versión distinta del Cuembé. El otro ritmo típico del sur es el Cunyá, otro acento de bomba antiguo distinto al Cuembé de Santurce. Cuando hablamos de la caracterización de los bailes de Bomba, según su zona, el sur se distingue por presentar bailes pausados, majestuosos y sensuales. El movimiento es más cadencioso y elegante, típicos de ritmos como el Cunyá y el Leró.

En el área oeste aún se conservan estilos que mezclan la elegancia del sur con la rapidez del norte.

Por otro lado, tenemos al pueblo de Loíza, conocida como la cuna de la tradición de la Bomba, y se identifica por ritmos como el Sicá (es el más conocido) el Yubá (sombrío, fuerte, espiritual), el Cuembé (similar al Sicá) y el Holandés (rápido y alegre).



Un dato muy importante en la percusión de la bomba es que, en sus inicios, cuando se hacía el Batey (lugar donde los esclavos y sus descendientes podían expresarse libremente a través de la música), solo los hombres podían tocar los barriles de Bomba. Hoy día eso ha cambiado mucho y ahora hay mujeres tocando barriles, algo que no era muy bien visto por los hombres y que les causaba disgusto.

Con el pasar de los años la manera de bailar bomba ha cambiado muchísimo. En el pasado eran más tradicionales, se usaba un traje blanco de mangas largas con una enagua adornada con lazos de diferentes colores brillantes y un turbante blanco en la cabeza para cubrir el cabello. Hoy día el vestuario puede variar.

Aún recuerdo que a mis 7 años tuve la oportunidad de participar en una competencia de baile de Bomba en el pueblo de Loíza y gané el 2do lugar. Para mí fue lo más extraordinario que me pasó ese día ya que estuvo presente mi hermana mayor y la maestra que tanto me había enseñado.

Aún sigo bailando y considero que nuestra cultura nos hace tener identidad. Me llena de orgullo y satisfacción poder enseñarles a otras personas, a través de la bomba, parte de nuestra esencia cultural. ¡Que viva la Bomba!

Sobre la autora



Ninoshka Mendoza Morales nació el 16 de mayo de 1996 en San Juan, Puerto Rico. En 2017 comenzó sus estudios en Terapia Respiratoria, inicialmente a nivel de grado asociado en Ciencias de la Salud, y actualmente los continúa a nivel de bachillerato. Desde niña mostró gran interés por las artes plásticas y por el baile. A los 7 años inició su formación como bailadora de bomba puertorriqueña de la mano de su maestra Marien Torres, disciplina que ha mantenido con dedicación hasta el presente. Hoy, con más de dos décadas de experiencia, se desempeña como bailadora de bomba profesional, y uno de sus pasatiempos principales es visitar distintos espacios para bailar, actividad que le brinda plenitud y alegría. Se distingue por regirse por la verdad, así como por sus principios y valores. Entre sus metas a futuro se encuentran ejercer en el campo que estudia—que le apasiona—y poder ofrecerles un buen futuro a sus hijos.

TACITURNO, MEMORIAS y EL JUEZ

Por: Jonathan L. Ruiz Urrego

TACITURNO

En aquella noche sin luna,
mi voz salió buscando un eco.

Caminó sin rumbo por los pasillos vacíos de mi pecho,
tropezando con muebles viejos de recuerdos,
donde aún quedaba polvo de promesas rotas.

El silencio me miraba desde cada esquina,
pesado, inmóvil,
como si supiera algo que yo no.

Mis manos, inquietas, rozaban las paredes
como quien tantea la salida
en medio de un apagón.
Y entonces,
entre la bruma de lo que callo,
apareció tu nombre.

No fue un grito,
ni un lamento,
apenas un hilo de luz
cruzando la oscuridad de mi garganta.

Ahí entendí
que no siempre buscamos para encontrar;
a veces buscamos solo para recordar
que hay cosas que jamás nos dejan,

aunque el calendario se empeñe en borrarlos.

Ni días, ni meses, ni años
pueden borrar memorias,
ni aquellos besos que se dan en la boca,
porque de ahí nacen las palabras.

Por eso besaría tu sombra,
y al hacerlo no sabría si estoy buscando algo,
pero estaría tan cerca…
tan cerca,
que casi dolería.
¿o espero un milagro? la respuesta de ese milagro me silenció.

Así, esa noche me habló sin palabras,
y me enseñó
que algunas ausencias
pesan más que cualquier presencia.



MEMORIAS

Cada día tiene su afán, eso solía decir mi madre,
pero en ese afán de hacer y cumplir olvidamos el tic-tac de cada día,
sin percatarnos de que no es un día más, sino un día menos.
En esta realidad se esconden las pequeñas maravillas:
la risa sincera de un amigo o de tus familiares,
el destello inesperado en una mirada,
el susurro tierno de un amor.

Muchas veces me pregunté por qué el ser humano solo aprecia lo que tiene
cuando el grito silencioso de la ausencia aparece.
¿De verdad valoramos lo que tenemos?
¡Vaya! ¿Por qué no recordamos que cada instante es un tesoro
que se desvanece en el viento?

Hoy te invito a mirar a tu alrededor,
a detenerte y sentir para apreciar la calidez
de esos momentos tan efímeros,
esas caricias de la vida que se tejen
con hilos refinados y delicados,
de lo que pasa ante nuestros ojos y se vuelve tan cotidiano.

Porque en cada gesto humilde se esconde la belleza del existir,
y en cada sonrisa compartida resuenan ecos de esperanza.
Por favor, no esperes a perder para comprender
lo inigualable que es tener.

¿No lo entiendes? ¡Piensa!
Quiero que tengas presente que nadie es perfecto en su conducta,
y eso enseña que de los errores se aprende,
que quizás a todos nos pase.
Pero ten muy presente algo:
"tus aciertos te dirán dónde estás
y tus fallos, solo que camino debes seguir."

Porque todos tenemos una historia que contar
y recuerdos que perduran en la memoria.
Porque perder, retroceder y no luchar por lo que quieres
se escriben en la misma línea.

Así que valora lo que hoy te regala la vida:
tu salud, tu familia, una palabra, un abrazo,
cada detalle que ilumina la oscuridad.
Y si en algún suspiro se esconde el adiós,
que el recuerdo de lo amado
se haga eterno en cada instante de tu vida.



EL JUEZ

Llegó el día de la sentencia.
El juez inclemente empezó su dictamen;
no tiembla ante la súplica, su voz es el eco de la verdad olvidada.
Cargo tras cargo, su lista parecía no tener final.
Entre sombras y testigos mudos,
dictó el destino con firmeza y sin piedad.
Me sentenció al recuerdo constante por mil noches,
dictaminó que mi soledad sería dura y atroz,
que recordaría cada momento sin cesar, uno a uno, mi error.
Cada veredicto trazaba mi destino, un destino buscado, pero nunca enfrentado.
Fue cruel, pero a su vez, mi alma en pena y castigo sentía justicia.
Así, el eco de la verdad dictada llegaba a su fin,
pero había algo en esta sentencia que no esperaba.
Aunque la sombra de la culpa ya lo rodeaba todo,
el juez, con sus manos sobre el mármol que imponía su inclemente poder,
finalizó diciendo:
"El acusado es solo un suspiro en el tribunal del tiempo."



Sobre el autor



Jonathan L. Ruiz Urrego es de origen colombiano y estudiante de la Universidad Ana G. Méndez, recinto de Cupey. Su voz introspectiva explora la memoria, el tiempo y la ausencia como ejes centrales de su escritura. Sus textos se caracterizan por una atmósfera íntima y reflexiva, donde el silencio, la nostalgia y la experiencia emocional se convierten en lenguaje. Su escritura no pretende ofrecer respuestas, sino abrir espacios de reflexión.